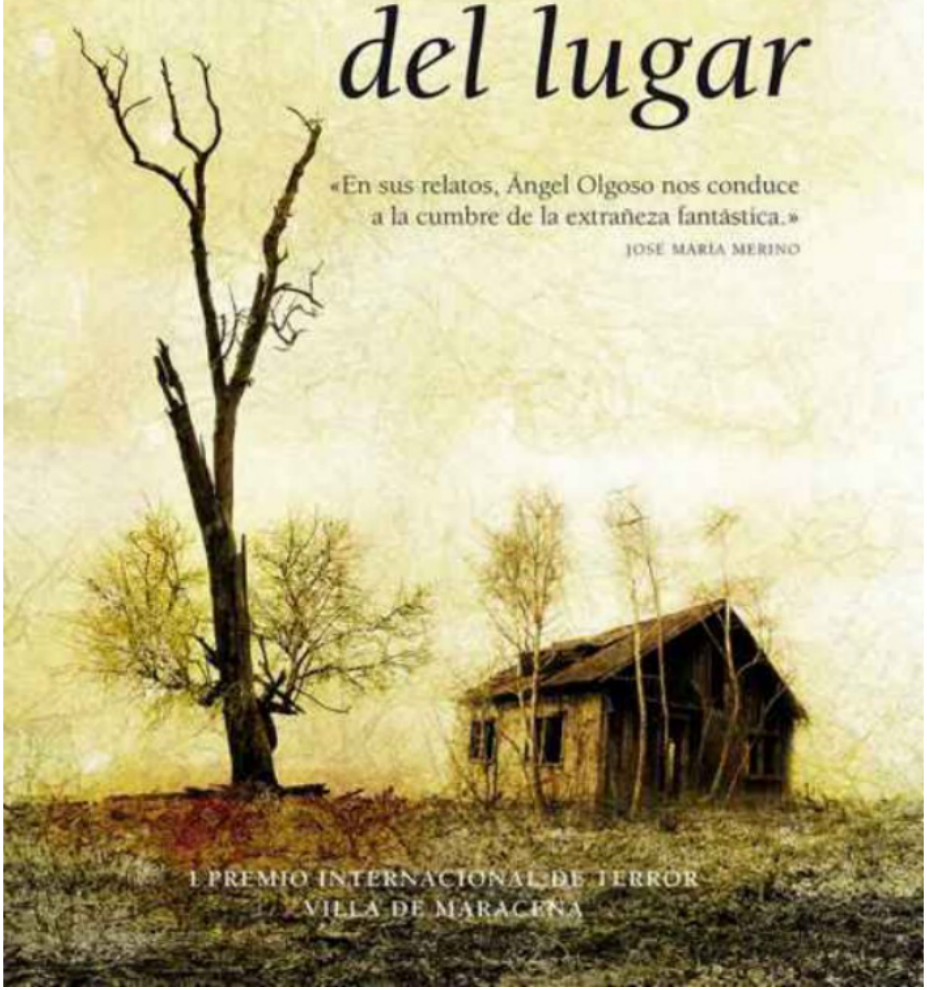
Ángel Olgoso

# *Los demonios del lugar*

«En sus relatos, Ángel Olgoso nos conduce a la cumbre de la extrañeza fantástica.»

JOSÉ MARÍA MERINO



I PREMIO INTERNACIONAL DE TERROR
VILLA DE MARACENA

Ángel Olgoso

# *Los demonios del lugar*

© Ángel Olgoso, 2007
© Editorial Almuzara, s.l., 2007

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *Copyright*.»

Colección Narrativa
Editorial Almuzara
Director editorial: Antonio E. Cuesta López
Edición a cargo de: Óscar Córdoba Sánchez de Puerta
www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

I.S.B.N: 9788415828990

«Y pronto quedé absorto en la curiosa mezcla de fantasía y realidad, en la luz que resplandece en un espacio reducido del mundo mientras que alrededor sólo hay niebla, sombras y formas atroces.»

(Arthur Machen)

«No quería volver entre los hombres, de los que huía espantado igual que los asustadizos ciervos del monte.»

(Adelbert von Chamisso)

# VIAJE

Llego a la estación. No hay nadie. Voy a emprender, pese a mis pocos años, un viaje largo y colmado de expectativas. Espero de pie en el andén con la impaciencia propia de alguien joven y enérgico. El tren, que ha aparecido de pronto a toda velocidad, sin trepidación de rieles ni chirrido de ruedas, se detiene por completo a mi lado, disimulando su prisa a la perfección. Cuando intento levantar la maleta, esta se ha vuelto pesada en extremo. Noto con estupor que no me acompañan las fuerzas, que mi ímpetu decrece. Comienza a llover. Hace frío. Me dirijo hacia los peldaños de metal dificultosamente y, sobre todo, con una inconsolable sensación de haber olvidado algo o de haber dejado atrás a alguien que no recuerdo. Mis manos ateridas logran empujar la maleta hasta el piso del coche cama. Encorvado, la arrastro luego por el pasillo mientras jadeo y oigo crujir los huesos. Una lucecita borrosa, al fondo, me permite tener un atisbo del estrecho y oscuro compartimento, el que suele asignarse a los pasajeros más viejos. A duras penas abro la puerta corredera y abandono mi maleta, como una carga inútil, al pie del portaequipajes. Me tiendo por fin en la litera, extenuado, vencido, buscando ese aire que reclaman con la boca abierta los moribundos. El tren parte en la noche y me lleva consigo.

# EXTREMIDADES

Iban a demoler el viejo hospital y citaron a los ciudadanos interesados en reclamar sus antiguos despojos corporales, objeto de observación y estudio durante decenios. Fue la curiosidad lo que me llevó a solicitar la pierna que me amputaron, por encima de la rodilla, cuando aún no había cumplido veinte meses. A aquella tragedia le siguieron años de trato preferente con el mejor artífice de piezas ortopédicas, apéndices más apropiados para la vida en sociedad, y no demasiado molestos; por lo demás, mi muñón y todo mi organismo aceptaban de buen grado cada nueva incorporación, como si se supieran regenerados al entrelazar su borde de carne ya endurecida con esos tejidos fríos, inertes, metálicos. Ahora, frente a mis ojos, en el formol de un recipiente de cristal, flotaba la extremidad sorprendentemente diminuta, blanca e infantil de un hombre de cuarenta y nueve años. Su visión resultaba más tierna que grotesca: los dedos del pie como migajitas de pan, la rodilla sin señales de hueso, las arterias seccionadas del muslo y su revoltillo de cabello de ángel. Este espíritu gemelo, en su soledad, en su meridiana inocencia, había permanecido inmutable, intacto, a salvo de la carcoma del cansancio, libre del veneno que todos los seres llevamos dentro. Yo crecía, mientras tanto, ajeno a la entereza de mi extremidad cercenada; me desarrollaba con la indiferencia de la mala hierba que se reconoce inútil, destinada a una absurda vida de sacrificio y condenada a la fumigación final. Cuando días después comencé a observar desapasionadamente aquella extremidad mínima, a pesar del insondable vínculo que nos unía, a pesar de su plena indefensión, a pesar de todo, me pareció de pronto un objeto inconcebible, casi monstruoso. Bastaba imaginar su mórbido tacto —tan distinto del tranquilizador pulimento de mi pierna ortopédica — para sentir una cierta inquietud, un temor originado más allá de las fantasías de suplantación. Alojé al ente y a su receptáculo de cristal en las baldas más altas del sótano. Allí lo espiaba día y noche, sintiéndome observado. Seguía sus delicadas pero obsesivas evoluciones, meciéndose imputrescible en su mundo de infusión, maligno, ignominioso, como esas hienas que al saberse heridas devoran sus propias vísceras.

# EL VASO

Cuando el ángel Dumah se acerque a tu tumba con la vara de fuego y pregunte tu nombre, te creerás a salvo de nos, los demonios. Conforme a canon, reclamarás el derecho a reposar en paz porque recitaste a diario la Bendición antes de comer, porque acudiste a los rezos de la sinagoga con tu libro de súplicas, porque ordenaste que purificasen tu cuerpo tras la agonía y pagasen cinco mil gulden a la Comisión de Entierros. Te imaginarás en compañía de justos y piadosos entre las columnas de diamantes del Paraíso, abrazado a las almas de tus antepasados ante el Trono de Gloria. Estimarás que tus acciones han sido lavadas y redimidas por el kaddish de tu virtuosa familia. El hedor de tu cadáver se te antojará perfume de violeta, rosa y ciclamen; el olor de la santidad. Pensarás vadear el sueño de los muertos en una calesa con anillos de luz por ruedas, invulnerable a nos, patihendidos demonios. Cuidado, lleva tiempo lograr esquivarnos, un tiempo infinito como las tinieblas. No bastarían miles de generaciones. Es un problema insoluble, al igual que la esposa de vuestro rabino, la contabilidad de tu negocio y los secretos de la Tora. Algunos pueblos creen poder librarse de nos llevando un clavo en el bolsillo, o taponando las rendijas de su hogar con ramas de enebro, o al pesar una cierta cantidad de su sangre en una balanza de platero, o con sutras cocidos en la arcilla de las tejas, o incluso disparando sus espingardas contra cuevas subterráneas. Infelices, si vosotros mismos no sois más que la forma visible de los excrementos de Belcebú. Ningún maestro de Talmud, ningún mes de luto ni ablución os impedirá contemplar eternamente los terrores del Gehena. Todos los desdichados os laváis a diario en sus aguas sombrías y os secáis después con la memoria de los días felices. Aún permanece encendida una vela en la habitación donde has muerto, y junto a ella el vaso de agua con el trozo de lino dentro, dispuesto para que tu espíritu se limpie a sí mismo de sus pecados. Nos, la serpiente nocturna que se desliza entre oquedades para hurtarle la leche a la dormida madre amamantadora, beberemos tu vaso con recogimiento, con delectación, apurando hasta el fondo esa esencia líquida que supones sagrada. Nos te anunciamos, nos te participamos, nos te

revelamos que nada iguala el sabor de un alma.

# RELÁMPAGOS

Un rayo fulminó nuestro palo mayor, arrojándome a la helada negrura de las aguas. Olas como cordilleras arremetían contra el barco, que crujía y cabeceaba espantosamente, guiado a la condenación de las rocas de bajío. La corriente me arrastró hasta el fondo, entre bocanadas, con la vista fija en las trombas de espuma de la superficie que se alejaba, hasta que unos brazos atraparon con fuerza mi cabeza y me devolvieron al aire. La matrona, bajo la cegadora luz del quirófano, dio unas vigorosas palmadas en mi espalda de recién nacido, depositándome sobre el pecho de mi madre, que sudaba y jadeaba aún por la dificultad del parto. Redoblé mi llanto, deslumbrado por la blancura del lugar, pero reconocí entonces el gorgoteo de un alimento invisible. Convergía hacia dos boyas que se mecían en la suavísima resaca, llamándome. Atrapé con furia aquellos pezones maternales en busca de una promesa de saciedad. Mi lengua bordeó los senos, descendió luego por un costado, invadió impetuosa los muslos y se demoró en el centro magnético del cuerpo de mi amante. Ya de madrugada, el rumor de su marido tras la puerta me empujó despavoridamente bajo la cama. Me latían las sienes. Petrificado entre los muelles y la alfombra de felpa, la vergüenza dejó paso al enojo. Renuncié a la seguridad de un horizonte de zapatos y tiempo estancado y asomé fuera la cabeza. Una de las balas enemigas hizo rechinar mi casco, devolviéndome al barro de la trinchera. Demonios de humo danzaban en la noche. Las explosiones de mortero se sucedían sin intervalos ante aquel lodazal ensangrentado. Recobré mi fusil, rugiendo de desesperación y sed irrefrenables, me afirmé sobre los pies y apunté impulsivamente hacia la llanura. Mi disparo derribó al asesino de mi hijo mientras se celebraba el juicio por el crimen. Hubo en la sala agitación de bombines y cuellos de celuloide, pero ese acto alivió mi cólera y mi amargura y pude rememorar por fin, sin estremecerme, su rostro tan grave para un niño de nueve años. Los guardias del tribunal me inmovilizaron de inmediato, obligándome a sentarme con cierta rigidez. Ajustaron después las correas de la silla eléctrica contra mis miembros. Cerré los ojos, como si ello me permitiera eludir la ejecución o creyese vivir en la

linde un sueño interminable. Cuando alguien accionó los conmutadores del cuadro, la descarga bramó salvajemente a través de mi piel calcinada, fluyó por los muros de la penitenciaría, retornó a las alturas y perduró allí hasta asimilarse a un rayo que fulminó nuestro palo mayor, arrojándome a la helada negrura de las aguas.

# LAS MANOS DE AKIBURO

En Shizenji, un poblado de la península de Izu, vivía con su hija un humilde maestro armero llamado Akiburo. Era muy bajo, aunque robusto, y el moño grande y espeso de su cabeza le daba por contraste un aire algo cómico. Sus sables, de belleza sutil y despojada de ornamentos, apenas podían rivalizar con las hojas de Kanesada o con las que templaban los maestros del este en solemnes forjas rituales. Pero el horno de Akiburo, en cambio, parecía alimentado por las virtudes de su sencillo corazón, pues él entendía el valor de la paciencia y la generosidad y atribuía, además, la fuerza espiritual de las armas al carácter benéfico del forjador y no sólo a su destreza. En consecuencia, aparte de espadas, yelmos y espléndidos pertrechos guerreros, de aquel fuego emergían también hachas y azadas ordinarias, dejando generalmente Akiburo al criterio de leñadores y campesinos el precio y el pago de tales trabajos. Akiburo no sabía hacer otra cosa. El arte de fundir metales era toda su vida y él no se consideraba sino un artesano digno y carente de reputación. Por eso se sorprendió cuando un día el señor Urashi adquirió sus servicios.

El señor Urashi había comprado el puesto de gobernador provincial al noble Sadakazu y, desde entonces, utilizaba su ventajosa posición para enriquecerse. Aunque los códigos lo obligaban a regresar a la capital por cuatro años para rendir cuentas, el gobernador comisionado encontró pronto el modo de obtener prórrogas aliándose con las familias guerreras locales. Y en efecto, los servidores del arrogante y colérico señor Urashi transmitieron al maestro Akiburo el encargo de hacer una espada que fuese la mejor del país, la culminación del arte marcial, una hoja capaz de cortar limpiamente en dos un casco de acero; una obra maestra insuperable, digna de un príncipe o un emperador. El señor Urashi, devorado por la ambición y la envidia, deseaba en secreto que su nombre perviviera una infinitud unido al espíritu del sable y por ello prometió al maestro armero mil monedas de plata y la mitad de su hacienda, si daba satisfacción a su deseo en un plazo de seis meses, ni un día más.

Sin otro ayudante que su hija Kume, de diez años pero tan

hermosa como el ruiponce que florece en otoño, Akiburo se dispuso a trabajar sin descanso. Con el fin de obtener las mejores condiciones interiores para crear un arma de calidad, vistió su viejo hábito blanco, oró y se purificó con abluciones de agua fría. Y así, día tras día, semana tras semana, sudando sobre el constante fuego de pinaza del horno, ejecutando cada golpe, cada gesto, con sumo cuidado y concentración, Akiburo batió y dobló el metal superando el número de veces que doblaban la pieza los maestros Koto, hasta conseguir la flexibilidad y dureza apropiadas, la que conviene a la mano y responde a la mente. A medida que daba forma a la hoja y la pulía para eliminar imperfecciones, el humilde armero sonreía afable mientras las canciones llenas de alegría de Kume sonaban en la forja y aliviaban el penoso quehacer. Al cabo de cinco meses pudo aplicar con minuciosidad la arcilla, el carbón y los polvos de afilar en la superficie para endurecer el filo. Transfigurado por el agotamiento, embriagado por la pasión del trabajo, Akiburo sumergió la hoja terminada en la tina de cedro que contenía agua del río Katsura. Resonó el canto de un cuclillo. El maestro armero estudió el resultado de los misteriosos procesos que ocurrían en el calentamiento y apagado final, y acarició satisfecho la marca de su familia, cuyo relieve la transmutación dejó a la vista. Había sido el esfuerzo supremo de su existencia. Como aún restaba una semana para el cumplimiento del plazo, se entregó a una tarea que sabía vulgar: la decoración exterior de la espada. Así pues, y para que no hubiera queja de sus servicios, incrustó nácar y gemas costaneras en la guarda de la empuñadura, previamente engastada con hierro y laca, y envolvió luego la vaina en cordel de seda, encajándola a su vez en un estuche de brocado donde brillaban los ojos del dragón negro que, afiligranado, representaba el blasón del gobernador. El último día anudó el cordón de oro que sujetaría la espada al cinto del señor Urashi. El coste de esos suntuosos ornamentos había despojado por completo a Akiburo de todo su patrimonio. Ya se oía a lo lejos la comitiva y el maestro aún bromeaba con su hija: «Ahora no podríamos pagar ni los seis cobres de la barca que cruza el río de las Tres Vías».

Cuando se detuvo el formidable séquito a la entrada de la cabaña, Kume y Akiburo, que sostenía en su mano el obsequio de un cuenco lleno de sake, se inclinaron con respeto ante el gobernador. Sus lujosos atavíos, su mueca desabrida y su apariencia amenazadora como un águila contrastaban vivamente con el desaliño del artesano, con su corta estatura y su piel tiznada por décadas de fogón y chispas. Sólo tras doblar su capa, tras

depositarla en los brazos del asistente con el abanico encima, sólo tras recogerse las mangas, el señor Urashi alzó el sable de su peana. Sintió que el corazón le latía más aprisa. Desenvainó con suma delicadeza y no pudo reprimir una sonora exclamación de entusiasmo. La hoja esplendía como una flor vernal. Su pulido era de una perfección sobrehumana y sus líneas parecían cinceladas en la mismísima pureza. En sus detalles, en sus miles de matices, el granulado que corría hacia el filo cobraba a veces forma de nubecillas diáfanas, de nieblas flotantes cerniéndose sobre la rocalla o de rizadas olas iridiscentes. El gobernador, extasiado, saboreaba con los ojos aquel prodigio de luces y sombras, de fuerza inalterable, aquel filo en que podría resbalar un copo de nieve y ser cortada en dos cada una de sus estrellas de agua, aquel mundo de dos metros de metal creado inexplicablemente por un pobre herrero. Intuyó entonces que ese objeto, en sí pleno de belleza y nada temible y que evocaba en realidad el ascetismo de una limpia senda, ansiaba el momento de ser alimentado con la sangre de los hombres. Fue así como el señor Urashi, que había estado dando vueltas alrededor de Akiburo en tanto admiraba la hoja, se situó a un costado del maestro armero, el cual tendía aún hacia delante el cuenco de sake, levantó de pronto la espada en el aire y la dejó caer rápidamente con un perverso silbido, cortando de un golpe limpio las manos de Akiburo.

No brotó ni una gota de sangre, pues la incandescencia provocada por la velocidad del tajo cauterizó al punto los muñones. Kume, a la que un asistente había entregado la suma convenida en una bolsa, ahogó un grito de horror y corrió a abrazar a su padre. El señor Urashi, con expresión triunfante tras un acto tan ingrato y cruel, dijo: «Ya no podrás repetir tu proeza, herrero. Nadie poseerá nunca una espada como ésta». Akiburo, mientras tanto, contemplaba con pena y ternura sus manos cercenadas, quietas allí en el suelo, entre trozos de cuenco y sake derramado. No cabía proceder alguno. El humilde armero, consecuente con su condición, era en cualquier caso de los que se muestran imperturbables a las puertas del infierno. Sin embargo su hija, que al presenciar lo ocurrido comenzó a apagarse como se agostan de noche con el rocío las azaleas, tuvo valor todavía para arrojar la bolsa de dinero a los pies del gobernador. Esto lo encolerizó de tal modo que ordenó a sus asistentes recogiesen las mil monedas de plata y, en su lugar, guardasen en la bolsa las callosas manos del herrero, colgándolas después del bálago de la techumbre, en la entrada, junto al gallardete de la forja. «Tal es el precio que pago por la magia de tu

arte», dijo el señor Urashi. Le colocaron la capa, se dio media vuelta, y ya salía seguido de su comitiva cuando anunció que no quedaría sin castigo quien se apiadase del herrero o lo ayudase en el horno.

A partir de aquel día, bajo la sombra del infortunio y de su manto de escarcha perpetua, las vidas de Akiburo y Kume entenebrecieron. Aunque tratase de acoger tal injusticia con entereza, como reciben las rocas a las enfurecidas olas, el maestro se aterraba en lo más íntimo imaginando a su hija reducida a la extrema necesidad y le acongojaba, también, el pensamiento de los días futuros, interminables, vacíos del gozo del trabajo, del placer del espíritu expresándose en cada golpe al acero, disolviéndose en cada obra acabada. Temiendo no poder pagar las deudas de su padre y sobrevivir ambos a la hambruna, Kume se apresuró a trabajar día y noche con determinación. Había cosido un impermeable de papel, untándolo con resina de placaminero, y recorrió así los pueblos vecinos sobre sandalias de paja trenzada, trabajando en los sembradíos, en los telares, junto a las descascarilladoras de arroz y con varas de acarreo. Siendo tan pequeña, lo que ganaba apenas alcanzaba para comprar leña y unos puñados de arroz o mijo, pero como no concebía otra felicidad que la de ver alegre a su padre, Kume regresaba siempre con una jarrilla de fuerte vino de batata. Antes de entrar en la cabaña limpiaba primero de lágrimas sus ojos y de tristeza su corazón, preparaba luego bolas de cereal cocido y le daba de beber con un cacillo de bambú. Finalmente, acurrucados los dos junto al farol de suelo, acariciaba dulcemente con sus manitas los muñones de su padre, honrándolo, y le cantaba canciones dichosas para que olvidase los terribles dolores.

En ese estado se encontraban cuando cierta noche, ya muy tarde, la bolsa que contenía las manos de Akiburo se movió en el aire detenido. Sus propios dedos aflojaron el cordón de la presilla y los dos miembros fantasmas saltaron a tierra, dirigiéndose a través del ventanillo de la pared norte hasta el interior de la forja. Allí, embrujados, como si repudiaran su trágica humillación, lo despiadado de su castigo, iniciaron el machaqueo, calentado y templado que gradualmente habría de convertir el metal en bruto en una fina hoja cortante. Este prodigio se repitió durante tres semanas consecutivas. Las manos de Akiburo, cuya piel despedía una claridad irreal, trabajaban cada noche en la fragua con vigor sobrenatural, y extrañamente no hubo nunca ruido de golpes. Después, con las primeras luces del alba, regresaban a su bolsa

donde, secas y quebradizas, volvían a balancearse en la brisa del día.

Entretanto el maestro armero, excluido de la compañía de los demás, se resignaba a lo que le parecía siete existencias de inactividad, reconfortándose sólo con los rescoldos de sus obras pasadas, con las brasas de sus habilidades que ya nunca podría volver a mostrar. En su bondad natural, no pensaba en desagravios sino en acariciar con los dedos el largo pelo o las suavísimas mejillas de su hija, en contemplarla vestida con un quimono rojo de mujer y tocada con una peineta de boj. Cuando en ocasiones Akiburo volvía a escuchar el canto del cuclillo, redoblaba su añoranza, y la villanía del gobernador se le antojaba una absurda ensoñación; corría entonces decidido hacia el horno e intentaba asir enérgicamente sus martillos antes de bajar la vista a los muñones.

La pequeña Kume, por su parte, no encontraba ya donde trabajar. Sus sandalias de paja trenzada se habían deshecho, y del impermeable de papel resinoso no quedaban más que jirones. Estuvo hilando tejido de índigo varios días con una compasiva anciana, y otros más confeccionando a escondidas carpas de papel para las celebraciones de la estación, pero pocos osaban desafiar las órdenes del temido señor Urashi. No obstante, la hija de Akiburo, que no se inclinaba ante el viento con facilidad como la flor del miscanto, encontró en la forja una guadaña que no recordaba, nueva, estremecedoramente afilada, y salió con ella al hombro muy de mañana a recorrer descalza sembrados y bancales en busca de ocupación. A media tarde nadie la había contratado aún y, desfallecida, apoyó la pesada guadaña en el murete de piedras cubierto de musgo que rodea los bancales de Enshiu, junto al pino de ocho ramas. Ese mismo día el gobernador, que desde que arrebatara la obra maestra de Akiburo no hacía sino contemplarla y vanagloriarse de ella ante los clanes guerreros, salió al campo desprovisto de cortejo con intención de acechar a algún campesino, pues acostumbraba a degollarlos para ensayar el corte o verificar el filo de su espada. En cuanto abandonó el lindero, el intemperante señor Urashi divisó, como ave presa en liga, una pequeña campesina que respondía a su antojo, apostada junto al pino de ocho ramas. Galopó inmediatamente hasta allí blandiendo el sable, que refulgía envuelto en las llamas del sol moribundo. Se oyó a su caballo relinchar con furia al tropezar contra el alto murete de piedras. El gobernador voló y giró en el aire y, cuando por fin cayó hacia atrás, su cuerpo, como la blanda nieve cede al bastón que la atraviesa, fue al encuentro de la guadaña.

# EL PANAL

Hoy se cumple cabalmente un año de mi negativa a dormir en la cama al saber con certeza, de un modo incontrovertible, que si lo hacía no volvería a despertarme jamás.

¿Quieren ustedes que les revele a qué se debió aquella decisión drástica e inclemente?

A un sueño, sí.

Helo aquí: la visión —minuciosa, sacrílega, obscena— de un corte transversal en la galería encalada de los nichos del cementerio, con la mitad de cada ataúd a la vista.

Perdí mi paz para siempre.

Aquella macabra viñeta, aquella exhumación, aquel instante desnudo, de suspensión eterna, me infundió un pánico cerval.

Desde entonces duermo sentado en el sillón granate de rombos, bajo las palmas secas y entrecruzadas en la pared, a dos metros de la cama, con una manta sobre las piernas.

A medida que se acercaba la noche siguiente, una cosa sin nombre se me iba formando en el vientre. Y se movía en dirección a la boca.

Alrededor de las once creí identificarlo como un nódulo vivo de lodo, ciempiés y cañizos puntiagudos.

Mi esposa, en efecto, calificó sustancialmente de extravagancia aquella angustiosa negación de descanso horizontal.

De cualquier modo, soy —era— de los que duermen poco y se levantan muy pronto, al amanecer. Me considero medianamente culto, e incluso cubro mi exceso de tejido adiposo de manera elegante, algo anticuada es cierto, pero convendrán conmigo en que ni siquiera un existencia cumplida casi por entero entre fórmulas farmacéuticas y albarelos, entre hipertrofias y miasmas estafilocócicas alerta o protege de la horripilante contemplación de aquel larvario al que, por otra parte, estamos todos abocados.

Sólo los que han conocido la maldición del insomnio, sólo los niños que en mitad de la noche descubren con pavor la mortalidad de sus padres, pueden obtener para su conciencia un mínimo barrunto del nocturno horror que me ha postrado durante meses en el sillón granate de rombos.

Vivía, naturalmente, en una incómoda supervivencia.

Me negaba incluso a elevar los pies sobre un escabel —aun cuando la sangre afluía a ellos desfalleciente—, prefería con diferencia los tormentos cervicales, los truncamientos dorsales y las quebrazones lumbares a la posibilidad de no despertarme nunca y asistir, prematuramente amortajado, a la consumación de los tiempos.

¿Acaso, tras sentir un auténtico soplo de tumba, cederían ustedes con gusto la vida a cambio de una trivial compensación de comodidad en el lecho, o correrían voluntariamente a una temprana inhumación sin menoscabar familia, trabajo, costumbres?

Doce meses en la periferia de la cama. Le dedicaba ininterrumpidamente miradas temerosas, abismales, torvas, dolientes, sórdidas, ateridas, frontales y al bies. Me parecía un lecho de reptiles. A veces pinaza seca presta a arder. En la mayoría de las ocasiones el estrecho interior de un féretro con su rociadita de cal.

Vean ustedes, nada es real salvo la actividad de la mente.

«Deliras, desvarías», sentenciaban mis allegados, «vas a enfermar con esas insensateces tuyas».

Mientras tanto, mi esposa dormía, fingía dormir, abría y cerraba sus ojos de mica

—minerales—, murmuraba jaculatorias, preparaba infusiones de valeriana contra el agotamiento nervioso y de agracejo contra la inapetencia. Futilidades.

Es manifiesto que en las largas noches me alcanzaban —*ad abundantiam*— imprudentísimas tentaciones: tenderme en la cama, extender por fin brazos y piernas, bocarriba, bocabajo, acurrucarme blandamente, poseer a la almohada, abandonarme al cálido roce del cobertor, fastuoso y asalmonado, abandonarme al grato descanso, abandonarme al sueño, sin reflexionar, con inocencia, a la espera de un nuevo día, evidente e incólume.

Entendámonos, nada hay que objetar contra jugosas ilusiones.

Pero mis pensamientos, claro está, volvían una y otra vez sobre la imagen de mi cuerpo hinchado, colonizado, devorado por legiones de ácaros, de larvas, de moscas azules, de moscardones, de escarabajos, de roedores, la imagen de miríadas de artrópodos saltando sobre mí, nutriéndose ciegamente de mi piel, de mis cartílagos, de mis tuétanos, la imagen de las bacterias transmutándome en jarabe de alcaloides, la imagen de un vaciarse de linfas, de un disolverse de entrañas, de un nauseabundo almizcle, de las pavesas de la extinción.

A decir verdad, señores, ¿existen pruebas genuinas de que al

morir no persista algún hálito, algún género de vida o actividad en nuestros sentidos, quizá anestesiados en un recinto ignoto de la conciencia?, ¿quién nos garantiza que no estaremos presentes —siquiera en forma harto desvaída o extrínseca— en nuestra propia putrefacción? De ordinario uno se abstiene de pensar en tales variables.

Básteles por ahora con recordar que el miedo, al igual que el odio, puede pudrir una vida.

Pese a que nunca he sabido escribir (como claman estas deslavazadas notas) busqué desde el principio consuelo en las palabras, e intenté la poesía:

> Quisiera, cuerpo mío,
> cuando de mí te vayas,
> hallarme donde te envío.

Y también:

> ¡Contempla lo que has de ser!
> ¡Humo es hoy la luz de ayer!

Languidecía a ojos vista.

Mis miembros manifestaban gradualmente su cansancio y desesperación y mi rostro color tierra lucía despojos expresivos.

Al menos, por el momento, percibo a mi esqueleto que se mueve, que acompaña tranquilizadoramente a su carne como un fiel palanquín, asombrado de verse todavía con vida, a salvo de extraños ritos funerarios, a salvo de las subterráneas colinas de huesos, de la compañía de todos los que se durmieron sin despertar, de los que al arroparse con sus sábanas penetraron como espectros en la nada, en la avenida de las sombras.

La avenida de las sombras. A veces la llamo así. He puesto nombres a mi visión catártica: Misterio final. «Le grand écart». El molinillo de pimienta. Suite infierno.

Insectario. Última Thule. El lazareto. «Fulgure et tempestate».

Miren, naturalmente comprendo que de estas cavilaciones poco escrupulosas, de este siniestro orden de razonamientos y acotaciones, infieran ustedes un más que probable estado de demencia.

Y yo lo admito en el acto, de buena gana, deponiendo toda hipocresía.

Se trata entonces tan sólo de una renuencia extrema, animal, a

formar parte anticipadamente del panal de muertos, a precipitarme en la sima eterna esperando el día del juicio, a vivir en el vacío universo de la noche antes de haberlo hecho en el refulgente y feriado día de la vida, a ser para siempre fosfato de calcio, hierro húmedo, profundidad, vieja madera quemada, cerrojo negro, umbría, sudario, losa rota.

Ahora bien, reconozcámoslo, quizá el hecho de sobrepasar un determinado límite de tiempo ha aliviado algo mi obsesión.

Tal vez un agravamiento del hastío, un ánimo crepuscular, la misma lejanía de aquella espantosa noche de otoño y de la infalible visión del osario, un aborrecimiento del sillón granate de rombos y de la erosión de sus brazos, un arrebato, un cese de discernimiento, una implícita aceptación de la inefable vía, del retorno al vientre terrestre lleno de mamas decrépitas, me impulsan a abandonar el parapeto, a dormir nuevamente en la cama aun a riesgo de que mis temores sean —en su teórica y atroz exasperación— del todo confirmados.

No quiero engañarme más. Por tanto, me tiendo.

Vértigo horizontal.

Apenas advierto ya al pájaro hediondo en el interior de la boca.

No pienso en el despertar. Ni en la incertidumbre de la última noche.

Cuando el sueño, serena e irresistiblemente, me va venciendo, alcanzo a ver una falena oscura que revolotea en torno a la piel de la lámpara.

# LECCIÓN DE MÚSICA

Fue en el castillo familiar, no muy distante de la abadía cisterciense de Flavan que sería almacén para guardar botellas de armañac después de la revolución —cierto día en que Guillaume de Langres, primogénito de doce años, recibía lecciones de clavicordio con el preceptor a su espalda y vio pasar, entre el gabinete de teca y el orbe mecánico, a un carnero completamente desollado, sangriento, escapando con terribles balidos del dormitorio de su madre parturienta a la que las matronas acababan de aplicar un cataplasma con la piel caliente del animal—, cuando Guillaume tuvo la evidencia de que el pelo se le había vuelto blanco.

Amo las pequeñas ciudades marítimas. Las amo sobre todo en invierno —antes de que el buen tiempo las despoje de su misterio —, cuando todavía se nos muestran mórbidas, libradas a su suerte, entintadas de leños submarinos, como si fermentasen en las corrientes de salmuera de un mundo recién nacido. Amo su luz espantadiza, la vivificante brisa yodada que sopla del puerto, el revoco un poco sórdido de las fachadas color azul y naranja, las ásperas nubes reflejándose sobre los adoquines, el aroma intenso, casi picante, de las algas muertas y las strelitzias pútridas. En temporada baja soy uno de los pocos habitantes de Belfegor, y me gusta imaginar que esta escondida población costera del norte y mi modesta habitación en el primer piso del «Albergo della Città» son el arrecife, la escollera que me protege de las aguas rizadas de la existencia, donde no alcanza el enloquecedor murmullo de las miríadas de semejantes que vivaquean ahí fuera, en el mundo. No lo niego. La soledad es mi ley, la distancia prudencial mi valedor y el desprecio y repugnancia hacia el resto del despiadado género humano los únicos pilares de mi conciencia. Completamente recluido en este salobre «nido di topi», poseo todo lo que un soltero necesita para que su excelente humor de costumbre no languidezca: una chimenea de dimensiones reducidas pero fiable, una renta de iguales características, buen tabaco para saborear en la pipa de eglantina, un gato perezoso e inacabables traguitos de muscadet. En realidad sí hay algo de lo que carezco desde ayer por la tarde: la cordura. Recuerdo que, echado frente al fuego, levanté al punto la nariz del «bolletino», quizá a instancias de unos pasos de rara cadencia familiar que resonaron en la calle vacía. Y entonces, como una consigna recibida de no se sabe quién, me incorporé, entreabrí los cristales del ventanuco y me asomé al exterior con un titubeo ligero, con aprensión, como quien mira dentro de las fauces de una fiera. En diagonal bajo las hileras de ventanas saledizas, a la altura de la tienda de efectos navales, vi claramente su figura nimbada por la luz amarilla de la farola y los destellos del pavimento. Quise creer que el empavorecedor escalofrío —sin matices— que atravesó al instante toda la extensión de mi médula como una velocísima

aguja candente, como una astilla prensil, no fue sino un reflejo meteorológico, una nefasta absorción simultánea del frío del atardecer, de la llovizna y de la humedad que venía de la bahía de Angelovecchio. Pero mis rodillas se doblaron. Mientras contemplaba a aquel hombre andando con lentitud, encordado a una secreta y grávida desdicha, pensé —y la idea me resultaba del todo extraña— que quizá no sea el prójimo el más experto de los atormentadores. El agua comenzaba a chorrear de los aleros. Los atlantes y cariátides del «Mercantile» comenzaban a desmoronarse. El tuétano de cada uno de mis huesos comenzaba a licuarse. La pura evidencia y el estupor me mantienen paralizado desde entonces. Sólo sé que tengo ojos y veo. Y que ayer me vi a mí mismo alejándome calle abajo.

# HUÉSPEDES

Ulmer regresaba de noche a la soledad de su cuarto casi vacío en el sexto piso, cuando notó, ante el umbral y con la llave dispuesta en la mano, que un hilo salado le corría nariz abajo. Buscó apresuradamente el pañuelo para detener la leve hemorragia al mismo tiempo que se volvía. Un vahído de pánico le punzó el corazón: las huellas de la rectilínea llovizna se extendían hasta el ascensor, al final del pasillo. La espantosa inoportunidad de este hecho sobrepasaba todo cálculo. Pálido, completamente paralizado, logró empero meditar un instante, tantear en busca de un zarcillo de clarividencia, abrirse paso a través de la materia oscura de la desesperación. Debía recoger las gotas de sangre con cuidado y con la mayor celeridad posible, antes de que sus vecinos de planta —gente modesta como él, franca y jovial— o incluso el resto de los inquilinos del edificio irrumpiesen allí e intentasen apropiárselas y hacer uso de ellas. Ulmer acopió valor, miró en torno y, con paso tembloroso y la respiración entrecortada, salvó furtivamente el trayecto que lo separaba del ascensor. La hemorragia, a excepción de un espeso cabo de sangre sobre el labio, había cesado. Desplegó con tiento el pañuelo y, sobreexcitado, vigilante, inició el imperioso laboreo, la mortificadora limpieza entre la rejilla del ascensor y el humilde fresco —un paisaje silesiano— que alegraba la pared del descansillo. No podía demorarse innecesariamente sin consolidar la amplitud de la amenaza. Su única obstinación consistía en dejar intacto el horizonte salpicado de diminutas gotitas a punto de coagularse. De tanto en tanto, sin embargo, se incorporaba de manera imprudente y miraba tenso alrededor, con el pecho jadeante, hacia las puertas que se abrirían a la menor insinuación de vida. Presintió a Karl y a Charlotte Lietzen, el encantador matrimonio de maestros de escuela, al acecho, escuchando y esperando. Conjeturó la presencia invisible de Frau Hedwige, la costurera solterona y algo sorda, deslizándose a través del papel de sus paredes listadas de azul. Invocó el nombre de Goetz, el cándido dependiente de granos y semillas, palpitando al unísono junto a su numerosa familia, escorados todos contra la puerta de la habitación. Pese a que a diario obtenía pruebas constantes y fidedignas de su

carácter pacífico, Ulmer imaginó a esos vecinos titubeando, agitándose ominosamente, columpiando las extremidades, ocultos a la espera de cumplir aquel inadmisible propósito, de rebañar su sangre esparcida o cualquier otra libación de sus cálidos dones, gotas de miel o de acíbar temblando sobre el suelo reticulado. Como la niebla que se alza de una hondonada, un temor crudo iba embozando a Ulmer, volvía más erráticas sus fricciones del enlosado, dilataba sus pupilas, bañaba de sudor su frente y su espalda indefensa, atizaba su corazón. En el centro del pasillo de la sexta planta, bajo la bombilla desnuda, contó mentalmente los pasos que lo separaban de su cuarto. Aquel núcleo luminoso, que ejercía de ordinario como tutela, delataba ahora sus maniobras. Cegado, loco por el ansia de desmanchar el intermitente sendero, Ulmer creyó vislumbrar de pronto la brasa de un cigarro ardiendo y chisporroteando momentáneamente en la oscuridad. Se le ocurrió además que las difusas sombras que pestañeaban a uno y otro lado del pasillo adquirían formas anómalas, hambrientas, como racimos de probóscides o de trilobites cornudos ondulando con suaves movimientos en los abismos. Ulmer sentía ya la mano derecha entumecida por el esfuerzo. Después de una lucha interminable y silenciosa, con el pañuelo embebido, temiendo cerciorarse por sí mismo de la ineptitud de sus súplicas, llegó ante la entrada de su cuarto. A medida que introducía la llave en la cerradura, con el cuerpo vuelto en parte, se restableció imperceptiblemente la quietud más allá de las otras puertas, se reintegraron las sombras, sin enemistad, en ordenados estratos, a su lugar en el pasillo. Y Ulmer pudo al fin ofrecerle la espalda.

# EL CORACERO EN EL BOSQUE

Hacia el mediodía, Dagobert se detuvo a menos de diez pasos del bosque. Había cabalgado, desde antes del amanecer, a través de una peligrosa franja de territorio enemigo que comprendía torrenteras y valles, embarrados campos de sésamo y oteros descubiertos; dejó atrás el estruendo de las batallas perseguido por chispas de aldeas en llamas y acordes de bárbaras marchas; salvó resueltamente murallones, riscos, los embates del mistral; y todo a tal velocidad que cualquier otro soldado —sin la habilidad y la disposición enérgica de Dagobert— hubiese reventado la montura o perecido en aquel frente. Aunque Dagobert no era en modo alguno un húsar portaórdenes, la misión —entregar un atado de cartas estratégicas al teniente de un regimiento diezmado y cercado, en Ramdohr, por los ejércitos imperiales— se acomodaba a su espíritu testarudo y aventurero, y estaba firmemente decidido a cumplirla a pesar de que las instrucciones partieran de la vieja tripa de armagnac y arrogancia a la que llamaban capitán De Plancy. En su fuero interno, Dagobert juzgaba también con desprecio la insulsa tosquedad del jefe de su guarnición. Lo creía inadecuado, como las heridas y las deudas de juego, y poco provechoso, como los momentos de aflicción. A él mismo no le inspiraba sino el orgullo, y le complacían las carcajadas, las manifestaciones de destreza militar y las pendencias magníficas. Sin embargo, por muy evidentes que fuesen las señales de incompetencia de su superior, la disciplina del cuerpo, además de las leyes no escritas del honor, exigían de él una obediencia absoluta.

La pesada nube verde del bosque le cerraba el paso. A Dagobert, bien erguido en el caballo, mirando con la cabeza adelantada, le acometió ese momentáneo desconcierto que uno experimenta cuando ignora si el tizón encenderá al fin la pipa. Su imponente porte habitual se conservaba en bastantes buenos términos: la singularidad de su atezada piel, los alamares festoneando el uniforme, la espada guarnecida de plata, las polainas, la prestancia de su rojizo mostacho a la borgoñona, el lazo ufano en la coleta. Su figura espejeaba al sol por efecto del casco y, en especial, de la lustrosa coraza. Todo parecía ahora un inútil dispendio ante las

sombras de aquella espesura. Dagobert dudaba entre asaltarla directamente, abriéndose paso como un lancero mercenario, o circundarla y quizá desviarse de modo aciago. Alargó la vista a ambos lados. Con asombro, sus ojos oscuros abarcaron vastas masas de vegetación que se extendían sin fin y en las que aún despuntaban lejanas copas de robles, de pinos, de hayas. De acuerdo con sus estimaciones, la magnitud de los flancos del bosque era abrumadora, y del todo impracticable antes del anochecer.

Al mismo tiempo que se sentía inducido a marchar sobre aquellos dominios, algo lo persuadía de la absoluta temeridad del acto. Dagobert no supo de inmediato qué había de extraño y atemorizante en las densas frondas alzadas frente a él, ni qué propagaba esa genuina inquietud y la consolidaba hasta un punto que cabría denominar miedo. El coracero se mofó de sí mismo: no era un recién alistado, combatió de hecho contra los ulanos en Helgoland y contra los austrosardos en Troppau, enfermó de cornezuelo —el «Fuego de San Antonio»— y sobrevivió a su terrible gangrena, debía colocar de ordinario en el campamento orcillas llenas de agua debajo de cada pata del camastro si no quería ser devorado por las hormigas rojas mientras dormía, poseía incluso un ataúd donde guardar los licores para ofrecer a los amigos. Saltó pues a tierra, antojándosele aquella irracional contingencia del camino como fruto de su propio celo o extenuación, y avanzó furtivamente hacia la primera línea de troncos.

Olía a agujas de pino, a sofocantes barricas de savia colmadas en el curso de siglos. Dagobert sintió bajo la piel, de una forma diáfana, el misterio de los países fríos incitado por las siniestras notas del goteo de los helechos y la ligamaza, por la viscosidad del musgo al pie de alisos y olmos, por la inaccesible barrera de zarzales y horcaduras de robustas ramas. Era —pensó Dagobert— como si se hallara ante un aviso clavado en la misma linde, con la inscripción «Quien ose entrar en este bosque muera él y todos sus descendientes», ante una admonición que entrañaba no pocas interpretaciones, de suerte que el valor languidecía y los nervios se irritaban, mostrándose rebeldes a toda sugerencia. Visto de cerca, el bosque despedía su propia y móvil luz interior, un parpadeo, un trenzado de rayos palpable aunque demasiado tenue para cielo tan grande. Parecía el resultado de gajos de claridad, de débiles espectros perfilándose contra sombras de crecido terciopelo, semejante a vitrales que flamearan en una catedral invadida por la niebla.

Se escuchó el ulular de un búho. Cuando Dagobert retuvo las

riendas de su caballo frente al bosque, lo hizo al acuno del silencio. Ahora, en cambio, prestaba oídos y le llegaban los infinitos rumores apagados de un rompiente vegetal. Percibía susurros del helador aire en los ramajes, bufidos repentinos, el golpeteo de erizos de castañas contra tocones podridos y setas venenosas, intensos aleteos, topetazos de cornamentas de ciervos, gotas de rocío descendiendo audiblemente de un tallo, acaso los crujidos de cascos herrados de una avanzadilla enemiga. El coracero se paseaba inquieto a uno y otro lado, mirando en la distancia a través de las ordenadas hileras de árboles como si fuese el costillar de un animal ilimitado, que a su vez, de alguna manera, lo mantenía a él prisionero pero alejado todavía de sus vísceras. Dagobert experimentaba confusos sentimientos de perplejidad, de humillación, de impaciencia, que no estaban cimentados por entero en una desconocida e inconcebible cobardía sino en un profundo horror sin identidad. Blasfemó para sí, inflamado por el decrecimiento de su iniciativa. No alcanzaba a tener siquiera una idea de lo que ocurría bosque adentro, no podía descartar categóricamente ningún peligro, ni tampoco convencerse de que sus alardes de audacia lograrían hacerle frente. Incapaz en cualquier caso de dar alguna razón al respecto, sabía que no bastaba con aventurarse en medio del tupido pabellón de acebos, alerces y nogales para desvelar la plausible naturaleza de aquello que lo acechaba desde sus últimos confines: un simple jabalí, lobos pugnando por su presa, un pintor ambulante de camafeos de los que circulan en tiempos de guerra, carboneros atrapados en algún pantano, la secular impenetrabilidad misma del bosque, una patrulla de reconocimiento del ejército imperial delatada por su sombreros de dos picos, allí donde clarea la espesura, y por el cabrilleo de las horquillas de tiro entre la maleza y de los chafarotes de hoja larga.

Se disparaban las sombras. Se agigantaban y embestían allí donde lo hacía su desesperación por la voluntad sometida, por la posibilidad de una ejecución frustrada de su hazaña. Pálido y vulnerable ante la incertidumbre de ese mar elevado de cortezas, de nervaduras y penachos trepadores, Dagobert sacó justo de debajo de su coraza un guardapelo labrado con un mechón de la persona que era objeto de todos sus afanes. Lo acarició posesiva y tiernamente, y recompuso con la mayor atención la imagen de su esposa de catorce años, a sabiendas de que tal vez no volvería a verla. Evocó a su esposa Justine D'Éon —hija única de un próspero ganadero de la Camarga— danzando con una rosa en los labios en la feria de

Beaucaire arrebatada por sus galanteos de cuartel, recordó su boda el día de Pentecostés y los paseos de ambos en compañía del perro pomerania, cobró forma recostada en el confidente de lino y sentada a la mesa provista de urogallo asado, damajuana de vino y manzanas ácidas para el almuerzo con que lo despidió seis meses atrás, el semblante dolorosamente despreocupado y perseverando en su mirada hasta que el coracero se separó una vez más de ella.

Dagobert devolvió el guardapelo a su lugar, bajo la coraza, depurado por ese polen invisible que se esparcía sobre el pecho. Sintió que su abatimiento retrocedía en gran medida. Dio unos pasos al azar, como quien administra una espera inútil o confía en la mutabilidad de la fortuna, aplastó mediante imprecaciones de sus botas diversas correhuelas y plantas de muguete y subió finalmente a su cabalgadura. Ceñudo, con la indignación atemperada por un temor impreciso, cambiante y de intrincados matices, su mano izquierda sujetaba las riendas mientras la derecha aferraba la empuñadura de la espada. Hubo un momento casi desquiciado de vacilación. Quizá Dagobert volvería grupas al encuentro de Justine y de la traición, quizá se desviaría huyendo de la noche y dirimiendo un problema de índole disciplinaria, o bien picaría espuelas y desaparecería entre los árboles engullido por las oscuras, incesantes y desdeñosas fauces del bosque.

# LAS TORMENTAS

El niño corría esa noche por el pasillo perseguido por los primeros truenos de la tormenta, que reverberaban con clamor de artillería. En otras ocasiones, huyendo de las alimañas de algún sueño, abandonaba su habitación de puntillas o tanteaba delicadamente las paredes en dirección al cálido ronroneo de los brazos de su madre. Ahora volaba descalzo, temblando, sin aliento, con pequeños incendios en los ojos muy abiertos y la ardilla asustada que era su corazón pugnando por escapársele del pecho. Parecían rozarlo ya los relámpagos y las ráfagas exteriores de viento y lluvia cuando alcanzó el pomo del dormitorio de su madre. Lo giró y cerró tras de sí resuelto, triunfal. Retumbos, trallazos y aullidos se apagaron. Estaba a salvo de los demonios rebuznadores de las tormentas. A través de la luz íntima que despedía la lamparilla de la mesita de noche, a través de su vapor tibio y dorado, como de caballeriza, el niño creyó entrever —antes de cerrar los ojos— un enorme lobo negro, híspido, jadeante, desafiador, cuyas poderosas patas se demoraban sobre las sábanas.

# LOS PALAFITOS

A Cristina García

Nada hay tan grato para un espíritu melancólico como realizar a solas, avanzada la primavera, una discreta excursión botánica, entregarse a un paseo despreocupado pero vigoroso, llevado por la deliciosa brisa que lame las laderas de las colinas, vagabundear a placer lejos de los senderos, estudiar con júbilo la raíz aérea que crece en un bosque o la hoja atrapadora de insectos que acecha entre el oleaje de oro de un prado. Y si la fatiga extravía nuestros pasos nada importa sino gozar —como ahora gozo— del aroma del majuelo y del canto exultante del aligrís.

—¿Se ha perdido usted?

Al volverme me encontré ante alguien con aspecto de anticuado pescador. La sotabarba y el viejo sombrero de palma trenzada a mano enmarcaban unos rasgos que desprendían cierta viva simpatía.

—Me atrevería a decir que sí —contesté— si no supiera que la vecina ciudad de R., donde vivo, apenas dista una decena de kilómetros.

—Nunca oí hablar de ella, señor.

Me asombraron esas palabras, pero no podía pasar por alto que su mirada era franca y que parecía, también, acostumbrado a la sorpresa de los forasteros.

—Con todo —prosiguió—, le ruego que pase la noche protegido entre nosotros. Usted sabe que no puedo abandonarlo a su suerte.

—Pero si apenas es mediodía —protesté, fingiendo una sonrisa de desamparo.

—Puede creerme, aquí la noche se nos viene encima de golpe, como solimán en los ojos.

—Agradezco su celo y aprecio en lo que vale su hospitalidad…

—No es hospitalidad —me interrumpió— sino caridad. En el lago, con nosotros, estará usted a salvo esta noche. ¿Vamos?

Me acomodé el zurrón en la espalda, afiancé el bastoncillo y lo seguí. Todo era una perentoria invitación a hacerlo: el saludo directo, sin apostillas, del pescador; la plena naturalidad con que se expresaba y la rapidez con que captaba mis pensamientos; el

misterioso sesgo que tomó la conversación; el despropósito de esas alusiones a un velado peligro y a un lago en mitad de una región seca como la nuestra, carente por completo de corrientes subterráneas y zonas dulceacuícolas. Estimé, además, que contaba con suficientes especímenes nuevos para mi herbario y que a la sensación de optimismo casi físico propiciada desde el amanecer por la larga caminata y las excelencias del buen tiempo le correspondía, en justicia, la posibilidad de un descanso igual de contundente.

Mientras caminaba tras el pescador me pareció entrever que, en ocasiones, manoteaba frente a sí con excitados ademanes, como si se santiguara o tratara de deshacerse de la muselina de invisibles telarañas. De cualquier modo, no se podía concebir desasosiego alguno en tan espléndido día, al menos mientras el sol poseyera ese fulgor tolerable que nos permite saborear profusamente cada instante de vida.

Avanzamos sin rodear la frondosa vertiente de un monte donde se sucedían, en moderado ascenso de este a oeste, segmentos copados de encinas, lentiscos y carpes. Al fin, el pescador separó las grandes ramas goteantes de un sauce como si se asomara a través del telón de un teatro. No pude evitar estremecerme de dulcedumbre ante lo que se me ofreció a la vista. La luz se reflejaba morosa en la superficie de una gran laguna, como cobalto fundido y rodeado por una larga cinta de verdor. Equidistantes de la orilla, ordenadas en disposición concéntrica, primitivas construcciones de tablados salvaban el agua mediante plataformas sostenidas por numerosos postes de madera, hincados en el fondo del lago. Esa especie de cobertizos ancestrales sin pintar, de toscas cabañas de una sola ventana y oblicuos tejados de chamizo y turba, estaban unidos entre sí por una pasarela flotante, por un precario pontón de dos tablas que servía, a su vez, de amarradero para extrañas barquitas con balancín y velas cruzadas. Un silencio abigarrado de vida se cernía sobre la aldea lacustre, aparentemente desierta ahora. Me oí pensar que semejante visión, en nuestro país y en nuestro siglo, era ya lo bastante inverosímil sin necesidad de imaginar excéntricas e insondables amenazas. Atónito aún por esta travesía fuera del mundo, permanecí inmóvil conteniendo la inequívoca excitación que confiere el hecho de descubrir de forma incidental el mirlo blanco, la súbita frescura de un oasis o el tránsito hacia ese secreto Valle de las Rosas donde se destilan los fragantes pétalos de rosa damascena. El brazo del pescador me llamaba desde la zona más elevada de la pasarela, a la que había accedido sin esfuerzo.

Con pasos mecánicos y temerarios —dada la índole arenosa del cañaveral— avancé absorto hasta ganar el pontón, cuyas tablas no eran para mí sino una intemporal estela de imágenes, luminosas y límpidas, que me guiaba hipnóticamente a un reino encantado donde los días prometían ser receptáculos de una perfecta dicha, de una jubilosa y penetrante sensación de bienestar, de liviandad, de sustancia desmaterializada. Todo, la luz más cálida, el aire más puro, los colores más intensos, las florescencias más hermosas, los sedales tendidos en la superficie quieta, esas viviendas como gigantescos nenúfares de madera, los geométricos trenzados de los reflejos de sus pilotes, la arremolinada eclosión aquí y allá de tallos de carrizo y lentejas de agua, todo cobraba relieve, todo concedía al observador una mirada sensorial, a un tiempo serena y apasionada.

Al penetrar en el interior de la cabaña, se me subió a la cabeza un tufo almizclado a cueros, salazones y cocos recién partidos. Me escocía la nariz con mareante ensañamiento. Al punto, el pescador empujó hacia mí, en un gesto enérgico pero cordial, una especie de banqueta desbastada con tosquedad que encontré inesperadamente cómoda. Sacó después unos vasos de arcilla y, solícito, me ofreció el destilado casi oleoso de una redoma envuelta en hojas. El primer sorbo fue una abrasadora descarga de fusilería en la garganta que no logró, sin embargo, disuadir la agitación que aún hacía latir deprisa mi corazón.

—Beba a voluntad, señor, y la noche pasará que ni tirada a cordel.

Se había quitado el sombrero de palma, y tras hacerlo volar con gracia, quedó ensartado en unos rudimentarios aparejos de pesca, junto a las cestas de cáñamo y los barriles apilados en un rincón.

—¿Álamo o pino negral? —preguntó el pescador, bebiendo a su vez.

—No lo comprendo.

—Los palafitos de su aldea, ¿son de madera de álamo o de pino negral? —repitió endulzando el énfasis de su voz ronca— ¿De dos o de tres cuerpos de alto?

Sentado frente a él, contemplé con detenimiento su cara curtida, sus ojos claros y sabios, su mentón patatudo, la jovial calma de sus facciones. Desconocía con qué criterio y por qué motivo pronunció aquellas palabras. Por pudor hacia mí mismo y en un tono que excluía cualquier insultante falta de cortesía, aclaré:

—Ciertamente debo haberle interpretado mal o usted a mí. No hay palafitos en la ciudad, ni siquiera en el país, de hecho dudo que aún existan palafitos en algún lugar que no sea una reproducción

turística de la Edad del Bronce, o quizá un poblado asiático o una isla perdida en Oceanía. Para mi sorpresa, ustedes son la excepción… Una excepción del todo pintoresca e imposible en estas latitudes.

—Le ruego que no bromee, señor. No parece usted un joven ingrato. De sobra sabe que nunca ha habido en el mundo más vivienda que ésta, ya sea en el agua, en las orillas, o en tierra firme. ¿Acaso no ha sido y será siempre así? —remató con una buena fe algo exasperante.

Sonreí festejando sus observaciones, pero amortiguada la sonrisa por una extraña vergüenza pues temía haberlo molestado involuntariamente. Imaginé que de no contestar pronto admitiría mi perplejo silencio como un asentimiento. Yo especulaba mientras tanto acerca de la portentosa frase, acerca de esa emboscada mental que no alcanzaba a comprender, desvinculada de la realidad y pueril hasta el punto de causar enojo. Un oído experto quizá no prestase atención a palabras tan insensatas o las atribuyera sin reservas a la ignorancia, a la mera superstición, a una humorada o a la forma de hacer los honores de la región, pero la generosidad natural del pescador y mi propia evaluación de su carácter me predisponían a su favor, a soslayar sus posibles extravíos y aún apiadarme de ellos. El pescador me miraba con fijeza, casi con preocupación.

—¡Vaya pregunta, francamente! —exclamé al fin— Acláreme algo por favor… No está usted hablando en serio, supongo.

—Nosotros siempre hablamos a la descubierta. Tan cierto como que nuestro único caudal es la faena diaria.

—Comprendo. Sin embargo estoy intrigado, le aseguro que jamás había oído cosa semejante…

Debí abrir mucho los ojos porque el pescador se apresuró a replicar, más contrariado que enardecido:

—A fe, señor, que no somos gente de distinción, ni personas campantes, pero nos sobra sentido común.

—Discúlpeme.

Sentí de pronto el impulso de disipar el efecto desazonante de aquella conversación. Me acerqué al ventanillo sin postigos y bebí con la nariz un olor a campo maduro, a bosque y selva frescos, corpóreos, verdaderos, que expandía el pecho con su alborozo animal y embelesado. Mi mirada, como esas urracas que caen a pico sobre objetos brillantes, se posó en el pequeño mar de vidrio soplado cuya superficie se desmenuzaba en lumbres fugaces, se alojó en las velas cruzadas de las chalanas, se depositó en las

estacas del secadero de peces, en los pilotes cubiertos de madréporas, en el retozo de las carpas y los sapillos moteados. De no mediar la vaga amenaza nocturna y la disparatada idea del pescador —que por alguna razón él concebía como una inequívoca certeza, como un hecho consumado—, sería sin duda en esta región incierta donde oficiaría el paraíso, donde podría frecuentar una placidez incomparable y me sentiría besado por una dulzura profunda y desconocida. Me llevé los prismáticos a los ojos para inspeccionar pormenorizadamente las márgenes del lago ribeteadas, colmadas de verde, un tapiz guarnecido con diminutas llamas vegetales de múltiples colores. Exaltado, estuve largo rato mirando la infinita variedad de plantas —muchas de ellas endémicas y algunas desconocidas— que formaban panículas y se alineaban en breves cimas y se entremezclaban hasta el paroxismo: campanillas azules, toronjil y zumaque, pan del diablo, mostaza florecida, matas de cardosa, adelfas y botones de oro, menta silvestre, espadaña colorada, la flor amarilla de la «ylang-ylang» africana, con sus largos pétalos en forma de estrella… Por un instante cobró interés la idea de regresar mejor pertrechado a este hervidero asombroso, de botanizar sin límite de tiempo alrededor de las primitivas construcciones asentadas sobre el agua, de alimentar aquí mi «Addenda» a la Teoría de Daumal sobre los peciolos flotantes del «Eichhornia crassipes».

El pescador había descolgado una marmita tiznada. Removió en su interior, llenó un plato de madera y me lo tendió.

—Coma usted, que parece que lo chuparon los espíritus.

—Se lo agradezco.

—La leche de cebú no prospera por aquí. Esto es sólo pescado seco y tapioca, pero no hay mejor cocinero que el hambre.

—¡Tapioca! —exclamé para mí, incrédulo.

Juzgué preferible no aludir de forma abierta a lo descabellado del asunto, cuya interpretación más obvia iba dejando de ser, por momentos, fruto de la imaginación o la candidez. Lo cierto es que allí, en el austero interior de una choza neolítica encallada a poca distancia de la ciudad, en compañía de un sencillo pescador que me ofrecía cobijo nocturno e ideas inverosímiles —y notablemente hambriento tras el paseo de la mañana—, atribuí a aquel vino de dátiles fermentados y a aquellos escamosos grumos la sabrosa magnitud del festín de Baltasar en Babilonia.

—Verá usted —dijo el pescador, que había comido algo y ahora tenía las manos en el regazo—, en esta comarca tenemos casi todo lo necesario, pero a veces las cosas vienen mal dadas y hay que

hacer batidas de trueque que pueden durar semanas o meses, en poblados muy apartados, aguas arriba, más allá de los campos de mijo y de las más lejanas montañas, ya sabe usted, durmiendo en los árboles cuando de noche le come a uno el miedo. Aunque yo siempre fui de la cáscara amarga, a esas ocasiones de viaje le hago fiestas, que pocos cazadores, pastores y carboneros pasan por aquí tan necesitados de salazón. Este viejo pescador, créalo usted, ha llegado hasta donde nace la vid, la nieve y el mar, ha visto girar las norias y las roldanas de los pozos y bailar en el aire la lanzadera del tejedor y el torno del alfarero.

—Perdone si le parezco impertinente —intervine, al advertir que se mostraba más locuaz—, ¿pero está usted totalmente seguro de que nunca ha visto una ciudad, asfalto, edificios sólidos a ras del suelo?

—Palabras así no las hay, señor —replicó con convicción, sin un asomo de ironía.

—Usted lo juzgará muy raro por mi parte —insistí, en espera de una retractación que solventara definitivamente esta actitud irracional y casi dolorosa—, pero lo cierto es que yo mismo vivo en un edificio de hormigón, ladrillo y cristal de doce plantas.

—No sé qué son esas cosas que usted me dice, ni caben en cabeza humana —la voz del pescador no era una voz tonante, sino persuasivamente efectiva. Al oírla, uno no vislumbraba relámpagos de insania sino que, sustraído por ella, podía concebir con facilidad un maravilloso subsistir de la raza humana parapetada durante milenios sobre gráciles palafitos—. Señor, no habla por su boca la razón natural. Hay muchas cosas que uno no sabe, pero un viejo de cuarenta años sí sabe qué pasos ha dado a los cuatro vientos. ¿Doce cuerpos dice? Usted mismo, que tira algo a soberbio y no tiene aire de carpintear mucho, no desconocerá que la vertical da poder a las sombras. Estos donde ha errado usted el camino son tan sólidos como no se han visto palafitos en el país, y apreciados, que pocos hay que defiendan tan bien por la anochecida, cuando prende el miedo en uno como arpón en el pez.

—No pretendía ser insolente —me disculpé, atormentado por las dudas.

Quedamos en silencio. De repente no se oía el murmullo de las hojas, ni la ahogada tremolina de los pájaros que antes caía en cascada sobre la aldea lacustre. La sensibilidad se exalta a veces en un silencio extraordinario. Creí percibir entonces el inaudible chapoteo del agua contra la orilla. Dejé el plato en un vasar de cañas, caminé unos pasos sobre la madera embreada del piso y volví

a asomarme al exterior. El lago aún ofrecía a la luz toda su extensión. Se encrespaba apenas el agua, se apizarraba en huidizas reverberaciones. Un pez volador destelló unos segundos en el aire antes de sumergirse entre salpicaduras lechosas. Con la mano en visera y la mirada errante corriendo a través del aroma a resina que rezumaban los árboles, llegué a sentir que confundía mi perspectiva y que los palafitos —el nuestro y los otros que lo circundaban— habían cambiado de ubicación en la laguna, como si bogaran de forma impalpable de una orilla a otra pese a estar firmemente apuntalados, anclados en su fondo. Un frío impropio de la cálida tarde me destemplaba por dentro: eran las palabras del pescador, su insólito proceder, mordiendo y desgarrando mis certidumbres como un perro que juguetea tercamente con un paño. Deseaba pensar en lo que había oído pero al hacerlo me trasladaba de modo invariable a un estado de pérdida, de desacostumbramiento, donde la precisa noción de lo obvio, de lo sensato, de lo familiar, de lo ocurrido, de lo que tiene su peso en la experiencia, de todo aquello que formaba parte de lo que existía desde siempre —la sustancia misma de la historia— se veía irradiada y pulverizada por el inaudito artificio, por la espontánea y absurdamente simple subversión de un desconocido, por su mundo de singulares dimensiones, por su locura, inadvertida para él y a decir verdad irrefutable.

—Quizá debería marcharme ahora —anuncié volviéndome hacia el pescador, mientras un malestar difuso me oprimía las sienes.

—Si es lo que desea… Pero no servirá de nada, señor —una vez establecido lo falaz de mi idea, los ojos color agua del pescador se enturbiaron, y luego añadió–: Me sorprende que lo olvide. Todos los que desafían a la oscuridad pierden pie en la vida… Mi hija, ¿sabe usted?...

—Adelante, por favor —me sorprendí diciendo, sin estar seguro de desearlo.

—Era muy reidora —susurró, paseándose los dedos entre las canosas vedijas de su cabeza—, blanca y grande como las mujeres de las tierras llanas, y tan rubia como la mies. Me ayudaba en las faenas, sin hacerse notar. Y después recogía moras y miel de los troncos huecos. Le gustaba cortar flautas en los cañaverales cuando la brisa venía fresca y la ola corta… Hace tantos veranos…

Me pareció sincero. No era la voz impostada de un fingidor extravagante o de un iluso acarreando asustado los escombros de su mente. Reconocí el dolor, reconocí el sufriente gemido del miedo —ese miedo innominado que siempre fue el obstáculo capital del progreso del género humano—, aleteando en torno al cuerpo magro

del pescador, contagiándome un orden ignominioso, los fermentos del horrible dictado que pretendidamente regía esa nueva y vulnerable zona de intersección entre la naturaleza y el hombre.

—¿Se encuentra mal, señor? —preguntó, recuperado el aplomo — No debe espantarse. Todos acabamos algún día enterrados en grandes cestas, bajo el dolmen mirando al sol…Tengo algo que le pondrá a flote los toneles del corazón.

Tras encender un candil, sacó del bolsillo una bolsa de gamuza y de ella dos grandes cigarros que él mismo prendió sobre la llama. Después acercó hasta mí su mano asarmentada.

—No le consideraré a usted un amigo si no me acompaña. Fume, duerma a modo esta noche —mi anfitrión aspiró calmosamente— y mañana, pie ante pie, podrá regresar con despreocupación a su palafito.

Era un tabaco de sabor fortísimo, en sazón, liado en hojas de banano secas. El pescador me contemplaba con afabilidad, con la grata condescendencia de quien trata de apaciguar a un caballo nervioso arrimándole terroncillos de azúcar. Durante cierto intervalo de tiempo, sin prestarle apenas atención, había estado escuchando sonidos no muy llamativos que ahora creí descifrar en parte: un temblor de frondas, apresurados pasos de pies descalzos sobre los pontones de tablas, graznidos de aves en vuelo rasante, crepitaciones, repiqueteos, zumbidos turbadores, de alarma un tanto mitigada. De improviso, una lentísima tralla de luz proveniente del rincón opuesto fue abriéndose paso en el interior de la choza. El pescador recogió el candil y lo colgó con celeridad del techo. Ese rociado de luz de un amarillo arcaico, como de fuego de fanal atizado en una caverna milenaria, esparció sus regueros en todas direcciones y arrancó ascuas a sombras en las que no había reparado hasta aquel momento. Me descubrí paseando la mirada alrededor, de las leznas al aparvador de heno, del mortero a los pellejos y calabazas huecas, de las redes al catre de tijera cubierto de piel de borrego. No hubo crepúsculo. Sin transición, una oscuridad densa, poceada, enfática en todos los sentidos, usurpó vertiginosamente el lugar del sol. En tales circunstancias —pensé— y como única contrapartida, quizá deba ocultar en el sueño esta angustia que poliniza mi imaginación, embozarla hasta la mañana siguiente, en la que hipotéticamente todo volvería sobre sus huellas y yo, aliviado, podría asir de nuevo mi bastoncillo y mi zurrón y salvar o derribar por fin el muro que nos separaba.

El pescador cebaba parsimoniosamente su cigarro cuando se incorporó con brusca resolución, como si hubiese leído mi

pensamiento y, caminando de espaldas hacia una de las paredes de tablazones, me envió por el aire efusivos gestos que significaban en realidad «permítame explicarle». Apartó una arpillera y extrajo algo de detrás de lo que parecía un bastidor de junco. Se volvió luego para alcanzarme varias hojas apergaminadas y cosidas por un lado. Al contacto con aquellas viejas láminas geográficas, tuve el convencimiento de sentir ese miedo totalizador que se experimenta cuando desaparece bruscamente, bajo nuestros pies, la tierra de las certezas y se adivinan consecuencias incalculables, derroteros fatídicos que ya nunca se disiparán.

—¡No es posible!

En mi grito, que no tenía un claro destinatario, se acumulaban desconcertados elementos de furia y cansancio, de terror y consuelo, de exaltación y derrota definitiva. El pescador, según observé —o más bien imaginé—, acariciaba su sotabarba y asentía con una sonrisa tolerante. Los grabados representaban escenas de agrupaciones de palafitos en diferentes parajes que pertenecían, visiblemente, a continentes distintos, en los que jamás hubo constancia de ellos. Noté la boca seca. Acompasaba mi respiración con el estupefacto examen de cada grabado. Se prodigaban por todo el planeta: vi palafitos asentados en valles fértiles, entre los penachos de nieve de las montañas, entre los bosques a la luz de la luna, como nidales al borde de acantilados, como telitas de araña en desiertos, como caparazones de moluscos sobre laderas volcánicas, sobre los reticulados cultivos de las vegas y los aguazales de las tundras. A duras penas me sostenía en la tosca banqueta. Tambaleándome y remolineando junto a mis pensamientos y convicciones como hojas secas al viento, comprobé que la mayor parte de los lugares, de los predios reproducidos en los grabados eran perfectamente reconocibles, y que cualquiera podía afiliarlos con exactitud a su memoria a partir de la inequívoca disposición de formaciones y detalles orográficos. Así pues, el vasto y persistente desatino de esta tarde no era una apreciación errónea, ni un juicio subjetivo atribuible a la sugestión ambiental. Por añadidura, el pescador no necesitaba apelar a leyendas, tradiciones, registros antiguos o creencias inmemoriales, ni justificar acaso la perduración de ese peligro que me refirió repetidamente —quizá un temor infundado o trivial en su origen que se desnaturalizó y fue aceptado, por asimilación, como una fatalidad—, un peligro que de alguna manera, sujeto a leyes desconocidas y arbitrarias, amenaza desde el fondo de la tierra y de las aguas, condicionando indefectiblemente el rumbo de las vidas. La verosimilitud que antes

me llegaba en leves y dispersas oleadas, me alcanzó ahora de lleno, de forma instantánea: vastos tapices de civilización se desintegraban ante mis ojos como por ensalmo; las infinitas y vivas ciudades, los encajes de colosales arquitecturas, se hundían de nuevo en repentinos mares de polvo y de hierba; la catedral de los logros humanos, trabajosamente erigida, se desleía en gravilla y aire; una multitudinaria y frenética hueste de titanes, un laborioso ejército de canteros, una batalladora tropa de constructores de imperios, una tumultuosa sucesión de generaciones se disipaban como espectros colectivos en el vacío, en la esterilidad, en la nada; los clamores de la piedra y el mármol, de las campanas y los martillos, eran reducidos al silencio; la crónica de las hazañas, de las efemérides, de los pueblos, de los nombres en los siglos del mundo se secaban en mi mente como efímera baba de caracol; las edades, las mareas, las órbitas planetarias, los cielos septentrionales y meridionales, devorándose a sí mismos, retornaban al fresco comienzo, a su semilla, a su matriz intacta. Apenas resultaba tolerable tal cúmulo de visiones. Me di cuenta de que hallaba cada vez más difícil invocar a mi memoria, imaginar lo que no veía, establecer analogías entre lo evidente y lo que se iba haciendo remoto, recobrar lo que ni siquiera había sucedido. Como si hubiera envejecido miles de años mediante un conjuro, o hubiera rejuvenecido y viviera en cualquier caso a destiempo. El sol nunca doró soberbias cúpulas, ni fastuosos palacios, ni castillos, ni pirámides, ni menos aún rascacielos, nunca caldeó anfiteatros, templos o mausoleos; el viento nunca hizo girar molinos, nunca lamió obeliscos o estatuas, torres o minaretes, no se coló bajo arcos de triunfo, nunca pirueteó en gloriosas y elegantes avenidas ni atacó callejuelas miserables y ennegrecidas. La fantasmagoría desplegada impávidamente tras el fortuito encuentro con el pescador disolvía los recuerdos, apagaba luces y faros, atomizaba volúmenes de toda clase y tamaño, desvanecía hitos históricos cuyo eco dejaba de oírse en la inmensidad del pasado, desprendía hojas de calendario que caían como pétalos y sépalos marchitos, como ceniza de un tiempo inexistente, preludiando una especie de súbita y atroz extinción, de zozobra abismal, de olvido.

La brasa del cigarro me quemó los dedos. Había estado pensando sólo unos momentos, un lapso fugaz, con la conciencia zarandeada y castigada impunemente como una chalupa en la borrasca. Aturdido, en mi desvalimiento no me atreví, no puede dejar de escrutar esas hojas apergaminadas, de indagar sus ocultos aludes. La quemazón y el titubeo del pescador en la banqueta me

devolvieron al interior del palafito. Descruzando sus grandes manos, mi anfitrión había erguido el cuello y adelantado el rostro, no tanto para aguzar los sentidos cuanto para vaticinar el alcance de un posible ataque nocturno, para calcular incluso la resistencia de las pilastras de madera de las cuales, al parecer, dependía en buena medida nuestra defensa. La luz del candil se concentró, se dilató y danzó como demonios en llamas en las pupilas del pescador. Miré en dirección al ventanillo. La oscuridad de su rectángulo comunicaba esa marcada opresión que se experimenta bajo un eclipse, el aviso de un vagido inminente e irremediable. El anuncio se transformó en el siseo pulsátil de un corazón que empieza a latir, el siseo en un rumor propagándose en ondas cada vez más amplias, y al fin no hubo más que un bramido tenue pero omnipresente e impío. Desde el mismo momento en que esa perturbación se materializaba sobre el lago, recibí bajo mis pies una suerte de electricidad contenida, como el presagio del zarpazo, del mordisco de un inmenso animal acuático, agazapado y voraz, o de una fuerza primigenia en movimiento que estremeciera a distancia, con su negra lengua, los jacintos acuáticos y las flores amarillas de los ranúnculos. Imaginé al agua burbujeando en la noche, atorbellinándose malsana, acunada por el fango y el hedor a panteón. Inmerso en ese curso de sensaciones perniciosas, me sobresalté al sentir la mano del pescador sobre mi hombro, cuando debía haber ejercido un efecto sedante.

—Échese usted, señor, y duerma tranquilo —me ordenó, señalando con la cabeza a la piel de borrego—. Y descuide: quien muere en sueños, se dice, no da el alma despierto.

Aún quedaban restos de indulgencia en aquella voz ronca. Pero la cordialidad de sus facciones iba adquiriendo matices más severos, de ira pacientemente suspendida.

Ignoraba si lograría cerrar los ojos, si llegaría a despertar, si el viejo pescador insomne velaría por mi sueño, si veló por el de tantos viajeros extraviados mientras cesaba el gemido, la afrenta, el designio que enigmáticamente había impuesto la naturaleza. Y entonces, acuciado por una rara nostalgia y un punto de excitación que tiraban de mí hacia atrás con fuerza, hacia el cauce leal y gregario del hogar, deseé estar junto a mi esposa, junto a sus ojos vivaces y sus pies descalzos, junto a sus besos y sus feroces mordiscos de protesta, junto a sus manos encallecidas y su carne más firme, vestida de yute y adornada con brazaletes y conchas, a salvo del espasmódico gemido que acude desde las profundidades de la tierra, a salvo de esa degenerada oriflama de nubes que corre

hacia poniente, guarecidos de la intemperie y la oscuridad, mutuamente reconfortados, acodados ambos en la baranda de bambú de nuestro palafito.

# INTROITO PARA ARPA DE TENDONES HUMANOS

El ojo derecho me cuelga a la altura del pómulo. Las ametralladoras nos barrieron del parapeto. A Le Brun y a mí. Caí bocabajo en el barro. Oscuridad, acógeme entre tus brazos. Hacerme el muerto. Aquel crujido era la bala volándome el hueso orbital. Intento devolver el ojo a su lugar sin delatarme. Parece un amasijo de muelles blandos. La aviación nos había bombardeado de nuevo a la salida del sol. El capitán d'Herbelot se disgregó en miles de pequeños d'Herbelot. El miedo no es negrura si antes has conocido el espanto. Thierry perdió los brazos mientras los estiraba en un bostezo de cansancio. Comimos ratas que sabíamos devoraban cuerpos de soldados muertos. Amortajamos miembros amputados. Hilamos tripas y las repusimos en sus cadáveres coronándolas con las fotos de sus novias sonrientes. Cada uno de nosotros, espectros raquíticos y aulladores, conocía en vida el nombre de su infierno: el bosque Prijmadin, la plaza de Altsattl, los pastizales de Na Mustku, el río Týna, la colina Podêbrady. Ha vuelto a desprenderse el globo ocular. Lo empujo al fondo de su cavidad con un lentísimo amago, intentando no descubrirme. Dios delante y yo detrás. En uno de los últimos ataques, Litvak el Pelícano levitó en el aire con la explosión del mortero y pude contemplar momentáneamente el revés entero de su piel. Litvak el Pelícano fumaba picadura de primera. Camaradas que eran borbotones de rabia, miedo, astucia, lealtad, locura, y una fracción de segundo después caparazones vacíos, hollejos, remolinos de carbón y fosfato. Permanezco inmóvil. Bocabajo. La náusea llama convulsamente a mi puerta. La dejo entrar y se acomoda en la mesa junto al dolor. Decrece el ruido sordo de los impactos contra los sacos terreros. Mi ojo izquierdo, entreabierto, asiste toda la tarde a desfiles de chinches y hormigas y cucarachas. No hay paisaje en esta sala de máquinas de la historia, en esta artesa para matanzas. Sólo raciones de sangre. Macutos de barro. Cantimploras de secreciones. Trincheras de vendas y delirios. Pienso en la pureza, en una monja de hábitos blancos y toca almidonada que acaricia mi frente con un beso incomparablemente dulce y consolador. Pienso en la imprecisión del dedo meñique de los pies. Se acerca el enemigo entre los escombros. Lo olisqueo. Tiemblo. La muerte es sólo un día más, nos arengaba el capitán

d'Herbelot antes de desintegrarse en su halo. Un día más, quizá, pero interminable. Siento pánico. Doy la espalda a las ráfagas perdidas de los francotiradores, a los lanzallamas, al imperceptible y concluyente disparo de los rematadores de heridos. Llega la noche, como aturdida. Horas apiladas en frías capas de agonía. Temo también una paletada de cal sin previo aviso. Dormir. Visto desde arriba, mi cuerpo hace nido. El párpado restante se me cierra de sueño, de agotamiento, de asco. Pero lo que más empavorece a este cobarde, a este desertor, es la infinita maldad del amanecer.

# EL ESPANTO

Acodado en una mesita exterior del café Madagascar, sorbo el contenido de mi taza y contemplo a los transeúntes, estudiándolos como quien pesca con chispa y mosca ahogada. El aire remolca muy despacio las nubes. Me fijo en un hombre agradable con sombrero y maletín que lleva de la mano a una niña de no más de seis años, tironeando un poco de su bracito, lo suficiente como para impedir que avance con naturalidad. Parece asustada. El contacto de aquellas dos manos desparejas no es el idóneo, ni responde a la bendición del amor, remite por el contrario a la vorágine de peligros que se extiende más allá de uno mismo. Esos detalles triviales me sobrecogen. Y su efecto hace que, de pronto, tenga del hombre la percepción —repugnante en el más genuino sentido de la palabra— de algo como una langosta, una más entre las langostas de una plaga que bulle sobre un mar de sangre negra. Los observo mientras se alejan: la niña con pasitos descompasados y él emitiendo sonidos de masticación. Finalmente, ambos se pierden entre los huevos de oscuridad que están siendo incubados bajo los farallones de nuestros edificios.

Mi hermano había regresado de Myanmar para una estancia de dos semanas con intención de presentarme —soy el único familiar vivo — a su esposa birmana, Ngapali. Después de cuatro años de separación íbamos a celebrar el reencuentro en un hotel cercano al aeropuerto, donde se hospedaban por unas horas debido a mi imposibilidad de recogerlos en el momento de la llegada. Mientras atravesaba el vestíbulo y subía las escaleras sentía ya ese efecto expansionador que suele manifestarse cuando alguien nuevo entra en la vida de uno y preveía, además, las reacciones que su aparición podría suscitar en mi carácter incisivo y algo fantasioso.

Una vez en aquella estancia de aspecto acogedor, sorteé los bultos del equipaje y corrí a abrazar a mi hermano, el habitador de islas, el cruzador de mares, el ser exultante que tenía siempre, sin embargo, los cinco sentidos puestos en su negocio. Mi cuñada nativa, sonriendo con una salvaje e ilícita ternura, permaneció inmóvil, de pie, los brazos a la espalda, no muy lejos de la mesa preparada con tetera y tazas colmadas. Me acerqué y la besé en ambas mejillas, armado con una falsa seguridad. Aún iba envuelto en su perfume narcótico cuando me senté junto a mi hermano en el sofá de dos plazas. Desde mi posición podía fijar la vista indistintamente en cualquiera de los dos. De tal modo que mientras mi hermano se entregaba a un monólogo pletórico, casi colonial, acerca de las hechizadoras joyas naturales de su país de adopción, pude demorarme en el atento pero discreto estudio de Ngapali. Calzaba sandalias doradas, vestía una especie de sedosa falda entubada donde los colores se arracimaban en cada pliegue y rielaban con cada movimiento, y se cubría sin embutir los brazos con una amplia chaqueta occidental, azul oscuro, que le abultaba de forma un poco desproporcionada en la espalda. Más que sus ojos grandes y decididos, eran esos destellos que las porciones descubiertas de su piel lanzaban a lo largo y ancho de la habitación los que me miraban fijamente, esos destellos de sus labios prominentes, de su cabello oscuro y limpio, de su frente y pómulos amplios, facciones cobrizas que resplandecían como si estuvieran barnizadas por una capa de ríos caudalosos corriendo de noche

hacia el mar, de deltas turbios, de luciérnagas, de frondas de palmeras, de campanillas y velas encendidas en miles de hornacinas.

En algún momento, Ngapali se había sentado tras la mesa sin despojarse de la prenda que llevaba echada sobre los hombros. Parecía un hermosísimo mascarón de proa, pero no de una belleza inerte, sino vívida y palpitante, un mascarón de proa acostumbrado a que el mundo lo rodeara asintiendo ante su iridiscencia, a que los hombres se odiaran a sí mismos por no poseerlo. Su sonrisa contenía una genuina calidad natural, y llegué a creer que bastaban los arrobadores arqueos de sus cejas para comunicarme que se dolía de mi vida anodina. Por todo ello no tuve el menor reparo en dejar de lado una nimia cuestión subjetiva, la idoneidad de su unión sentimental con mi hermano. Él, entretanto, hablaba atropelladamente, intentando despertar en mí la banal nostalgia de lo desconocido; hablaba de los ocho cabellos de Buda en la pagoda Shwedagon, de las bocas enrojecidas por el betel, de las telas de Mandalay, lacas de Bagan y otros artículos con los que comerciaba, del neblinoso reino «rakhaing», dominador en su época de la bahía de Bengala, de los portugueses y samuráis cristianos que se contaban entre los mercenarios de su corte.

Súbitamente, un esbozo de inquietud asomó como una exhalación a mi conciencia. No había reparado de inmediato en ese detalle insignificante. Algo me inducía a creer que la actividad de los brazos de Ngapali estaba cargada de un sentido oculto, de una inasible rarefacción: creo poder afirmar que nunca vi sus dos brazos al mismo tiempo. Si removió antes la cucharilla en la taza con la mano izquierda, extendió más tarde el brazo derecho para servirse otro té, manteniendo mientras tanto su contrario detrás del respaldo de la silla. La nimia circunstancia de que aquella mujer adorable como una abubilla de exótico plumaje moviera o hiciera oscilar sus brazos alternadamente, uno y después otro, al tiempo que ocultaba su pareja, comenzó a mortificarme. Sentía que debía acechar con cautela cada remota insinuación, cada órbita incierta que describieran sus extremidades.

Ngapali, con el codo izquierdo sobre la mesa, había hecho reposar ahora en la mano su perfil, dibujado contra la luz que penetraba por el ventanal. Su cuello delgado se perdía bajo la chaqueta —que mantuvo puesta en todo momento pese a la eficacia de la calefacción— y convergía en una serie de protuberancias debidas, en rigor, a las hombreras, pero esos abullonamientos se mostraban evidentemente descolocados e incluso, quizá por la

intervención de un temor condensado o de una ilusión óptica, parecían realinearse con cada nueva mirada. Al notar que demoraba sobre ella mi estado de extrañeza, que insistía en mi absurda vigilancia, tuve la sensación, subrepticia, dolorosa, de que Ngapali se volvía repentinamente vulnerable, de que su temperamento alegre y calmo se revertía en una cualidad poco propicia, casi hostil, y lo daba a entender a través de un estilizado pestañeo que llegaba desde muy atrás y desde muy lejos, al otro lado del ecuador.

Mi hermano continuaba su monólogo deshilvanado donde cabían las aguas azul cobalto de Marauk-U y el curandero que ofrecía ungüentos y cráneos de mono, la vegetación paradisíaca de la Isla de las Perlas y los graznidos de los cuervos al atardecer en Yangon. Ensimismado, apenas lo escuchaba y, sin pensar, intercalaba a veces vagos comentarios. No podía evitar mirarla. Como insistía en conocer las verdaderas proporciones de las ideas y sentimientos, plenamente turbadores, que acometían mi cerebro, observaba unos instantes a Ngapali —regresando por así decirlo al lugar de un increíble y peligroso descubrimiento— pero a continuación mi mirada, incómoda, corría una y otra vez a perderse en la alfombra, en las molduras de las patas de la mesa, o acababa en el cenicero vacío. Cuando la insistencia se ha llevado al extremo, nuestra imaginación a menudo colorea de oscuros miasmas los pensamientos y es imposible enfrentarlos con serenidad de juicio. Llegué a alimentar el deseo de arrancarle la chaqueta azul, de obligarla a disipar cualquier indicio de tan siniestra sugestión. Mi corazón latía desacompasado bajo el saliente de aquella prenda, pugnaba por cobijarse en las sombras de aquel reverso, sentía el impulso de desaparecer allí y reaparecer con el secreto desnudo entre mis dedos, con la certeza llameante que restaurara o volatilizara definitivamente la fascinadora impresión que me produjo, quince minutos atrás, el asalto de lo diferente.

Apoyando la mano derecha en el borde de la mesa, Ngapali hacía girar con indolencia un platillo del servicio de té. Accesoriamente, la mirada de sus ojos color musgo caía en ángulo recto sobre el sofá tapizado con tela de crin y la figura sentada de mi hermano, el habitador de islas, el cruzador de mares, el ser exultante, elocuente, veleidoso, poco suspicaz, la clamorosa víctima, emparejado en un país extraño con una extraña desconocida, emparejado desatinadamente, por el envés. Pensé que si no cortaba de raíz esta aprensión, estas recelosas y alarmantes conjeturas, pronto sus brotes devorarían la debilitada planta de la verdad. Y era más que probable que con ello el equívoco comportamiento de las

extremidades de Ngapali y el sinuoso espacio bajo su chaqueta tallarían, multiplicándolas de modo completamente demencial, las facetas de mi angustia, en cuyo prisma emponzoñado quizá los cristales revelasen una forma marchita o mutilada, una forma de medidas imprecisas pendiendo inacabada o fosilizada, con los contornos de un cardo largo y poblado de espinas, un atrofiado miembro rebullidor e insidioso que había que inmovilizar con ayuda de al menos otro brazo, un extremo palmípedo, desarticulado, unos grávidos racimos axilares, un enorme tallo podado, una aleación de cicatrices y vellosidades, un intrincado tocón de ligamentos, un muñón semejante a una lamprea cartilaginosa y baboseadora.

Mi hermano, absorto en sus explicaciones, indiferente a la agitación de mi inmóvil y enrarecida búsqueda en este hemisferio, tildaba de prodigio la llanura de Bagán con sus dos mil templos y de impostura la creencia de que el elefante blanco traerá riqueza y prosperidad a Myanmar. De tiempo en tiempo, acompañaba sus comentarios con miradas aprobatorias que enviaba a su esposa, instintivamente confiado, como quien sabe que ésta nunca le hará daño, que nunca se abandonará por inadvertencia al poder embriagador de las panteras agazapadas y al ciego propósito de las plantas carnívoras. Y aunque ella, sentada al otro lado de la mesa, se limitaba a hacer repiquetear inocentemente las media lunas de cinco de sus uñas sobre el mantel vainilla, yo no conseguía desterrar de mi mente la sospecha —plausible, desbocada, espantosa— de que Ngapali pudiera tener más de dos brazos.

# SUEÑO Nº 333

Los condenados partimos de Landmannalaugar, una zona montañosa al norte del glaciar Mýrdalsjokull, atados en filas de a dos y escoltados por guardianes, rodeamos con paso vivo el volcán Hekla, atravesamos su desierto de lava negra dándonos empellones mutuamente hasta encontrar de nuevo las roderas del camino, sentimos en la piel el cobre del verano al marchar sobre un llano verde, todo maleza, avena loca y ásteres silvestres, dejamos atrás un collado cubierto de pigmentos minerales de cambiantes colores, nos dirigimos al lago Frostastadavafn —sabía que ése era el nombre de aquellos vapores sulfurosos y lodos hirvientes porque de alguna manera, pese a llevar las manos atadas a la espalda, podía consultar las páginas de mi Baedeker— y fatigosamente llegamos por fin a nuestro destino, a los escarpados bastiones que flanquean las lenguas del glaciar Vatnajökull —donde fuimos recibidos por un viento helador y un vasto patíbulo ordenado en círculos concéntricos— para espanto mío las torturas ya habían dado comienzo. Las dirigía desde una elevada plataforma en el centro del semicírculo interior, cortésmente, blandiendo sus impecables guantes, un oficial con empenachado casco de hoplita y un mono capuchino en el hombro; tras él los músicos tocaban sus cítaras desafinando sin interrupción, y a sus pies los sacerdotes de los sacrificios extraían de debajo de sus túnicas amenazadores instrumentos quirúrgicos antiguos que entregaban a verdugos, cuyos ojos lucían su peor expresión, afanados entre los bancos que formaban los semicírculos, practicando diversos tajos sobre los cuerpos expuestos de los condenados, aplicándoles ratas hambrientas, valorando los progresos de otro hombre que previamente habían atado a un cadáver en espera de que los gusanos del cuerpo corrupto devoraran el cuerpo del vivo, alojando en una docena de condenados jóvenes anillos automáticos de Nuch, niquelados, con unos diminutos dientes rígidos emplazados en su interior, que no impedirían la erección de los doce miembros ante la visión de la hembra de su especie que giraba desnuda, frente a ellos, atada de pies y manos a una noria. Los verdugos arrastraban en sus movimientos las pieles de animales con que se cubrían, y

asentaban el filo de sus navajas y raras cizallas o escupían sobre los condenados a los que venció la muerte después de una lucha silenciosa en los maderos. Podía oír las impetuosas sacudidas de mi corazón y el restallar de sus pieles mientras dos de ellos me conducían, a vuelapié, hasta el bastidor de roble del cual sobresalía una ménsula con su garfio, cuando me colgaron allí por la lengua un atroz estremecimiento, una percepción universal del dolor, recorrió cada punto de mi piel, y aunque me balanceaba al viento gimiendo y con la barbilla erguida para que el gancho no desgarrara definitivamente la lengua, mi mayor desasosiego era por la vergüenza que se había apoderado de mí en tan ridícula posición; pude no obstante vislumbrar el sol dirigiéndose hacia la franja azul del océano antes de que, adormecido de debilidad, me descolgaran y me arrodillasen ante el oficial de casco empenachado y su mono: habían resuelto rematar el sufrimiento vertiendo oro líquido por mi garganta. Con despiadado fervor acercaron los sacerdotes la cazoleta hirviente, hizo presa en ella con unas tenacillas el oficial, forzó el verdugo mi boca para que recibiera de modo idóneo aquella lluvia de oro fundido, aquella transfusión de hielo y fuego, pero de repente se escuchó un zumbido a lo lejos, un zumbido que creció, se dilató con violencia, arreció, se abrió paso velocísimamente hasta nuestros tímpanos, llegó como un impacto hasta el centro mismo de mi cerebro, obligándome a despertar de la pesadilla, y, antes de abrir del todo los ojos, aún tuve tiempo de advertir vívidamente los rostros atónitos del oficial, del mono, de los sacerdotes y de los verdugos, detenidos en medio de un relampagueante gesto de sorpresa, de una asombrada mueca interrogadora, tratando de entender ese sonido y ese lapso desconcertantes, atrapados durante unas milésimas de segundo, antes de desvanecerse en la nada para siempre, en el acto de asimilar la salvadora interrupción de mi despertador.

# EL TENDEDERO

No conocemos a los vecinos. Desde la ventanita del baño superior sólo alcanzamos a ver el descolorido toldo que cubre su patio. Y, estirando el cuello, unas tinas vacías —o yo las creía tales— en el rincón opuesto a nuestro muro. Por lo demás, hay en sus hábitos descorteses algo que se impone sin esfuerzo, que sobrepuja con violencia, que salta y arremete desde su patio, una invasión de proporciones extraordinarias, repetida una y otra vez si variaciones, día y noche, atardecer o madrugada: el lancinante chirrido del tendedero. Un serrado lamento. Un rechinar concéntrico. Un clamor cortado a pico. Una aturdidora letanía. Una cólera compacta. Nosotros, mientras tanto, nos encorvamos hasta tocar los pies con la barbilla, gemimos impotentes, masticamos objetivamente el desgarrador estrépito de las roldanas sin aceitar. Y la infinita vulgaridad de las llamadas a gritos de la madre. Y los berridos sobrehumanos de los niños. Y las blasfemias del padre. Con el tiempo no esperamos, desde luego, cambios favorables. El refinado mecanismo de tortura —sus cuerdas extensibles, sus poleas, sus cables de acero, sus pinzas prensiles, sus perturbadores chillidos— parece cargado de un sentido extraño. Nadie apacigua a la bestia cuando tronza. Más bien al contrario, la azuzan sincronizada y deliberadamente. Es gente con habilidad para dañar. Con gusto quisiéramos abstraernos del fenómeno. En esos momentos uno desearía ser bronco, acaso despiadado. Por desgracia, nada nos da fuerzas. Carecemos incluso de permiso de armas y de las ventajas de tal género de alivio. Hora tras hora, día tras día, alguien cuelga y descuelga, tiende y recoge algo en maniática sucesión. Con tanta asiduidad, con tan cruel eficacia y rechinamiento, que las lagartijas caen del muro: el espanto afloja las ventosas de sus patas. En ocasiones, a contrapelo del aire, el corrupto olor a cebolla de las matanzas, a pieles vencidas tras la ejecución, sube hasta nosotros. A menudo su patio se puebla también de estorninos. Desprecian los robles cercanos para arracimarse a su antojo bajo el toldo, en el mismísimo rectángulo dispensador de frío y pensamientos siniestros, de sombras apenas entrevistas, de secretos pecados e incomprensibles costumbres. Como si acudieran atraídos por los

despojos anónimos que sujetan las pinzas del engranaje. Ojalá pudiera llamarlos ropa tendida. Lo peor es, diríamos, la familiaridad. La absoluta vecindad con las atrocidades. Los estragos de esa especie de deriva monótona y terrorífica. Evidentemente, la claudicación. Nos mudamos. Sin pena.

# GEOMETRÍA

La celda del preso Uno Nueve Cinco consistía en una base triangular con tres caras laterales —triángulos equiláteros asimismo— y un vértice común a tres metros de altura. El preso Uno Nueve Cinco jamás había sospechado la existencia de un lugar como aquél, ni lograba establecer qué objeto tenía administrarle precisamente a él ese novedoso e implacable procedimiento de la ley. Parecía, a primera vista, una solución constructiva a la que se habían destinado esfuerzos técnicos y considerables recursos: tanto el suelo como las tres paredes eran de mármol pulido hasta la exasperación, de color claro, amelocotonado, cuyas vetas despedían —o filtraban desde una imprecisa fuente lumínica exterior— un fulgor translúcido, de efecto irreal. En este sentido, se podría pensar que esa celda tan definida, tan personalizada, tan cabalmente geométrica y claustrofóbica, resultaba una medida de seguridad y disciplina extraordinaria para alguien como el preso Uno Nueve Cinco, un simple cobarde que regresó al campamento huyendo de las rabiosas batallas del frente, acto probablemente punible en esta región. Si bien iba a permanecer en adelante separado del mundo, inmovilizado en este calabozo hermético, perverso, carente de barrotes desde donde atisbar una cuadrícula de cielo, lo juzgó de entrada más ventajoso en todo sentido que las demás celdas convencionales de la penitenciaría, de las cuales tal vez nadie más que él estaba exento.

Sin humedad ni parásitos, sin ruidos ni variaciones de temperatura, además de la intuición de que su sentencia no contemplaba los grilletes ni la mordaza, todo ello corroboraba, al menos en parte, esta prerrogativa y la extravagancia de que lo depositaran completamente desnudo en la celda, expuesto a su depurado suplicio vertical. El lecho era un resalte triangular de mármol de cuarenta centímetros de altura, nada confortable y ubicado en el centro del piso como si de un altar para sacrificios se tratara. Sin más pretensión que sentir el ansia de libertad martilleándole todavía los pulsos, el preso Uno Nueve Cinco deslizó pacientemente la oreja y las yemas durante semanas —o un tiempo que él interpretó como semanas— a lo largo de cada lado del

poliedro, palmo a palmo, arrastrándose hasta llegar a todos los ángulos y aristas laterales interiores. No halló fisura alguna, ni muescas o canalículos a excepción de la pequeña puerta deslizante que, con forma de triángulo invertido, se abría a la altura de las mediatrices para permitir la entrada y salida de las dos escudillas triangulares de mármol —una para la comida, otra para las evacuaciones—, mediante un sistema de cangilones ingrávidos, acción veloz y minuciosamente sincronizada que permitía al parecer la entrada en la celda del oxígeno preciso hasta la siguiente apertura. El hecho de verse liberado de la esclavitud del tiempo no morigeraba la desazón del preso Uno Nueve Cinco, y menos aún el afrontar un futuro estéril donde existiría sin días ni noches, sin inspirar compasión, sin ver a nadie y sin ser nunca visto por nadie. Pero era justamente la dimensión física de su castigo lo que comenzaba a causarle una mayor y más absurda inquietud: no podía avanzar dos pasos, rodeando a duras penas el lecho, sin que su cabeza se golpease contra la concurrencia de paredes inclinadas. Aquel continuo agacharse y erguirse, aquellas rectas, aquellas intersecciones, aquellas bisectrices lo asediaban, descendían sobre él, lo prensaban, aplanando su entidad corporal y, sobre todo, su volumen mental. Su sueño más dulce era caminar holgadamente, sin pausa, en un área horizontal, ilimitada y vacía. Antes le bastaba con cerrar los ojos para lograrlo. Ahora notaba con progresiva desesperación que el gusano interno, voraz, de la verticalidad lo iba comiendo vivo. Todo le estaba permitido al preso Uno Nueve Cinco menos olvidar las líneas filosas y los cuatro ángulos de este pósito inhumano, todo le estaba vedado menos aceptar la abrupta y horrenda pureza de su espacio, la no existencia de bóveda, de cielo raso, de círculo protector, la negación de las formas amables de la curvatura, del movimiento ondulatorio de toda vida. Como consecuencia de la sucesiva concentración de vertiginosas perspectivas ópticas, la celda cobraba a veces para él forma de geométrico potro de tortura y ejecución, de trampa para alguna bestezuela, de máquina transportadora de muertos al otro mundo, de reproducción matemática de los infiernos. Entonces se sentía sencillamente como si nunca hubiera sido humano, como si hubiese encogido, haciéndose más diminuto, más sumiso, más reptante, como una oruga agitándose atolondrada dentro de un bulbo rectilíneo. Se sentía así, al menos hasta que el sonido de las escudillas pétreas al tomar contacto suavemente con el piso de mármol —amplificado en sus tímpanos de modo indescriptible y cavernoso— lo devolvía a la realidad de la prisión, donde el silencio

absoluto sólo se confiaba al absoluto silencio. Y luego, con los endrinos ojos entreabiertos, como siempre durante todo este tiempo, volvía el preso Uno Nueve Cinco a abandonarse al desfallecimiento, a la agonía de su interminable noche boreal, al sueño de los fetos en formol. Sus pensamientos ondulaban desorientados en la densa zona intermedia de la conciencia, antes de emerger a la superficie convertidos en una nueva y sinusoide ilusión: flores recién cortadas caían del vértice que era el techo sobre las pirámides de cráneos de Tamerlán… ¿Cabía pensar que sin la gravedad terrestre la forma gótica de nuestros esqueletos, de nuestro cuerpo, sería seguramente una esfera?... Enormes ventiladores hindúes, cuadrangulares tapices colgados del cielo y movidos por «wallahs» de ojos vendados, batían delicadamente reverdecidas llanuras desprovistas de horizonte… Después de tales períodos, persistían aún fugaces momentos de lucidez en los que el temor a la posibilidad de «haber visto el tigre», de vincularse para siempre a la demencia lo espeluznaba, sin advertir que la ilusión incontenible es acaso otro nombre para designar a la locura. Clausurado en su vigilia perpetua, con una manifiesta pérdida de movimientos, el preso Uno Nueve Cinco dejó hace tiempo de distinguir el uso de las dos escudillas, de percibir el trípode aguzado y equiángulo que lo cobijaba, al cual él prestaba su centro secreto. Sin saber cómo, desnudo sobre el lecho en posición fetal, las mejillas bañadas con el resplandor color miel de las paredes de mármol de la pirámide, el preso Uno Nueve Cinco murió formando una armónica intersección entre la mediana de su aturdida y dolorosa perplejidad —difícilmente mensurable— y la curvatura de la tierra.

# ESTORNINOS EN LA HIGUERA

A Juan Hódar

La lluvia arreciaba contra los cristales y el viento silbaba bajo las puertas. Andrés Leyva encendió un cigarrillo cuando acabó su historia la persona que lo precedía. Jugando con la caja de fósforos, ladeó un poco la cabeza y extravió los ojos entornados en los leños de la chimenea, como quien se arroja a las corrientes del pasado y rebusca allí, en lo más profundo, hasta emerger con un botín de recuerdos mínimo pero reconfortante, con un tesoro de vestigios, de misterios que pueden ser percibidos y ordenados indistintamente como pepitas de oro o balsameras de veneno. Mientras elaboraba su relato, Andrés inhaló el humo muy despacio, engatilló los dedos en el cinturón y comenzó:

—El más grande escalofrío de mi vida, si la memoria no me falla, no fue el que sentí con seis o siete años, cuando corrieron el bulo de que aquel niño bueno y estudioso, distinto de lo común del pueblo, Gerardín, no sé si os acordaréis, cayó a la acequia de una tosida, de un síncope o de un corte de digestión al comer algunas ciruelas verdes de los árboles que daban sombra antiguamente al Salón Parroquial, y se ahogó arrastrado por el agua, creo que a poco de ponerse el sol, y el miedo venía porque nosotros, los de siempre, los niños solidotes y con aire animal que nadie puede amansar, hicimos merendola allí esa misma mañana de los ciruelos y de las moreras, que éstas sí estaban en sazón, y hubo repique de alarma en las campanas mientras el pueblo formaba partidas de ojeadores que rebañaron la vega entera, con linternas y candiles, buscando toda la noche el cuerpo de Gerardín, que viraba como un gato grande de trapo entre los juncos, la grama y los chupamieles de las frías acequias, hasta que lo encontraron pago abajo, atascado sin remedio en una compuerta de la poza del cortijo San Antón, entripado, según se decía, cabiendo a duras penas en sus ropillas, y yo tengo todavía una imagen cabal de él al día siguiente, cuando el duelo paró en la solana y se oía el toque de clamores, amortajado en su diminuto ataúd blanco, el pañuelo prieto y blanco, la cara abuñolada y blanca, y otra de mí boquiabierto, culpable, con un miedo de muchas arrobas, rezando con mucha fijeza para que aquellas ciruelas verdes no me matasen de una tosida, de un

síncope o de un corte de digestión.

Andrés tendió el cigarrillo hacia el cenicero y con un golpe imperceptible, apenas un roce, desprendió su cilindro marchito. Había algo noble y primordial en su modo de mover las manos, de trabarlas, como una emanación natural de la cadencia de su voz, cálida, zarandeadora:

—Ni tampoco lo fue el bromazo que me dio Tarsicio en la alberca de La Viña un verano de aquella época, sí, el Tarsicio que casó con la Bernardita como un expreso por falta de cautela y murió hace poco en las curvas de la comarcal por idéntico motivo; el mismo de pelo fosco, que enseñaba mucho las encías y andaba siempre ramoneando, despanzurrando ranas, cazando gorriones y zorzales con trampas de liria. Yo le tenía mucho aprecio, pero a su día y a su hora, que a veces esas chacotas suyas llegaban a mezquinas y crueles. Aquel día de verano, como digo, cansados de jugar al trompo en los patizuelos, a las chapas en la plaza, al burro en los poyetes o a las canicas en todas partes, propuso Tarsicio una descubierta a la alberca de La Viña y yo lo seguí sin pestañear por la calle Santa Ana, la que conocíamos como calle del barro, donde olía a pezuña de chivo, a leche humeante de cabra y a zotal, que se me entiesan algunas veces, no sé a vosotros, las pelusas de la memoria que hay al fondo de la nariz, y lo seguí por el molino de la Huerta con su tufarada de alpechín, por el lavadero con sus indicios de sosa cáustica, por la Casa Colorada aromosa a tocino de años y vinaza, por los marjales de tabaco y de ajos, hasta llegar ronceando a los ramales de la alberca —daban gusto sus parras dulces y sus higueras confitadas, y sofocaban bien el calor—, y como no se veía por ningún lado al mohíno de Juan de Dios el alberquero ni a su cachava, que el único movimiento era el de los vilanos y los caballitos del diablo revoloteando a miles sobre los carrizos, los pámpanos y las zarzamoras, Tarsicio, para desbravarme, y seguro que con la cara muy risueña, me empujó por atrás al agua verde de la alberca, cuajada como estaba de culebras y tritones prehistóricos, sin saber nadar todavía, librado a mi suerte como uva en aguardiente, pero el inri de aquella agonía, de aquella humillación, no fue que me zumbaran los oídos, me desquiciara los últimos dientes de leche contra el filo de piedra donde Tarsicio se mondaba sentado a media anca, me empapara el traje o no pudiera disimular todo aquello con un flamante golpe de peine, sino el repeluzno de imaginar a esas culebras de agua rozándome y a esos tritones haciéndome corro con sus rabos y con sus patas, endemoniados por el intruso, viscosos, casi invisibles.

Encendió Andrés parsimoniosamente otro cigarrillo con la colilla del anterior, como quien hace confidencias a un amigo leal, antes de arrojarla a las ascuas que crujían en la chimenea. Expelió el humo formando umbrelas de medusa, y su voz, con una fuerza tangible, volvió a hacer flotar en el aire la miel y la retama de la infancia, su asombrado estribillo de emociones y peligros:

—Ni siquiera lo fue aquella dentera de pánico que sentí cuando, siendo monaguillo y en compañía de José Manuel y del Rubio, nos envió don Félix una atardecida de invierno a lo alto de la torre a perderle el son a la campana, no me acuerdo del objeto de esa bulla a la hora de los panecillos, y se nos echó la noche encima con sólo una palmatoria y su media vela y, claro, como en la rifa me tocó el último la bajada por los estrechísimos escalones rotos, entre sombras que se alargaban y se encogían, de cuando en cuando echaba reojos a mis espaldas, no fuera que se me oreasen demasiado y me las comieran los espectros que imaginábamos vivían en las alturas. Sabíamos además que en los tres descansillos nos esperaban los viejos féretros puestos en pie que alguien arrinconó ahí junto a estandartes y casullas carcomidas, rancias tallas de santos y otras latinadas, así que nos iba menguando el valor según menguaba la vela, y en seguida que ésta se consumió, en los medios de la escalera, nuestros corazones también empezaron a repicar hasta que se fueron al suelo con el tuétano de nuestros huesos, y a partir de entonces, bien apretados unos contra otros, del bracete, bajó la angostura paso a paso aquel cortejo de cagones, mirando y remirando la oscuridad, tanteando bultos, con la truculenta sugestión de que en cualquier momento saltarían sobre nosotros todos los pellejos destumbados y momificados de los ataúdes, y mientras alguno se aliviaba el miedo a mucho chorro, me recuerdo palmariamente aliviando el mío con las escenas cómicas del Gordo y el Flaco que había visto el día anterior, y no paró ahí nuestro vía crucis, que un clavo saca a otro clavo, pues al llegar abajo, a la sacristía, encontramos que alguien que no venía de buena sangre había cerrado la puerta de la calle, y nos apiñamos los tres contra ella, temblando a oscuras y aporreándola, mordiéndonos los puños, sin el cuajo para pasar allí la noche encerrados, atrapados como bichillos en una lendrera y mareados por los vapores del incienso, hasta que de pronto escuchamos al otro lado un descorrer de cerrojos y nos topamos con las gafas de Genoveva, la sacristana en funciones, extrañada por nuestra presencia y porque la mirábamos llorosos, como si fuera la aparición muy bien traída, salvadora, de una zarza ardiendo, y quedamos libres por fin, y con

la inútil palmatoria en la mano brincamos desahogados en mitad de la calle, en el mismo punto en que, se decía, Frasquitilla la jorobada cayó de la torre y quedó así.

Durante la pausa que hizo Andrés, apenas nos atrevimos a respirar. Habíamos seguido su narración penetrados por una ensoñación difusa, renovadamente grata e incitante, evocadora de lejanas olas que se encrespan hipnóticas. Después, sabedor de nuestra viva atención, Andrés inclinó su cuerpo para demorar aún más el instante y, precariamente sentado, guiñando los ojos a través de las volutas de humo, continuó:

—Ya digo que, revinando todo, no fue ninguno de ésos el mayor escalofrío de mi vida, sino la aventura del cementerio, como yo la llamo, cuando andaba por los diez o doce y el Nonillo nos lanzó el envite de quien lo acompañaba de noche hasta las cales del cementerio, y cobardica esto y cobardica lo otro, ya conocéis al Nonillo, lo hicieron con rabos de lagartija y malas ideas, y yo lo admiraba sin disimulo, que bien haya quien a los suyos se parece, no era más que un escopetazo de salvas aunque incendiara moscas, panales de avispas y colas de perro, por cierto, las otras dos piezas de aquella hazaña se criaron juntas entre serones y colleras y nunca se ponían de acuerdo; Gabriel, remolón, lengüicorto, sin doblez, con la cara cenizosa, y Santi, regordete y repeinado, no podías mirarlo sin imaginártelo ya viejo, tenía también gran habilidad para escupir en las pilas de agua bendita de la iglesia sin ser descubierto, y bien, habíamos quedado los cuatro en el aljibe después de la última misa de sábado, que algunos cumplíamos en los futbolines y otros de plática, y a la salida del pueblo, avilantados, pateamos al perrote pachón que siempre nos seguía para que no lo hiciera y nos encaminamos por el lindero sin luz, menos mal que aquella noche la luna brillaba como un almirez nuevo en el cielo de septiembre. Sólo se oían los zollipos de los pavos en el lejano corral de mis abuelos cuando llegamos ante el cancelón negro y las tapias blancas, nos apostamos a cinco pasos de ellas, como quien llega hasta la mismísima trinchera del enemigo, oteando acogotados los borrones verticales de los cipreses, mirando de reojo la caseta de las autopsias con su losa de mármol, y luego el Nonillo se atrevió y, arroncando la voz, desafió a gritos a los pobres despescuezados que dormían el descanso eterno tras los muros, y hasta cogió una laja del suelo y le dio un cantazo a alguna lápida, cruz de piedra o ángel de marmolina; lo hizo como os lo cuento, y juro que entonces, tras un revoloteo de estorninos, alguien de dentro se asomó a la cancela helándonos la sangre y sacándonos el alma del cuerpo, y el Nonillo

chilló y maldijo con una palabra de la que después tendría que confesarse, y todos chillamos y retrocedimos con un encogimiento de esos de muerte y los pelos de punta, escapando a toda prisa, sintiendo nuestros propios jadeos en los tímpanos a punto de estallar. Nunca he corrido de esa manera ni nunca me han pesado tanto los pies, volaba sin rozar la tierra en dirección a las luces del pueblo, intentando fijar en mi mente aterrorizada aquella cara que no pertenecía al enterrador, sino al padre del Nonillo, el mismo que arando en el secano los terrones canelosos de la Atalaya o de la Cruz de los Cigarrones tuvo la desgracia, como bien sabéis, de que volcara su tractor nuevo y murió aplastado unos años antes de nuestra macabra fechoría, creo que a los pocos días de hacer la Primera Comunión mi amigo.

La tormenta había amainado. Cuando Andrés finalizó su turno, un vértigo, un silencio aturdido, revelador, vibró y zumbó en la quietud de la habitación en respuesta a sus palabras. Las ascuas dispararon una última lluvia de chispas. Andrés Leyva rastreó con los dedos el interior de la cajetilla vacía. Sonrió apaciblemente y a la reunión le llevó su tiempo desmenuzarse.

# LA CAMPANILLA

La campanilla número tres llama con insistencia desde hace una semana, suena ininterrumpidamente en la planta de servicio, tenaz, indominable, pregona su eco con ensañamiento por todos los recintos de la mansión, destempla, aturde, enloquece a la servidumbre insomne, como el incesante aviso de un tranvía que nunca se detiene, como una pleamar de infinidad de sonidos idénticos en plena persecución, un exasperante horror acústico que socava las delicadas murallas de los sentidos, un trémolo metálico carente de matices, un sonido agudo, de ritmo invariable y timbre torturador, que escala hasta el delirio sobre cada uno de los otros sonidos de la casa señorial, sobre el arpegio del reloj de pared, sobre el roce del cepillo de cepillar sombreros, sobre el runrún del rallador cilíndrico de latón en las cocinas, la anestesiada sacudida de los tapices gobelinos, la vibración de la cristalería y de las salseras de porcelana, el graznido del tucán pico iris en su jaula, el coriáceo chasquido de las bolas de billar, el golpe del pequeño amo contra su tambora de piel de chivo, el chirrido de las patas de la otomana, el triquitraque de los zuecos de álamo de las lavanderas, el recio zumbido de las ruedas de bombeo en el jardín, el silbar de la fusta de la viuda en torno a sus monturas, el crepitar de los leños en la chimenea, todo lo que emite algún sonido es silenciado por el sonido omnímodo de la campanilla número tres, por la demente urgencia de su tintineo, no hay más sustancia sonora que la suya, una irradiación inagotable, crispada, ensordecedora, con la regularidad de un metrónomo infernal, una ubicua cadencia que responde a los requerimientos de la borla del tirador, del cordón que cuelga del dosel en la cámara deshabitada, de la campanilla que suena tan enérgica, tan cargada de autoridad, tan despótica como cuando el viejo caballero vivía.

Hacia finales de primavera, tras mi regreso del continente, fui requerido por un tal señor W. —prometí no revelar su nombre— a propósito de la sustancial remodelación de su casa de campo, que incluía el alzado de un edificio anexo ciertamente peculiar: un cubo perfecto, hermético, carente de ventanas o tragaluces, revestido de pálido travertino y de mármol arborescente de Cothan, y con las paredes interiores colmadas, en varios niveles y hasta el techo, de blancos estantes corridos.

Atendí los cálculos espaciales que el señor W. intentaba transmitirme de modo perentorio con su voz nasal, y anoté asimismo las precisas condiciones de humedad y temperatura sin poder evitar, en ningún momento, la poco tolerable visión de los guantes blancos, del traje de lino color jerez y de la extraña birretina que casi ocultaba la cabeza de ese ser cincuentón, pulcro, menudo, algo taciturno y de un nerviosismo marcadamente voluble. Había sido bibliotecario en el pasado pero ahora disponía por herencia —lo supe después— de una pequeña fortuna para hacer frente a su proyecto vital, a su definida esfera de intereses, de una naturaleza grotescamente maniática.

Una vez finalizadas las obras, muy complacido por la excelencia del trabajo, pagó una suma mayor de lo acordado y no volví a saber de él hasta una semana después, cuando me llamó e hizo imperativa la invitación para un encuentro informal en su casa. Accedí con cierta reticencia, obligado por mi sentido de la cortesía y, a la sazón, por una indefinida curiosidad.

A las cuatro de la tarde, sentados bajo unos grabados de Bewick en el amplio salón en penumbra del señor W., con sendos vasos sumamente exiguos de licor en las manos y tras librar con bastante justeza una partida de «auction bridge», mi anfitrión exhibió una repentina intimidad al calificar de muy grata nuestra relación. Él —afirmó— trataba de llevar una vida impoluta y ese hecho lo abocaba de manera inexorable a la soledad. El embarazo que siguió a este comentario fue interrumpido por una maniobra aún más desconcertante, si cabe, que sus palabras: con la mano derecha enguantada, el señor W. extrajo unas pinzas de plata de un bolsillo

interno, tomó a continuación un sobre de papel manila de entre el rimero que había en la mesita y, tras atrapar dos de sus cabellos posados sobre el hombro izquierdo, los depositó dentro del sobre con anhelante meticulosidad. Me pareció que el marchito olor a cuero y tapices despertaba de su estancamiento, reverberando a nuestro alrededor en rotundas capas concéntricas.

—Sígame usted, por favor —me conminó de pronto—, he decidido mostrarle mi Naglfar.

—¿Qué? Lo siento, no entiendo.

—¿No lo adivina? La espléndida estructura cúbica que hizo usted realidad, con abrumadora eficacia, a partir de mis torpes sugerencias. Espero que apruebe su uso. Debe saber que nadie, aparte de usted, la ha visto ni la verá nunca en su estado definitivo. Naglfar es mi única defensa contra el terror.

Me hallaba aún estimando si semejante revelación debía amedrentarme o meramente incomodarme cuando salimos al inmenso jardín arbolado. Atravesamos, sin apresurarnos, el corto tramo de piedras pasaderas que unía su residencia con aquel pabellón, un conjunto por lo demás bastante insensato. El señor W. dejó la puerta blindada entreabierta a nuestras espaldas. El perímetro de la cámara cuadrada que tan bien conocía estaba recorrido ahora, en todos sus anaqueles, por cientos de enormes frascos de cristal, idénticos, alineados en inmaculado orden, minuciosamente dispuestos bajo la iluminación cenital propia de un museo, vacíos unos, mediados y llenos otros de algo desconocido, materias y fluidos indistinguibles desde mi posición. Emplazado en el centro de la estancia, sobre una elevada plataforma circular de mármol azul de Württemberg que erigí en su momento, imperaba un solitario y absurdo banco de terciopelo rojo, provisto de mecanismo giratorio. Me fijé entonces en una porción de la pared frontal donde numerosos tarros, repletos en su mayoría, habían sido lacrados. Con la elaborada expectativa de quien se adentra en territorios desconocidos, me dirigí hacia allí.

—¡Dios de los cielos! —articulé para mi interior, severamente sobresaltado.

Se trataba de cabello humano. Recipientes colmados de cardúmenes de cabello humano junto a otros oscuros que contenían sangre coagulada, recipientes cuyo viso marfileño se debía a infinitos recortes de uñas, macabros recipientes que reunían piezas dentales sueltas, recipientes diáfanos rebosantes —según me explicó desde atrás al notar mi desconcierto— de lágrimas, recipientes turbios por la presencia de escamas de piel muerta a partir del

tamizado del agua de la bañera, repulsivos recipientes donde se recogían la pus y los diviesos, donde se almacenaba la orina y se atesoraba el jugo seminal. En eso habían de parar los desvelos del señor W. Siempre creí que la humanidad no es nunca tan compleja como la imaginamos: supe entonces que estaba equivocado. Aquella criatura coleccionaba insanos despojos como quien hace acopio de estampillas de correos, bolitas coloreadas de anís o polvo de hulla.

—Se le ve muy interesado, después de todo —aventuró el señor W.—. ¿Ha vencido al fin su inicial incredulidad? ¿Y bien?

—Resulta una utilización del espacio extraordinariamente curiosa —apunté, pálido aún, mientras sopesaba en mi mente cuánto había de fascinación, de demencia y de amenaza en aquella siniestra escena—. ¿A quién pertenecen?

—Oh, a mí, por supuesto.

El eco de nuestras voces parecía devuelto por un oráculo en su caverna. Me pregunté si los patilludos empleados de la firma de mudanzas Carter Paterson —cuya gestión me encomendó el señor W. el último día de las obras— habrían trabajado aquí mediante el confidencial e indigno procedimiento de la venda en los ojos.

—Oí hablar una vez de alguien que guardaba en una cajita los recortes de las uñas de sus manos y de sus pies, pero me temo que le prodiga usted un inusual y terco afecto a sus… desechos.

—Siempre me ha aterrado desprenderme de la más mínima partícula de mi cuerpo y sobre todo me atemorizaba, sabe usted, la perspectiva de que esos fragmentos quizá insignificantes, esos minúsculos muñones, esos átomos secos o muertos pero nacidos tácitamente de mi propia sustancia física y al fin y al cabo esenciales durante un tiempo, fuesen arrojados sin ningún miramiento a los desagües, a las letrinas y a los albañales del mundo. Lo que para cualquiera no son más que enojosos trámites, para mí representan dolorosas pérdidas y mutilaciones.

El silencio nos envolvió como una desapacible niebla.

—Sí, es un fastidio, sin duda —propuse.

—No obstante, hay una evidencia aún más enervante y terrible: es nuestro cuerpo, en realidad, el que va prescindiendo de nosotros —el señor W. hizo una pausa y sus palabras tendieron a la introspección–… se gasta lentamente, se astilla como un viejo portón de madera, se desteje, se escapa a la menor oportunidad como pavesas de un incendio, se licúa, se desmigaja con siniestra eficacia en la corriente despiadada del tiempo. En la medida de mis posibilidades, me he obstinado en detener el proceso de alguna manera, en fijarlo y calafatearlo, en no sucumbir a esta constante

disolución, a este implacable y agónico desmoronamiento.

El señor W. acarició con ternura el respaldo de terciopelo rojo. En esos momentos, la ansiedad que su presencia infligía era inequívocamente mayor que la tenebrosidad que inspiraban sus opiniones.

—No puede imputársele, desde luego, falta de determinación —dije con benevolencia, intentando que cesara aquel flujo de inapelable lógica, de puro raciocinio, más apropiado para un «Debating Club» de la capital—. Si me disculpa la ironía, no parece tanto una colección como una industria.

—¿Usted cree? Soy consciente del carácter exhaustivo e interminable de tan particular tarea —afirmó, sonriendo por vez primera—. Desde que se hizo fuerte en mí la convicción de que podemos pretender frenar, por así decirlo, la disgregación de nuestros elementos, abarcándolos, capturándolos de forma metódica y escrupulosa, vivo siempre al acecho del menor síntoma, en el exilio que yo mismo me he impuesto, consumido por la verdad de mi taumatúrgica y solitaria misión. Hasta el punto de no sentir el menor interés por ninguna otra cosa.

Mi atención se concentró unos instantes en sus ojos. La cercanía del contenido de esas redomas transparentes comenzaba a despertar en el señor W. miradas circulares de beneplácito, de reverencia. En nuestra conversación se había diluido para entonces buena parte de la melancolía de lo perecedero. Así pues, con un matiz que pertenecía clamorosamente a la comarca de la insolencia, le dije:

—Permítame felicitarlo.

El señor W. se irguió apenas, súbitamente rígido, mientras las venas del cuello y la frente le latían con cierta hostilidad.

—No puedo imaginar que usted se burle —repuso con un levísimo deje de irritada frustración—, que no sepa discernir el sentido y la depurada inspiración de esta labor. Lo lamento. Con su temperamento y solvencia profesional, con la brillantez de su columna semanal sobre filosofía de la arquitectura, del diseño de interiores y de las obras públicas en el «New Witness», se me mostró desde el principio como un hombre de mérito y, por añadidura, de mente abierta e indulgente.

Aunque aquellas observaciones hacían superfluas todas las preguntas con que podía cortejar a mi anfitrión, emití una última mediante la cual creí posible apaciguar su genuino resentimiento por la postración de dichas expectativas:

—¿Qué significa esa palabra, Naglfar? Creo que llamó usted así a este pabellón…

—Oh, no es más que un guiño privado —explicó, uniendo con delicadeza las yemas de los dedos de ambas manos, y prosiguió en un tono de voz remotamente épico—. El nombre hace referencia a una nave, a una nave temida por los hombres y los dioses y fabricada, según la mitología escandinava, con las uñas de los muertos… Y ahora, debe usted disculparme: el barbero está a punto de llegar.

Una vez expedido con tales palabras, volví sobre mis pasos hasta el jardín y me sentí aliviado al dejar atrás una especie de entumecimiento de los sentidos, de fatigada inquietud, y ese olor agazapado a cloral, de efecto casi quirúrgico, que fluctuaba como un tinte ingrávido en el interior de aquel delirante lugar.

Aún hoy, mis pensamientos sucumben con frecuencia y migran de inmediato hacia el atildado y extravagante señor W., rodeado de sus detritos, girando patéticamente en el banco de terciopelo rojo, extasiado en el centro de su dominio cuadrangular, de su capilla, de su memorial, de su refectorio, de su bodega de conservas íntimas, con la encarnadura de su cuerpo ocupando paradójicamente un reducido y despreciable espacio en comparación al habitado por sus propias excrecencias, contemplándose como nadie se contempla a sí mismo.

# EL MUNDO EN EL AÑO UNO ANTES DE LA NADA

A menudo el camino hacia los cataclismos más pavorosos corre a través de menguados bancales: en algunos de nuestros urinarios públicos se encuentran, a veces, trozos de pan depositados allí intencionadamente por urófagos que luego recuperan de noche para comérselos con voluptuosidad. Bajo la puerta despintada de un servicio de la plaza Dorantes, albergado en las formas de un reseco, humilde, casi imperceptible trozo de pan, se halla el último de los Mitos del Centro, el último de los mágicos objetos del Orden, de los cifradores de energía espiritual, de los puntos de apoyo sobre los que descansa el Cosmos en perfecta armonía, el insospechado sucesor del roble de Merlín, del qutb, de la viga de oro, de la montaña mística de Qaf, de la lira de Apolo, del árbol de los gasikas, del Zahir, de los cuernos del toro Uznul. Sin sus arcanos, sin sus múltiples ónfalos, el Universo no sería más que un puñado de polvo en una violenta tempestad, un vórtice carente de leyes espacio-temporales, campos magnéticos y fuerzas gravitatorias. Ahora, por un motivo desconocido —quizá arbitrario—, el eje de todo reside en ese trozo de pan blanco hasta que es pisado inadvertidamente por alguien. Y el sonido de su extinción no resuena como el horrible estallido de un erizo al aplastarlo con el tacón, sino más bien como el manso silencio de esas flores que mueren cuando se las ilumina, como el silencio dilatado que antecede a un estruendo y quedan calladas las bestias, las brisas, las mareas, las estrellas.

Cuando volví al día siguiente, todo había cambiado en aquella aristocrática residencia de la afueras. Una inexplicable desolación invadía el lugar como la resaca de un mar invisible, como una herida que supurara penumbra sin cesar, y esa misma decrepitud, esa misma devastación instantánea transformaba en espejismos el resplandor del alabastro, el bullicio de los invitados, el promiscuo refinamiento de los anfitriones, la embriagadora viveza en los detalles de la tarde anterior. Mediante un zarpazo desconcertante y aterido, la casa y sus habitantes habían transitado sin previo aviso ese peldaño que lleva de la prosperidad a la amputación, de la asombrosa y omnipresente belleza al esquilmado boceto del horror. Y prueba de ello era el elegante, casi corpóreo, hedor de la decadencia que emanaba de cada una de las propiedades, dulcificado apenas por la sólida suntuosidad de la arquitectura. Con una celeridad despiadada, los tejados del edificio central y los guardavientos de sus chimeneas sufrían ya la verde opresión del lúpulo. Las ventanas batían quejumbrosas contra los maineles. Infinitas desportilladuras larvaban el almohadillado de los muros, deslucían las copas de granito de los antepechos, envejecían pórticos y blasones, descortezaban escaleras y balaustradas, afligían los altos gobletes almenados. Una casa sin nadie, sin el séquito de brillantes juegos, una isla de felicidad sepultada hoy bajo el frío, el silencio y la desidia, podrida repentinamente por algo ajeno al tiempo: no podía concebir un sentimiento de inquietud mayor. Los setos de mirto que bordeaban los paseos y los accesos al parque, al jardín de rocas y a los corredores ciegos del laberinto aparecían asténicos, descuidados, cubiertos de escarcha. Añicos de loza, de pórfido, permitían adivinar el camino al precario y fungoso templete, donde el fiero dios pagano que solía suscitar gloriosas impresiones de energía mitológica mostraba ahora un sesgo de mezquino desvalimiento. A cada instante me detenía a contemplar en fuentes, bancos y pérgolas, indicios de esta súbita degradación, de este sudario de olvido, a examinar hallazgos cubiertos de abrojos y agazapados bajo este sombrío hechizo, como si la vida hubiera contenido aquí el aliento o invertido el letargo de las horas y los

días, expectante hacia una turbieza, una abyección que no podían ser saciadas. Telas de araña se combaban con el viento invernal en árboles cuyas ramas, doblegadas y añosas, corrían horizontalmente a lo largo de la vereda que conducía a un estanque octogonal. Algunas hojas caídas permanecían ahí presas, espectralmente congeladas entre las raíces tuberosas del fondo y el vaho del interior de la capa de hielo, dispuestas de forma simétrica y en cierto modo misteriosa, como si me dirigieran un mensaje de aguanieve que podía disiparse en cualquier momento.

# LOS ZOPILOTES

La sombra de sus alas se proyecta sobre el coche en movimiento. Sin levantar el pie del acelerador huyo en dirección opuesta a las calles abalconadas y atronadoras de Ixtepec. Aventado, con el amargor del miedo en la lengua. En las afueras la carretera, puro bache, serpentea a través de pendientes y vueltas ciegas. Entro en la meseta como una hormiga arrojada a las llamas del día. Anchura de horizontes. Hitos que señalan inútilmente las distancias. Remolques de camiones articulados. Levanto la mirada hacia el cielo profundo y clavado de buitres que me siguen. Persecución paciente, incansable, confusa. Como el recuerdo de mi crimen. Maíz negro. Mole de camarones. Mezcal. La desconocida al fondo con el pelo trenzado de flores en forma de astros. Salí solo. Me senté al volante junto a abortados deseos. Casi no vi venir aquel bulto que pistola en mano intentaba robarme. Su expresión salvaje y distorsionada. Bramó desafiante, resopló. Iba a quitarme la feria y la vida. Sangre de coyote, de iguana, se asomaba ganosa a sus ojos. Apenas un niño. Bruscamente, con desconocida fiereza, disparé el motor hacia delante. Chirriaron las ruedas. Y pasaron sobre él con un ruido blando, espasmódico. Huí entre fiordos de náuseas. Ese ruido restalla aún en mis oídos como un gallardete en el vendaval. La bala con que me iba a matar quizá dormite en su recámara. O quizá no. El áspero ir y venir de las balas, de los autos, de los buitres. Legendario rencor. Sublevaciones. Veloces modos de la aventura. Como las mentiras y el temor a los recuerdos, al pasado. No tiene justificación esta fuga. No hay ninguna amenaza real. La muerte es un asunto distante. Cuento con combustible y provisiones. Pero los buitres descienden hacia la capota una y otra vez y se alejan para repetir su aproximación. Sin tráfico. Algunos ocales de copas frondosas. Milpas doradas. Una ola de vidrio fundente viene al encuentro del coche. Nos abrasa. Nos licúa. La tierra jadea. Hierve. Con las horas el color amarillo sucede al verde mirto y el pizarra pálido al marrón. La arena sucede a la arena. El sol estará volviendo locos a los perros en Juchitán, en Espinal, en Salina Cruz. El día más caluroso del año más caluroso. Ruedo con las ventanillas completamente bajadas engullendo ráfagas de lava vaporizada.

Miro el espejo retrovisor. Nadie me sigue excepto la evocación de culpas recientes y los buitres. No baten alas. Colgados ahí arriba, muy parejitos, aprovechan las corrientes. Se limitan a trazar arcos en la canela quemada del aire. Sus rojas cabezas peladas y la cuña de sus colas destacan en relieve. Con una extraña fijación se abaten de nuevo sobre mí. Sobre la carroña. El pavor genuino posee un reconocible olor a podredumbre. Debe ser así. La carretera baja por un declive, rodea varios montes enanos y se convierte en el fuego de plata de una recta interminable que es el interminable quejido de un hombre sentenciado perdiéndose en la nada. Mi conciencia, como un zahorí sin su varilla, vuelve con insistencia sobre el mismo rastro. Exhalaciones de cigarros Alas. Una fotografía enmarcada del volcán Nevado de Toluca. La desconocida al fondo que levantaba indiferente su huipil de percal estampado. Su enagua barriendo el piso a los sones del guachinango. Y la muerte esperándome afuera, frente a la cantina. Pero la pelleja encontró al chico. Lo miró cara a cara cuando mi coche pasó sobre su cuerpo, sobre su espanto de animal joven que agoniza. Goterones de sudor resbalan desde la punta de mi nariz, saltan, se despeñan, se desprenden como plumón del cuello de los buitres que me hostigan. Fantasías de ascensión y caída. Danza aérea de pestañas vivas. Visiones de garras, de huesos limpios y desnudos rielando en el calor. No se oye ningún otro sonido ni hay ningún otro movimiento. El viejo motor de la máquina y el perezoso planear de los heraldos de la putrefacción delimitan el espacio del planeta deshabitado de mi mente. Estoy hecho de adobe y lomas y pastos calcinados y bejucales y amates blancos y alacranes y brisa ardiente y calaveritas de azúcar. Al paso del coche sigo mi camino a ningún lugar, apartadizo. Rotan los buitres sin esfuerzo, guadañando el aire, se ciernen circunspectos sobre mi cabeza, se reflejan en el parabrisas, me acompañan como una enorme mano encenizada de ocho dedos que manejara hilos móviles. Debo estar muriendo. Pero tan despacio que me creo aún vivo. Imagino una rara fatiga. Un cauce seco. El vuelo de los zopilotes en círculos que se van estrechando. Una desazón que se expande y tiene algo de ofrenda. Un tenderse inmóvil, sometido.

# MUJERES DESNUDAS BAJO IMPERMEABLES MOJADOS

Por primera vez Irina no acudió a nuestra cita de los miércoles en la habitación treinta y cinco del hotel Basilea. Inexplicablemente, no me avisó ni respondió luego a mis llamadas. No acertaba a comprender por qué ella —siempre tan puntual, tan cuidadosa, casi protocolaria— había escamoteado ese encuentro. Durante días me detuve a considerar la posibilidad de una enfermedad, de un accidente, de una trampa, de una absurda venganza a la que no hallaba sentido, tal vez significaba un preámbulo de renuncia y separación. Este hecho imprevisible, doloroso, me angustió hasta el punto de sentirme vacío, expulsado de mi propia vida —la genuina, la que se fraguaba con la dulzura de lo ilícito, con el palpitante ritual de nuestras infidelidades— y arrojado de nuevo al insidioso adocenamiento de mi vida cotidiana. Creía inarrebatables nuestra absoluta intimidad, nuestro lenguaje confidencial espolvoreando los oídos, el corazón, los teléfonos, los muebles, las esquinas, nuestro deseo itinerante que se saciaba etapa a etapa desde hacía meses, nuestra ternura y gestos aprendidos que sabíamos hijos del puro instinto y la vorágine, nuestros cuatro días al mes de lluvia tibia, de sacudidas de placer desbordante. Recé a dioses estrambóticos para que la devolvieran a mi lado. Sentía una furiosa nostalgia de su limpia melena color terracota, de sus labios un poco belfos pero jugosos, de las grandes ciruelas escarchadas de sus pezones, de su andar pausado, de la elegancia de sus gestos amalgamada con la de su ropa.

Es el miércoles siguiente y espero a Irina en el anonimato de la habitación treinta y cinco. Durante un tiempo que presumo muy largo, con pasos circulares y un ramo de zinnias en la mano, no abordo razones ni tomo determinación alguna, sólo espero. Cuando Irina llama a la puerta —habrá olvidado la llave— la hago pasar, absolviéndola tácitamente, y beso su boca entreabierta y la abrazo y me refugio en su cuerpo como un ciervo herido que buscara menta para restañar sus desgarraduras. En la cama revuelta, bajo la estampa de los mamelucos abriendo fuego con sus espingardas, desbocado sobre Irina, creo percibir nuevamente a sus recovecos abriéndose como nenúfares en un lago de piel.

Pero hoy Irina parece envuelta en un velo de distancia que no sé a qué atribuir. A un tiempo ávida y abstraída, reducida al mutismo, de ademanes mecánicos y desabridos y ojos dolientes. Con cada empellón, con cada espoleo, siento como si nos bañásemos en un oscuro río, braceando más y más profundo. No gime, no borbotea murmullos de amor, apenas se oye su respiración. Y su desnudez, que de ordinario tiene algo de nutria húmeda y lustrosa, ofrece el aspecto de los cañaverales marchitos y la luna de invierno. Una sensación extraña va ascendiendo desde el fondo de mi mente entre ecos y golpeteos que resuenan en mis sentidos, persuadiéndolos, intoxicándolos lentamente de estupor y miedo. En la trabazón de nuestros cuerpos, la presencia de Irina, su tacto, resultan irreales como nuestra propia voz cuando nos llega a través de los huesos del cráneo o por mediación de una máquina. Ella, de alguna manera transubstanciada, no intenta en ningún momento esconder la aflicción que asoma a sus ojos mora pálido, esa especie de cicatriz de cualquier modo inocultable, ese augurio irreversible, ese vislumbre aterrador. Me demoro besando su cabello extendido, que esta tarde no es sino una diadema de élitros de escarabajo, y cuando acaricio sus mejillas —sin atreverme a desviar la mirada— obtengo repentinamente evidencia de la rara y viscosa frialdad de su piel, de su cualidad cerúlea, cadavérica.

De un salto accedo al ascensor, confiado, como quien antes tomaba alegremente a la carrera un tranvía.

Es viernes.

Me esperan en la gran suite del piso veinte.

Mi último torneo en el circuito profesional de puzzle de velocidad.

Hay un ascensorista en su interior. Me sobresalta. Creía a este trabajo desaparecido del mundo y de la historia.

Presumo que pulsa el botón, sin solicitar mi destino.

No se percibe movimiento alguno.

Imagino al ascensorista instruido en los rudimentos de su oficio.

Incómodo, lo miro de reojo, no sin ciertas prevenciones. Tiene el hierático aspecto de quien jamás ha tomado parte activa en una relación con ningún ser humano; de alguien para quien la vida es apenas tolerable.

Me apresuro a levantar la vista al techo.

Si en los pasillos del edificio prevalece un discreto aroma alcanforado, en el interior del ascensor percibo progresivamente un indisimulado olor a nido de culebra.

El viaje se eterniza.

Estoy perplejo.

Toda situación, no obstante, tiene su lógica. No desespero.

Es más bien como cuando cae un grano de arena en un mecanismo perfecto.

Vuelvo a mirar al ascensorista de soslayo, esta vez con un gesto entreverado de ironía y nerviosismo, propio de las situaciones escasamente admisibles o de absoluta excepcionalidad.

No logro descubrir en él, pese a su impavidez, esa impresión de reserva usual en los subalternos ni el respeto abstracto que se le debe a un cliente.

Alentado por esta perspectiva, decido hacer uso de los cauces reglamentarios en la primera ocasión.

Para que no sospeche, finjo desinteresarme.

Ignoro cuánto tiempo ha transcurrido.

El cansancio me mordisquea la nuca y los talones.

Si la vida es un molino que nunca deja de moler aburrimiento, odio y miedo, entonces este cubículo es mi molino por derecho propio.

¿Seguirá siendo viernes?

En el ascensor se empantana un silencio que habría que batir a causa de su espesor enmelazado y corrupto.

No me atrevo. Él podría interpretarlo como signo de debilidad.

Horas quietas.

Desorientación inmóvil.

A la máquina le cuelgan los intestinos. Por fortuna, no puedo sino imaginarlo.

De la fatiga y de mi incapacidad práctica para resolver una situación de peligro obtengo ya señales palpables.

Motilidad pupilar, eritemas, contracciones vesicales.

Velamos, a sabiendas, un muerto invisible.

Mis dedos habitan a años luz del botón de alarma.

Sea cual sea el dios que mantenga los mundos en su sitio, le suplico un poco de delicadeza.

Parece el momento propicio para contemplar, impunemente ahora, al ascensorista.

Sus ojillos radiados.

Su uniforme casi sobrehumano, como de sacerdote de un culto secreto y antiquísimo.

Su copioso sudor, semejante a la excreción dulce y pegajosa del pulgón que gotea en los tilos del norte.

Desisto de reunirme con los demás jugadores en el piso veinte.

Es imposible que lo consiga.

El hecho de que él pueda dar un paso hacia mí me hace estremecer de espanto. Quizá le baste con un simple y furtivo roce para asestarme el toque de la muerte retardada, el legendario arte de dim mak.

Arrojado a la vacía tiniebla.

Apoteosis de la última pieza petrificada en el puzzle de la eternidad.

Hago hincapié. No se percibe aún movimiento alguno en la maquinaria.

Oí hablar de pueblos que lograban vivir hasta los ciento cuarenta años con una dieta de albaricoques.

Mis dedos tactan a hurtadillas el interior del bolsillo.

Recaban dos exiguas, dos ridículas barritas de muesli.

De cualquier modo, el tiempo ya ha perdido su apariencia y su propósito.

Más como simple formalidad que como una dolorosa añoranza, pienso en mi familia.

Remota.

El pez en el pozo nada sabe acerca del mar.

Calma chicha.

La prolongación, la persistencia, la iniquidad de la situación carecen del menor relieve.

Reo de ascensor.

No puedo precisarlo, es posible que con el abatimiento yo haya cabeceado un poco o doblado incluso la cerviz.

Los ojos del ascensorista, por primera vez, se han vuelto hacia mí.

Misericordiosamente.

Ya no podrán encontrarlo aunque busquen e interroguen a conciencia. Un par de años hará que dejó de existir el Club Amradus (al menos en su sede originaria, a la altura de la antigua galería Tarxien, entre las avenidas San Giljan y Selvalegre, en el último número de la angosta calle Bocángel), un local inadvertido para el transeúnte común, pequeño y con la fachada carente de gracia y de marbete que revelara sus elusivas actividades pero que cada miércoles, en el cálido salón de madera del interior, desde la sobremesa hasta la medianoche, acogía excelentemente nuestros esfuerzos destinados a una selecta pérdida de tiempo y a una estimulante consecución de mesurados placeres, a saber, el estudio de la lógica en acontecimientos absurdos y el escrutinio de la belleza en hechos escabrosos. Cualquiera reconocerá que ambos han poblado en número infinito la historia de los hombres, baste pues por ahora dicha evidencia para justificar —si fuese necesario— nuestro secular afán. Por otro lado, a los miembros de facto no nos concernían reglamentos ni ceremonias, sólo nuestro pasado común y un notable y exigente gusto por las fantasías infundadas. Debatíamos esas metafísicas y otras materias de similar índole en una encantadora atmósfera de comodidades privadas, de parsimonia y desenvoltura a un tiempo, retrepados en los sillones de fino cuero con respaldo oval, alrededor de la sólida mesa de roble, saboreando la picadura en el pozo sin fondo de los hornillos de nuestras pipas.

En el transcurso de una de aquellas digestivas y honorables veladas del Club Amradus (recuerdo —creo recordar— que estaban presentes el doctor Leonel Mungía, presidente de la Sociedad por el propio derecho que le otorgaban su ecuanimidad y sus bigotes grises; Odón, de la Junta de Ferrocarriles; Luis Garraway, mi mejor amigo, menudo, de cara redonda tras las lentes, fanfarroneador y bonachón; Álvarez, conocido de ordinario como el Intendente; Damiao, que no se había repuesto del todo de las fiebres contraídas en Zanzíbar, aunque sus ojos siempre relampagueaban como alfileres de diamante; y yo, pálido y flaco petimetre, que llegué de hecho el último a la reunión) mientras hilvanábamos comentarios

sugeridos por el examen de un ejemplar de la «Anthropogenie» (1891) de Haeckel y de sus láminas que ilustraban el desarrollo embrionario de muchas especies, el doctor, a la vista de un grabado inmejorablemente espeluznante en la página 67 —«terribilis visu facies»—, dio noticias de una historia que le fue referida por alguien durante cierto congreso en el oeste de Holanda.

Deberá quizá juzgarla el lector sin la aprensión que suelen suscitar sucesos imaginarios, profecías pretéritas y artificios verdaderos, deberá salvar —o previsiblemente enterrar— el hueso limpio de su anécdota y olvidar los pormenores circunstanciales con que me he permitido adornarla.

«La vida de Jan van Bilderdijk fue más triste que cualquier otra. A pocos hombres le es dado conocer una existencia de mayor infortunio y un destino tras la muerte más ignominioso que los suyos, en la medida en que padeció una gravísima, monstruosa hidrocefalia y vivió, además, a finales del siglo diecisiete, cuando florecían por toda Europa los gabinetes de maravillas o «Wunderkammern», colecciones de raros objetos naturales, de curiosidades, reliquias y fenómenos. Con un pie en las extravagancias de la superstición y otro en la ciencia positivista, en aquellos años se deseaba encerrar la naturaleza en una habitación, reconciliar a la gente con lo prodigioso exponiendo las maravillas de Dios junto a las maravillas del hombre: un caballito de mar y una punta de lanza sumeria; el cuerno de Mary Davis, comadrona de Cheshire, y pelo de la barba de Noé; manos de sirena y esqueletos de centauro; minúsculos carruajes tirados por pulgas y espinas de la pasión de Cristo; un hueso de cereza con las caras de ochenta y ocho emperadores talladas en su superficie y un ganso disecado que creció en el interior de una piedra en Escocia; un telar que podía tejer una tela de araña y un eidofusikon, ingenio que mostraba películas primitivas.

»Por entonces, en casita de la Oudestraat, en Amsterdam, hermoseada con canteros de rosales y visillos blancos bordados, donde vivía modestamente con Anna Hengsten, su esposa desde los dieciséis años y a la que amaba tanto como se puede amar sobre la tierra a una mujer, Jan van Bilderdijk jamás oyó hablar de las colecciones de Swammerdam, del doctor Maty, del Museo Wormiano de Copenhague, del Museo Tradescantino —conocido como «El Arca»— en la Orilla Sur de Londres, de Calceolari en Verona, Imperato en Nápoles, Settala en Milán o Athanasius Kircher en Roma. No obstante en una ocasión tuvo en sus manos un pliego, proveniente de un burgo cercano y que más tarde arrojaría al fuego

tras leerlo, que rezaba: «Catálogo de todas las principales rarezas en el teatro público y sala de anatomía de la Universidad de Leyden». En su Theatrum Anatomicum, los especimenes no sólo habían sido agrupados según los defectos, como gatos de dos cabezas, gemelos siameses unidos por el tronco o lagartos de dos colas, sino que algunos esqueletos posaban reorganizados en distintas acciones, con inscripciones moralizantes en su base, y alertaban sobre el peligro de desafiar las leyes divinas y naturales, de modo que el esqueleto de un ladrón de ganado montaba a horcajadas sobre el de un buey y los huesos desfibrados de una mujer se exponían ofreciendo una manzana a la osamenta de un hombre bajo el Árbol del Bien y del Mal.

»A la tendencia, tan propia de la mente humana, a considerar como una sumidad de la Creación cualquier hipertrofia, Jan van Bilderdijk hacía frente con aplomo. Era, en efecto, una pobre criatura malformada y vitaliciamente postrada en una silla de mimbre que se desplazaba sobre tres ruedecillas, provista de tirantes en la parte superior con una badana de cuero para sujetar su cabeza. La sola visión del exiguo mechón de pelo oscuro en la coronilla, de la pequeñez de su rostro cándido, bovino y sonriente, del anormalmente voluminoso cráneo, conspiraba para lograr la compasión de unos y la repugnancia de otros, y su orfandad y delicada salud predisponían a creerlo desamparado y dolorido, pero a Jan le bastaba con tomar cariñosamente de la mano a su esposa para sentir concentrada en su corazón la alegría propia de los espíritus lozanos.

»Nada hacía presumir, contemplándolos en sus lentos paseos dominicales hasta los sauces derramados sobre el Canal del Emperador o los bancos de la iglesia del Oeste, él ocultando parcialmente su enormidad con una especie de gorro de dormir adaptado y ella, en marcado contraste, bajita, robusta, asilvestrada, rubicunda, de rostro poco agraciado y picado de viruela y el frente bajo a la griega, empujando remangada la silla de impedido, gozando dondequiera que se detuviesen de un respeto por encima de lo habitual en su condición, de un crédito, es cierto, un tanto desdeñoso y más sustentado en la lastimosa familiaridad con la anomalía que en la propia estima, nada hacía presumir, digo, que de los sentimientos de Anna Hengsten por su joven y enfermo esposo, si los hubo en algún momento, no quedasen ya sino unos rescoldos apagados y groseros. Ella siempre había sabido distinguir la paja del grano. En realidad, al casarse, no prestó oídos a la respetabilidad ni a la emoción de un improbable amor hacia el

extraño aunque bondadoso monstruo: anhelaba escapar de la soltería y de una insípida vida entre las paredes del Begijnhof donde beatas, viudas y solteras residían juntas sin ser monjas, y anhelaba sobre todo, francamente, los bienes y florines que el padre de Jan dispuso para él antes de morir, una cantidad que pronto se reveló muy ajustada para el sustento de ambos.

»En semejante situación, la presencia de su esposo comenzó a resultarle demasiado enojosa y su cuidado terriblemente fastidioso. Malhumorada, retiraba a veces la mirada para no traicionarse mientras continuaba sometida a tareas desagradables, fatigada por las friegas con sal y agua bendita que debía aplicar a Jan, por su cometido de espantamoscas, agotada de hilar lana, de lavotear y llenar y vaciar jofainas, de hornear pan, de prepararle carne de ranas que decían buena para refrescar el hígado y aliviar la presión de las fontanelas aún abiertas del cráneo, desfallecida por la extenuante atención que debía prestarle para que no se desnucara a la más mínima oscilación de su desorbitada, de su inconcebible cabeza. Algunas noches, las lágrimas de Anna Hengsten se confundieron con la cera que lloraban los cirios de luz vacilante en habitaciones destempladas.

»Cierta tarde de otoño, frente a la chimenea que expelía su enrarecido humo de turba, Christoph Kloos, un comerciante amigo de la familia, eminentemente de Anna, que lo recibía como un asidero mundanal, como un ángel tutelar y alegre que agradaba a sus fantasías, se despojó de su peluca negra con doble hilera de rizos, los obsequió con un frasco de compota de ruibarbo, bebió un trago de la jarra de licor y les relató las horribles maravillas que había podido contemplar, a través de un cliente aficionado como él a la ingestión excesiva de aguardiente de cereza, en la calle Haarlemmer, en el hogar del cirujano Frederik Ruysch, vedado por lo común al público: cinco de sus habitaciones estaban ocupadas por más de dos mil obras acerca de los misterios de la carne mortal, por rarezas anatómicas y patológicas, por cuadros «vanitas mundi», esos bodegones realizados minuciosamente a partir de esqueletos en diversas actitudes que representaban la espantosa futilidad y transitoriedad de la vida. A ambos amigos les fue mostrado el cráneo de una prostituta golpeado por los huesos de las piernas de un nonato, y cuerpos enteros de niños conservados en grandes recipientes de cristal, y rostros informes envueltos en encaje, miembros adornados con brazaletes de cuentas, órganos flotando en oscuras soluciones, enormes cálculos renales y biliares, gigantescos lobanillos y bubones extirpados, lenguas sifilíticas y otros

ornamentos satánicos. Christoph remató su período oratorio repitiendo las palabras con que los despidió el doctor: «Codicio cualquier ejemplar de la naturaleza que haya padecido un mórbido lance en su existencia o que esté lejos de toda proporción razonable». Anna había escuchado en la avenida de las hayas el rumor que propagaban sus adversarios, decididamente en contra de los horrendos experimentos del cirujano, persuadidos de que algunas noches cenaba fricasé preparado con recién nacidos.

»A partir de aquel día, Jan van Bilderdijk se sumió en un agudo estado de excitación y pánico. La dulzura infinita de su mirada y de sus silenciosos transportes de amor no volvió a encontrar acomodo en su ánimo. Tumultos de imágenes sombrías, torbellinos de pesar, de melancolía, de irritación, batían vivamente su cuerpo inmóvil. Ordenó a su esposa cerrar día y noche las ventanas tras los visillos, se obstinó en negar nuevos paseos dominicales y, con su voz lenta e infantil, suplicó a Anna que al morir respetase su voluntad de ser enterrado en el Cementerio del Sur, que velase firmemente por el cumplimiento de sus intenciones de no morar durante toda la eternidad como un engendro diseccionado, descarnado y exhibido en público, bajo una campana de cristal, en el malsano cenotafio de un gabinete de aberraciones. Esta idea, esta aflicción que le llevaba a demostrar el más violento aborrecimiento por todo aquello que pudiera recordarle las palabras de Christoph Kloos absorbió sus pensamientos con tal intensidad y alteró de tal modo la inocencia de su carácter que Anna creyó que había perdido el juicio.

»Ella, sin embargo, que no incubaba más que desesperanza, prestó oídos de muy buena gana a las noticias de Christoph, se cuidó más de sus palabras y reconoció la oportunidad que representaban, hasta el punto de urdir después, pacientemente, un designio que habría de proporcionarle una vida de descanso y deleites sin tasa, la liberación de la concha de adversidad que oprimía sus días. Aunque no ignoraba que ningún hidrocéfalo sobrevivía mucho tiempo, había decidido dejar de acompañar a su desdichado esposo, abandonarlo en el camino con su insoportable fardo y sustraerlo además, piadosamente, del doloroso horror de su existencia. Se sentía de pronto ufana, ligera, elevada por los aires, como vehemente estallido de arcabuz, como cristalinas y alborozadas notas de clavecín. Sabría convertir el huertecillo seco de su vida en un vergel, engalanado ya por su imaginación de manifestaciones visibles que reclamarían las lisonjas y favores de los hombres y la envidia de las mujeres: plata labrada, vajilla en blanco y azul de Delft, terciopelo de Utrech, sombreros de armiño

con plumas de guacamayo de las Indias, melaza veneciana, pichones y codornices al espetón, tripas de buey a la moda de Caen, un arcón de nogal, baños de anguilas eléctricas, interminables danzas festivas.

»Cómo y dónde se encontraron y concluyeron su trato Anna Hengsten y Frederik Ruysch es algo que no se sabe con certeza. Acaso ella pintó ligeramente su rostro de albayalde y lo adornó con un lunar postizo y, mientras Jan dormía, apenas entrada la mañana, respirando un aire puro y estimulante, atravesó varios puntes peraltados, rodeó el mercado de la Kornhäauser y pasó de largo ante los «hofje» con jardincillos en Lindengratch, donde la iglesia calvinista recogía a los ancianos, y vio cabrillear al fin el tejado de plomo de aquella casa de amplias dimensiones que se alzaba, aislada, en la calle Haarlemmer. Quizá, intimidada aún, le expuso al doctor las peculiares circunstancias de su caso, quizá se pronunció cierta cantidad de florines y hubo un halagador aquilatamiento de intereses. La cortesía de Frederick Ruysch, tal vez en su opinión, no desmerecía de la de cualquier gentilhombre. Acaso le presentó a la hija que le ayudaba en sus trabajos, Rachel, y pudo recorrer en silencio las estancias entarimadas y refutar ocularmente ese abigarrado «tableau animé», ese ominoso muestrario de fantasmas del pasado y escombros eternos del que habló Christoph aquella tarde de otoño frente a la chimenea.

»La única vacilación de Anna nacía del vago conocimiento de las dosis y efectos de los venenos que empleaba al amasar el pan de avena. Cada vez que añadía una pizca de ceniza de estelión, de estiércol de ganso disuelto en mercurio, de pegamento de piel de conejo o de eléboro mezclado con arbusto sesamoides, rogaba para sí en los mismos términos: «Que el Cielo perdone mi acción». Mientras tanto, esta desesperante situación no trajo como corolario un rápido envenenamiento de Jan, sino un penoso resentirse de su precaria salud. Yacía en la semioscuridad como un contrahecho polichinela de carne, temeroso, con los ojos afiebrados y la lengua amarga. Fue en una noche inusual, de viento caliente que se filtraba por las rendijas y abanicaba las llamas de las velas de sebo, cuando Anna obtuvo finalmente satisfacción. Inmisericorde, había dado de beber a su esposo un sorbo de agua que antes había hecho correr, en un hilillo, dentro de la carroña de un cordero consumido por la putrefacción.

»Cuando enterraron a Jan van Bilderdijk, que aún no había cumplido veinticinco años, su rostro aparecía más aniñado y candoroso en la base de la descomunal cabeza, y la boca distendida,

que nadie consiguió cerrar, hacía que se asemejase inquietantemente a la mandíbula de un lucio resignado a su suerte. Se habló del caso en Amsterdam con una mezcla de pasión consternada, estulticia y despropósitos. Anna Hengsten fue procesada antes del entierro. Alegó que tras retirarse a descansar escuchó unos gritos ahogados, que vio a su esposo estremeciéndose y que, presa de los nervios, consiguió hacerle ingerir un poco de elixir antiapoplético de los jacobinos, que sabía que era un remedio eficaz para esas crisis. Los jueces la sometieron a la prueba, legalmente válida, por la que el cuerpo del asesinado sangraba si el asesino lo tocaba: había sido voluntad de Dios.

»Dos días después de recibir sepultura, el cuerpo del infeliz hidrocéfalo, a hora avanzada y bajo una inclemente cellisca, fue desenterrado con la anuencia de su esposa por dos ladrones de tumbas que lo transportaron en un carro cubierto hasta la calle Haarlemmer. El cirujano Ruysch tomó deferente posesión de la pieza definitiva de su gabinete de maravillas, de la excrecencia más sublime de su colección, del ejemplar más cautivador y más notable de la naturaleza en ese campo. Unas semanas pasaron. La viuda Anna Hengsten, ataviada con su camisón de batista, se asomó a la puerta en plena tormenta para vigilar los canteros de rosales enfermos y fue alcanzada mortalmente por un rayo. Un sentimiento de orgullo científico dominó al anatomista y a su hija cuando restituyeron a los dos esposos a su destino común, a la conciliación perpetua: el desmesurado y limpio cráneo de Jan, con las cuencas vacías de los ojos vueltas hacia el cielo, lamentando las miserias de la vida, rivalizaba con el cráneo perforado de Anna y su agujero tiznado en forma de sierra. Descansaban uno frente a otro, las cabezas a un lado y contemplando el resto de sus cuerpos, expuestos primorosamente en una estantería destacada, como un arreglo floral que desprendiera una impresión de inconmensurable y desasosegante tristeza.

»En 1717, el doctor Frederik Ruysch vendió toda su colección al zar de Rusia, Pedro el Grande, que intentaba la aventura de modernizar su Imperio a marchas forzadas. Quizá algún visitante tenga la fortuna de hallar rastros de la deteriorada colección en los sótanos del Ermitage y pueda así redimir del olvido, siquiera por unos segundos, el polvoriento bulto de algo que fue un ser humano».

El humo se acumulaba en el techo de la bolera. Los muchachos, confiados, lanzaron sus bolas como quien exprime un jugoso racimo de bayas y lo arroja lejos. Habían puntuado alto y ahora charlaban y fumaban tranquilamente, estudiando los ventiladores y el bruñido de la tarima. Mi turno. Entre las bolas vino rodando un cráneo, limpio y brillante. Los muchachos miraron con preocupación. Introduje los dedos en los orificios de los ojos. Sentí que se ennegrecían de sombra y de vacío de gruta. Era dolorosamente más ligero que las demás bolas corrientes. Ladeé la cabeza calibrando peso y distancia. Retrocedí unos pasos para tomar impulso. Al lanzarlo cerré los ojos y hubiera cerrado los oídos si éstos funcionaran de tal manera. El cráneo salió proyectado, describió una buena trayectoria y rodó por el centro de la pista percutiendo contra el suelo pulido, como un meteoro color crema a la deriva en la corriente de las probabilidades.

# VÍNCULOS

Esta es una novedad que hubo en los suburbios de Agra. Naresh Babu, un hábil barbero que vivía junto a las vías del ferrocarril en una choza levantada con bastidores y chapas de latón, enviudó en el mismo momento en que nació su único hijo, Rahid, quien mostró desde sus primeros días una predisposición innata a los rayos. Fue alcanzado en tres ocasiones antes de aprender a andar y, aunque sobrevivió milagrosamente, su cuerpecito mostraba horribles cicatrices. No todo el mundo está dotado con la misma capacidad de amar. Igual que existen seres que la poseen en grado ínfimo, Naresh Babu la consignaba en su más alto grado: decidió que él sería, de un modo inquebrantable hasta el final de sus días, el escudo de su desafortunado hijo, desviando en lo posible hacia sí mismo la electricidad que su hijo atraía. Hasta que Rahid cumplió cinco años, vivió permanentemente aupado a la espalda de su padre. Después, Naresh Babu lo cubrió con un rústico panjabi de piel de salamandra que él mismo curtió y cosió con infinita paciencia durante ese tiempo. Caminando de continuo tras su padre, pisando sus talones, Rahid parecía una miniatura de aquellos terribles lanzadores de nafta que acompañaban en el pasado a los arqueros árabes, y que también vestían esas pieles ignífugas. Como es natural, Naresh Babu intentaba huir en todo momento de los objetos metálicos para no encolerizar a la diosa Parvati, y así dejó, sucesivamente, la navaja de barbero, la enorme tetera de vendedor de té en estaciones y los arreos de conductor de tonga. Comprendió que tampoco sería prudente recoger carbón por las vías y, seguido por Rahid paso sobre paso, se dirigió entonces al mercado, bajo las murallas de arenisca roja del fuerte, donde compró una docena de palomas con sus últimos ahorros. Las amaestró durante una semana. Entretanto, él pasó hambre y alimentó a su hijo con aquello que podía robar a los monos de las cornisas. Por fin llegó el día en que, con Rahid pegado a su espalda y un mohín de inocencia en el rostro, Naresh Babu gritó en medio de la calle atestada: «Reserve su sitio en el cielo liberando a esta pobre paloma por sólo dos rupias». Siempre había gente compasiva entre la multitud dispuesta a pagar por alguna de las palomas que, una vez liberadas, regresaban a la

choza de su amo en los suburbios. Naresh Babu desechó los oxidados bastidores de latón y revistió la choza con adobe. Apenas salían padre e hijo de allí mientras duraba el monzón y, a solas, se distraían contando historias bengalíes de prodigios y viendo pasar los vagones color arena y bermellón. Rahid había crecido y él mismo preparaba arroz y paratha y cuidaba de su padre cuando éste enfermaba. Durante muchos años, los dos recorrieron con sus aves amaestradas los mercados de la región, desde el polvoriento de Bharatpur hasta el infernal de Luchnow, llegando incluso a Varanasi y Patna. En cualquier lugar, todos —oficinistas, vendedores, mendigos, mutilados, santones, conductores, vagabundos, perros sarnosos, cuervos en los bananos— se volvían para contemplar a la asombrosa pareja que caminaba tan agavillada, tan al compás como dos marionetas articuladas de gran tamaño, desfilando con la jaula de palomas al extremo de una vara. A Naresh Babu, encorvado ya por el paso del tiempo y debilitado por las ocasionales descargas de rayos recibidas a lo largo de veinte años de protección filial, le alivió comprobar que su propósito parecía dar resultado: Rahid, que doblaba la estatura de su padre, había burlado a la muerte. Pero temía, ahora que se acercaba su fin, dejarlo solo frente a las tormentas y se consolaba únicamente con la idea de que cuando un Naresh Babu se haya ido, otro ocuparía su lugar. Una noche, sin excesivo sufrimiento, el padre dejó de respirar. Rahid lo veló en el camastro de la choza y, al amanecer, transportó su cuerpo a la orilla del río Yamuna, cerca de la fábrica de añil. Lo depositó con ternura sobre las aguas y miró al cielo. Unas nubecillas rosadas corrían a concentrarse en el oeste. Poco después se espesaron y oscurecieron, presagiando tormenta. Entonces Rahid comenzó a despojarse muy lentamente de su panjabi de piel de salamandra.

# EL DÍA PRIMERO DE LA TUMBA

El señor vestido de oscuro —E. Pomar, delgado, cincuentón, melancólico subalterno que sentía hastío de su vida, superado siempre por los acontecimientos, básicamente fatalista— se dejó caer de espaldas sobre la cama con los brazos extendidos y los ojos cerrados, sin deshacerse del abrigo, como gustaba hacer cada tarde al regresar a su habitación. Cuando abrió los ojos para saborear ese grato instante de reposo no vio el techo, ni la vieja lámpara esmerilada en el centro de su rodela, sino unas nubes y las copas de unos cipreses contra la luz cernida del crepúsculo, un trozo cuadrangular de cielo enmarcado por los bordes de altos muretes de tierra. Confuso por lo descabellado de la imagen, cerró los párpados, sintiéndose a salvo en la habitación. Venció la zozobra a duras penas antes de volver a abrirlos. Desde la profundidad de su extraño ángulo de visión, aun sabiendo que no era posible, aguzó la mirada y contempló de nuevo en escorzo los contornos de esa angustiosa imagen. La sangre le huyó a los pies tras advertir con el rabillo del ojo la seda blanca del estrecho interior del féretro. Sus nervios no respondían. Sentía los brazos inermes, cruzados sobre el pecho, y en la lengua un regusto putrefacto a raíces y arcilla. Sin aliento, locamente alterado, cerró los ojos. Al punto se le hizo evidente un cierto orden, la revelación de una maniobra idónea. Estimó que mientras retuviera los ojos cerrados quizá su habitación no dejaría de desplegarse a su alrededor, acogiéndolo, restituyéndolo a su exhausta rutina, a su enojosa vida. Intentó

dormir. Se forzó a olvidar aquella escena fúnebre, soez, obstinada. A medianoche, al sentirse de pronto destemplado, abrió involuntariamente los ojos: tenía ante sí, puntual, el foso que se elevaba hacia la lucerna donde cipreses mecidos apenas por el viento resplandecían bajo la luz de la luna; regresó al silencio vertical; inhaló el frío humedecido por la oscuridad en torno al ataúd bivalvo, abierto en el fondo de la sepultura. Sin tiempo de recobrarse, notó que los alacranes del pavor le corrían veloces y febriles por las piernas, en dirección al vientre, al torso, a la cabeza donde, en una secuencia cada vez más apresurada, el hormigueante ascenso eclosionaría —supuso— en forma de alarido. Exasperado,

trató bruscamente de sublevarse, de moverse. Realizó agónicos intentos, a intervalos regulares, sin que su cuerpo rígido, queratinizado, respondiera en absoluto. No pudo gritar, ni gemir, ni articular el menor sonido. Azuzaba frenético a sus extintos sentidos para que hallasen la vía a la superficie, para que volasen tumba arriba y confirmasen el nombre de la lápida situada al nadir de su cadáver, para que desentrañasen el propósito de este insoportable proceso, de esta agonía atroz. Recordó de repente que sus ojos abiertos eran el obstáculo. Dio la orden que lo devolvería desfallecido a la razón y al sosiego de su cuarto. No podía permitirse una respuesta dilatoria de los párpados, que mantendría cerrados para siempre si era preciso. Pero antes de proceder siquiera a los rudimentos de tal acción, una oscura paletada de tierra cerró prematuramente sus ojos desorbitados.

# MÁSCARAS

A las doce de la noche el bullicioso baile de carnaval a la luz de las velas llega a su fin. Respetando la tradición, centenares de invitados envueltos en trajes de época rodean la fuente que adorna el centro de la enorme sala. Uno de ellos se despoja de su máscara y la arroja al agua iluminada: bajo la máscara aparece el señor Morton, que se despoja de su máscara de pedrería y aparece el señor Peacock, que se despoja de su máscara negra de terciopelo y aparece la señorita Arundell, que se despoja de su antifaz de encaje y aparece la señora Farley-Smith, que se despoja de su máscara ajedrezada y así sucesivamente, uno tras otro y tras otro, como piezas de una muñeca rusa, hasta que la fuente se colma de máscaras multicolores y el último invitado bajo la máscara del señor Morton se despoja de la suya en forma de pico de pájaro y aparezco yo bajo ella, inconfundible, forcejeando con una desesperación instintiva y un poco pueril porque no logro arrancarme la máscara —una «bauta» veneciana, blanca, enigmática— que cubre mi rostro. En el centro del salón vacío, iba llegando a ese punto en que la mordaza apremia y resulta tan difícil respirar.

# UNA VELADA

La puerta estaba abierta, así que entré. A medida que mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, empecé a distinguir los numerosos bultos de los invitados que habían llegado antes. La puerta se cerró detrás de mí como si fuera la última puerta del mundo. Me quité la gabardina con desenvoltura y la doblé sobre mi brazo izquierdo.

—Discúlpenme, señores —mi voz sonó desamparada en el silencio de conversaciones interrumpidas—, ¿dónde puedo encontrar al anfitrión?

No recibí ninguna respuesta.

—Desearía saludarlo —insistí.

—¡Qué tonterías dice! —abrió fuego alguien al fondo.

—En mi opinión parece un hombre cabal —dijo otro.

—Y con un pintoresco sentido del humor —añadió un tercero.

El ambiente se volvió de nuevo distendido, incluso animado.

—¿Qué sitio es éste? —pregunté al viejecito vestido de frac que se encontraba enfrente.

—Cálmese. Debería abandonar usted ahora mismo su curiosidad…

—¿Qué?

—Déjeme acabar: su curiosidad y sus exageradas ceremonias. ¿No querrá atraer la atención hacia aquí?

—De ningún modo. Y usted, ¿hace mucho que llegó?

—Eso es asunto mío.

Entendí que debía resignarme a una velada carente de color y que los temas decaerían uno tras otro sin haber levantado siquiera el vuelo. Todos los presentes, de etiqueta y prácticamente inmóviles, estaban en pie. Sus gestos convencionales intentaban remedar la cordialidad entre viejos amigos. Unos fumaban, otros repartían cartas o estudiaban las suyas desplegadas en abanico. Y nadie parecía dolerse por la ausencia de aperitivos. Reparé de pronto en una música suave que nos envolvía. Levanté la vista.

—¿«Andante»? —propuse.

—Creo que sí —convino el viejo.

—«Andante e spiccato» —dijo alguien a mi derecha.

—No, es un maldito «allegro» —remató uno a su lado—, pero

mantiene en perfecta forma a mis nervios.

—Parecen todos de un nivel social adecuado —guiñé al viejo.

—No lo crea —respondió sin precisar.

—Lástima.

—Si bien abundan aristócratas, diplomáticos, constructores y demás gente conocedora de las reglas de convivencia —aclaró, sintiéndose momentáneamente expansivo—, no andamos escasos de oficinistas, mineros, cesteros, pulidores de lápidas o cazadores de segunda línea para patrones con escasa puntería. Un hecho intolerable en otros ambientes, pero venial en éste.

—¡Qué extraño mundo! —subrayé.

—Precisamente —continuó el viejo, mirando a su alrededor con hastío y conmiseración—. Ya nada es una cuestión de principios.

Crucé los brazos, más relajado, y pensé que podría aclimatarme a la total pérdida de intimidad. De hecho, iba consiguiendo descifrar el murmullo que me rodeaba:

—…y me sacaron por la garganta una tenia de siete metros que guardo en un tarro… ¿Lo comprende ahora? Mi mujer me regaló el uniforme, la gorra galoneada y las botas como una prestación amatoria más… durante la interpretación del aria, el agua nos llegaba ya a la barbilla.

Como creí haber establecido cierto vínculo de confianza con mi vecino, me atreví a interrogarlo acerca del peculiar olor del recinto, un olor desagradable y primitivo, como de fermentación, que me sofocó desde el primer instante.

—Por cierto que no lo sé. Quizá sean restos de los que han ocupado esta estancia antes que nosotros.

El viejecito respondió con aparente indiferencia, pero tuve la sensación de que su voz denotaba un cansancio informe y que mi pregunta lo había entristecido de alguna manera. Acto seguido, acercó su cabeza a la mía.

—¿Puedo confiarle algo?

—Naturalmente —contesté intrigado.

—No soporto la compañía de los demás —me susurró con firmeza el viejo del frac—. ¿Le sorprende a usted?

—En absoluto. Todos decimos a veces locuras repudiables.

La puerta se abrió entonces reclamando nuestra atención. Volví a oír un silencio apreciador. Sospeché que no se trataba del anfitrión, sino de otro rezagado. Y cuando por cortesía intenté hacerle sitio, casi perdí el equilibrio, al fin y al cabo era difícil moverse en esas circunstancias, entre tanta gente con los pies encadenados al pesebre que recorría las paredes del establo.

A Antonio Iriarte

Visita a Weltsch. Después, he andado durante una hora; Puente de Elisabeth, Kleinseite, Puente de Piedra; el servilismo de un perro flaco, grisáceo, que me siguió por propia iniciativa, ofreciendo ostensiblemente la cabeza en reverencia, encogiéndose con cada paso, preparado para el sacrificio.

En casa de Baum. Leo mal, revoloteando de un modo ridículo en torno al texto, sin energía para hacerlo comulgar con los oyentes. Mi lectura produce el efecto de algo gelatinoso, como el trabajo de los intérpretes del «Meschumed» de Lateiner. Un pantano de palabras. Regreso a mi habitación sobre la punta de los pulgares, dispuesto a hacerme más y más pequeño, a menudear como una chinche, como las bolitas que sobresalen en la espesa sopa de patatas de mi cena vegetariana. ¡Esta sensación de agotamiento! Tendido en el canapé, sin vigor para escribir a F. ni para revisar la conferencia en el Afike Jehuda.

7 de junio. Ayer, a primera hora en el despacho, acceso de desvanecimiento: encima del escritorio, sobre las octavillas de papel de oficina, había un paquetito envuelto en papel marrón cuyo origen aún desconozco. Al abrirlo sucumbí a un horror más intenso que el que sentía ante la visión de las reses despellejadas cuando atravesaba el mercado para ir a la escuela, o el experimentado el día que di una moneda a aquella mendiga en el Pequeño Círculo, un espanto mayor incluso que el deseo de casamiento. Era un libro con un título imposible y fechado en futuros decenios: *El otro proceso de Kafka*. Apreté las manos con fuerza para no desplomarme. Mi compañero Treml, malhumorado en la mesa contigua, me cohibió al mirarme con desconfianza desde sus ojos saltones. Ordenar pesquisas, tomar ciertas disposiciones hubiera sido sin duda lo correcto. Llamar al conserje Seidel (hace trabajos de encuadernación en el archivo), mostrarme irritado e impaciente ante tal grosería, explicarle que me causan suma repugnancia los simulacros, averiguar quién es ese Canetti que me hostiga deliberadamente. Pero después, temeroso y confuso como quien tiene la cara hacia el telón negro de un teatro, guardé el libro en el cajón central del escritorio hasta el fin de la jornada.

Anoche, sin esperar la caricia del batín, lo leí con una avidez y una aversión a las que jamás podré sobreponerme. Después, impregnado de ellas, moralmente enfermo, agonizante, hube de revolcarme en el suelo intentando que la sangre circulara. Noche de insomnio.

10 de junio. No he escrito nada. Intenté recobrar la serenidad con la lectura de Goethe y con más labores de jardinería en el Instituto Pomológico de Troja. Hoy, la mayor parte del día, insertado suavemente en el apacible parque Stromovka.

11 de junio. Nueva alteración nerviosa esta mañana. La pura simulación que socava mi poco vigor natural ha adquirido ya carta de naturaleza: alguien ha dejado de nuevo otra entrega en papel de embalaje sobre la mesa del despacho. He contemplado el libro largo rato, sin tocarlo, aterrorizado. Treml esgrimía en el aire su abrecartas metálico mientras confirmaba, despreciativamente, que el conserje Seidel había traído el paquete. Hacia las once, he sollozado ante la ventana, con mi angosto cerebro espantado por la inevitabilidad de estas ciegas donaciones y la vista perdida en las paredes color crema del viejo hotel, en el ir y venir de las mujeres paseándose de un lado a otro por su acera. ¡Hoy estaba tan débil! No podía hacer otra cosa sino ir al encuentro del martillo, desatar el envoltorio de aquel objeto que se me ha destinado mediante oscuros encadenamientos: Conversaciones con Kafka, de Gustav Janouch. ¡Cuántas dudas! (El hijo del empleado Janouch del departamento del tercer piso no puede tener más de diez años.) Editorial Fischer, 1951… De ordinario, la camisa nos es más próxima que la chaqueta. Hoy, 11 de junio de 1913, he vuelto a sentirme como un viajero retenido en el centro de un largo túnel que ve a lo lejos, en ambas salidas, una luz del tamaño de una moneda de florín. Un vértigo tenaz y sin sentido me está devastando. Me consume un absurdo que no deja espacio para el examen escrupuloso de los hechos. Es sencillamente obvio que leer estos libros que me preceden, que han llegado antes, prematuramente, mientras yo estoy todavía en camino (aún no he cruzado el Mar Rojo), exige penetrar de un salto en la raíz misma de lo que no existe, en el carro imaginario de mis planes, de mis vagos proyectos de vida venidera, enredarme en una zarza completamente nueva para mí, cuyas espinas me desgarrarán toda la piel y despedazarán sin consideración el cuerpo. Me doy cuenta de que temo un súbito encuentro con Seidel en la escalera o en los pasillos atestados de archivadores. En este sentido, formularle la pregunta precisa me resultaría tan insoportable como un cuchillo de charcutero que,

habiendo entrado en mi estómago, se quedara allí, acompañándome a diario y temblando como un animal.

Desorientado en círculos infernales, no he acudido a la cita para concertar una excursión a Dobrichovice con Max, Felix y Otto Pick.

Ahora, a las diez de la noche, nuevos reproches de mi padre, excitado por mi nulo interés en los negocios (la fábrica de amianto de Karl). De entrada se creería que he sido apaleado hasta la insensibilización. Como de costumbre, activa cooperación de mi hermana Ottla. Y, sobre todo, entristecido por el mutismo de la sopa de fresones.

12 de junio. Un sueño: Jugaba a tenis con mi primo Robert en la concurrida isla Slovansky. Al principio era claramente Robert, que giraba sobre sí mismo, al trote, demostrando su dominio del deporte; pero esta actitud forzada lo solidificó entretanto en el ordenanza Seidel. Su andar fluctuante hacía que el guardapolvo se le abombara como alas de murciélago. Al mirarlo de cerca, advertí que bizqueaba un poco, que iba pulcramente afeitado y tenía la piel parduzca que estropea algunos rostros checos. Luego de este examen concienzudo lo zarandeé con gran indignación, en la medida en que lo permitía mi azoramiento. El heraldo Seidel me miró sonriente como un traidor de melodrama y, con la mano extendida, dijo: «Doctor Kafka, no debe usted sentirse ofendido por el proceder de Max; al fin y al cabo su traición le ha negado el olvido, cincelándolo en un bloque inamovible, aunque para ello tenga usted que renunciar a la ventaja de todas las obras literarias mediocres: el hecho de que sus autores estén vivos». Pese a que, en el fondo, me complació reconocer palabras de mis anotaciones en sus labios, me vi obligado a hacer desmesuradas muecas de ira a plena luz.

Una tarjeta de visita para mi benévolo jefe Pfohl comunicándole que no iré hoy a la oficina.

Evasiones: reconocimiento en casa del doctor H. (negra levita cruzada con manchas como sellos de lacre); asamblea sionista en la sala de actos del Ayuntamiento Judío (opereta irresistible); conferencia de Beermann (efecto desabrido); con los actores en el Café Savoy (ruido de vajilla de las muchachas bonitas, registro festivo e insolente); después, de doce a una, paseo con Löwy (conversación tranquila en torno a los diarios de París y al escarabajo negro, fuerte dolor de cabeza, su enojoso ademán de ajustarse los lentes de pinza). —Con gusto confiaría a Löwy, a Max o a F. las entregas de Seidel; con gusto agitaría los brazos para luchar contra la desesperación y el incontenible avance del

enloquecimiento, impuestos ahora desde el exterior. ¿Cómo liberarme de estas lenguas de fuego que atraviesan el suelo y abrasan, con incomprensible precisión, cada una de mis llagas? ¿Cómo dejar de oír el crujido de los extraños goznes geométricos de las puertas del tiempo?

15 de junio. He ido estos días al trabajo como quien vuelve al cadalso con los ojos vendados: Cuchilla del miércoles, «La juventud de Franz Kafka»; verdugo, Klaus Wagenbach. Cuchilla del viernes, «K»; verdugo, Roberto Calasso. Por razones que ignoro, hasta la mesa de mi despacho en el nº 7 de Na Poricí hago en secreto un camino distinto, más corto, ineludible. Una vez ahí, desnudo, completamente rígido, con las rodillas levantadas como una ridícula pitanza, me someto a la mirada y al juicio de hombres que desconozco y que no han nacido aún. Estos, de puro aburrimiento, otorgan una trascendencia inmunda a mis triviales pinturas de la imaginación; me diseccionan; me roban la voluntad, la conciencia, los imprevistos, los arduos esfuerzos por llegar, los proyectos vitales que ya no son más que fantasías de un enfermo que nunca abandonará su cama. En propiedad, por dondequiera que me extienda, la dirección y el impulso nacerán muertos de antemano. He ahí la esencia: soy mi propio mausoleo. El simple movimiento de mis palmas sobre el escritorio ya no me pertenece. Estoy ocupando precariamente, y de un modo desvergonzado, la envoltura de Franz Kafka, su apariencia —triste hasta casi rebosar— de consultor jurídico del Instituto de Seguros contra Accidentes de Trabajo del reino de Bohemia.

Ayer me hice cortar el pelo. Gente en las ventanas. Tibia petición de las puertas entreabiertas para que el paseante atisbe en su interior la asombrosa felicidad de los hombres despreocupadamente útiles y sanos.

Escrito en estos cuadernos el pasado 28 de octubre: «El mejor drama es el que ofrece más incentivos en el tiempo y en el espacio». Uno puede imaginarse perfectamente a merced del pivote de platino del eje del mundo que pasa, girando inmisericorde, a través de la garganta y del sexo (aunque su rotación resulta apenas audible por el roce con las vísceras) y se aleja a gran velocidad hasta que sus facetas resplandecientes se pierden en un punto situado en el infinito.

Visita de inspección a la fábrica de tejidos de lana Klinger, en Nové Mesto. Cuando hablaba con su capataz me sobrevino una febril aversión por todo lo que me concernía. Comúnmente, mirar a intervalos nuestra existencia por una insignificante mirilla es lo

único que se nos permite. No obstante, los muros de mi miserable hogar han sido arrancados de sus cimientos por la tormenta, mostrándome repentinamente toda la cegadora claridad del conjunto y exponiéndome al tribunal de los hombres. Ya no es posible la impaciencia, el mayor pecado; ni saborear las delicias del viaje sin meta. Del mismo modo que la señora Tschissik interpreta siempre el papel de Sulamith sobre un escenario —con diálogos establecidos y ademanes mecánicos—, se me niega también a mí el proceso natural, se me hurta una vida de verdadera responsabilidad, induciéndome sin remedio a una mera representación, a un porvenir sin cálculos ni evolución, menos incierto pero más pavoroso en su perfecto acabamiento. Un círculo que, en el sentido del Talmud, hace de mi vida un núcleo de piedra. En adelante, muerto y absurdo como una piedra; pues ya sé, con cierta solidez, que jamás seré un viejo de cabello escrupulosamente blanco, que nunca llegaré a la tierra de Canaán adonde deseaba ser llevado. ¿Cómo refutar lo que no ha sucedido aún? ¿Estas dos peras en el plato y las noticias de hoy del «Prager Tagblatt», existen sólo en función de que sean comidas y leídas, y después anotadas? ¿A través de qué cloaca han llegado estas biografías ficticias y monstruosas de una máscara asumiendo a otra, esta agónica negación de lo provisional, de la distancia apropiada entre un acto y otro? —A las tres de la madrugada, débil y culpable, abro por fin los batientes de la ventana para que un benéfico soplo de aire vacíe la habitación (permitiendo la resonancia de mis aullidos silenciosos) y se lleve a mi familia, a mis amigos, a todos los irrelevantes personajes del presente, a todos los amigos futuros y a todas las muchachas no amadas todavía que, congregados en torno mío junto con sus destinos, me impiden encontrar reposo.

17 de junio. Sábado. A una hora temprana, tiranizado por el ruido de las habitaciones contiguas. Palpitaciones. Ya no puedo trabajar; únicamente asistir al espectáculo de alguien muerto de frío intentando calentarse con cenizas. Abandonar este diario, este tormento, esta insaciable auto observación, estas páginas escritas en el pasado; apartar a la muchedumbre que se encarama impúdica sobre mis hombros, resistir su ofensiva. ¿He de escribir lo que aún no he escrito? ¿Me resultará inalcanzable? ¿Me dará miedo reunir los montoncitos de escoria que ahora sé, con absoluta certeza, que perdurarán ridículamente; esas llamitas frías y azules que deberían apagarse en seguida para no contribuir al oscurecimiento del mundo? Acto de justicia: arrojarme por la ventana. Posibilidad remota de conducirme con la entereza del tío Rudolf o con la

sensatez del señor Chaim Nagel.
18 de junio. *Memorias de ultratumba*, de Chateaubriand. Hermoso en todos los aspectos. Valli y mi cuñado regresan de Tschortkov.

Echo al correo una carta para F. En la Estación Francisco José, quejas de Max por mi mutismo. Más tarde, en la Wenzelsplatz, observación confidencial del doctor H.: «Sepa usted que, objetivamente, no somos sino un tubo digestivo al que le han crecido con el tiempo cuatro extremidades y una cabecita». En ese momento, sonó la campanilla del tranvía eléctrico y el sol bañó nuestras figuras.
19 de junio. Esta mañana en la oficina. Las lámparas de los pasillos aún estaban encendidas. Debía dictar una circular a la mecanógrafa cuando las puertas negras de doble batiente se abrieron y el futuro volvió a comparecer: con una abominable regularidad, el conserje Seidel hizo su entrega. Subí la vista temeroso, como si alguien me forzara a ello crispando su mano sobre mi nuca. No fue una presunción nerviosa. Durante un instante brevísimo, los ojos de Seidel fueron cuñas del porvenir y vi en ellos mi propia lápida en el cementerio de Strasnice. Oculté apresuradamente el paquete hasta que las cejas amarillas y fruncidas de Treml se ausentaron del despacho. Encorvado sobre el grueso volumen (*Franz Kafka, imágenes de su vida*), sobre esas fotografías y documentos íntimos, accesibles más allá del asombro, la carga de mi existencia terrenal se dispersó de inmediato en mil direcciones simultáneas, se ramificó una vez más en mil perspectivas insoportables. Estos libros se alzan ante mí como desfiladeros con una base profunda y nebulosa. Entretanto, tiemblo de fiebre y los largos miembros de mi cuerpo intentan huir, describen elásticamente una fuga hacia delante o —visto desde fuera— un doble salto mortal, supremo, a cien años de distancia, hasta caer en el hoyo de la nada rugiente. Asco, vergüenza y, por añadidura, vanidad satisfecha.

Paseando ininterrumpidamente por mi habitación, toda la tarde, he visto con claridad que sólo en la vía del cambio puede haber salvación para mí. Casarme con F.; partir hacia Palestina; entregarme a la carpintería. Para comprender algo bien, antes eso tiene que agotarse y morir. Doblegar entonces la voluntad de mi destino, contradecir los pronósticos, la acción premeditada de estas entregas. No desatarse en ira, no permitir que la agitación irrigue el organismo y suba ávidamente hacia el cuello postizo. No hay nada que objetar, por otra parte, a la noticia de que mi abrigo gris de repuesto que cuelga en el armario de la oficina se lo quedará un bedel en 1924, cuando yo muera.

Intención: ¡No rendirse! Quemar estos libros repugnantes. Arrancar estas páginas del diario. Me siento fresco para escribir.

# IDOLATRÍA

Atraído por el fresco del lugar, penetras en el interior de la iglesia. La oscuridad cae sobre ti como una bendición. Levitas, empapado en sombra. El primer reinado corresponde al olfato: cirios de cera de abeja, vapores de incienso y de rosas del Líbano, el fervor del azufre, pelo de ratón y de cadáver, secos aromas de avena loca, tamarilla y flor de cantueso que zigzaguean sobre los bancos en la estrecha intimidad del recinto sagrado. No escuchas el crotorar de las cigüeñas arriba mientras tus pasos reconocen abajo las losas, su eco filisteo de postraciones también sobre las desgastadas escaleras y los sepulcros de los obispos. Aquí, a esta ensenada del otro mundo, llega con la marea todo el polvillo de las procesiones, todo el moho de las plegarias, todo el vinagre de las lágrimas vertidas en desesperadas ceremonias. Las velas extienden un calor de hogar a tu alrededor. Caminas hasta un punto donde crees que la salvación te aguarda en forma de bellas presencias. El claroscuro revela cuadros colosales y realza leves fulgores. Bajo los altares laterales vives, pues, cien muertes. Imploras de rodillas. Frecuentas anunciaciones y martirios secretantes. Temes el infierno. Eres ofrecido a la ira de Dios. Te acercas a unos palmos de las figuras policromadas. Lo suficiente para estudiarlas con comodidad, pero no tanto que no te impida esquivar el avance de sus brazos. Gente encaramada sobre pequeños pedestales, alta y sola, velando por ti. Figuras humanas estáticas, disecadas, que te ofrecen señales evidentes pero refractarias a la vida verdadera: la púrpura y el latón de los centuriones, la plata campanilleante de los arcángeles, las centellas de las túnicas azules de las santas, piel de escayola, cabellos de purpurina, carne de madera, polilla virginal, utilería, máscaras entalcadas de quita y pon. Te miran los mármoles verdes de sus ojos, te acechan los cristales azules, te paralizan, indagan en los tuyos con un ensañamiento despiadado. Tus labios están a punto de invocar sus nombres. No obstante, logras arrepentirte a tiempo. Esas imágenes, horrendamente hospedadas, podrían volver, prorrumpir a través de sus finos rebozos y envolturas para pedir explicaciones. Te apresuras hacia la salida. A la luz del silencio, en la quietud entumecida de los velones, tus pasos arrastran consigo semblanzas

indefinibles que vas adivinando y rehuyendo, avanzas frente a tronos bruñidos y veneras de mármol, corres junto a cofres de reliquias, halos espectrales, herrumbre, bestias resquebrajadas. Y, sin volver la cabeza, empujas el viejo portón de la iglesia, lo empujas, lo empujas.

Querido padre:

No temas por mí. Quiero que sepas que soy feliz. Mi gigante se ocupa de todo, puedes estar seguro. Siempre me decías que era demasiado joven para él, ¿te acuerdas?, que sería como echar un puñado de paja a una chimenea, te vas a reír porque lo mismo siento yo: cada noche que mi oso retozón se me duerme entre los brazos, los surtidores de chispas nacidos de nuestra pasión a lo largo de todas las horas del día escapan titilantes por la ventana y ascienden a los astros, endulzando el aire. Tú a lo mejor no te lo creerás, sin embargo sus manos grandes como coles moradas me abren camino en el miedo, tienden alfombras a mi paso, me arropan como a una patita mojada, como a un lirio, como a una llave de oro. Qué ingenua debo parecerte, ¿verdad? Es cierto que me asusté la primera vez que me llevó al cuarto de la doma, y siento rubor al contártelo, pero me asusté como me asustan las salamandras doradas y las marionetas dormidas, una cosita de nada, una pizca de lágrimas, la coleta un poco deshecha. Es fácil acostumbrarse. Cómo me gustaría que lo conocieras mejor, padre, tú que dices conocer muy bien a los hombres. No le faltan escrúpulos, es bueno por supuesto, y tan considerado ¿sabes? que hasta juega con chiquillos tristes que trae a casa de la mano. Fíjate, mi gigante los descuelga de la oscuridad de las calles para que vuelvan a brillar entre nuestras paredes, y para que dejen de tiritar les enciende las mejillas con palabras de menta y derrama bendiciones sobre sus finas orejas. Un día le pregunté acerca de esto ¡y sollozó en mis hombros! ¿Puedes creerlo? Cuando lo pienso con detenimiento, recuerdo que a veces se ha mostrado altivo u ofendido. Ni yo misma sé cómo evitar la torpeza de mis dedos a la hora de abotonarle la gabardina o de atarle las larguísimas lazadas de sus botas. Pero dése cuenta, padre, él trabaja mucho, tarda semanas en volver a casa. No, no, jamás me he sentido sola. Creía al principio que sí, que no me bastaba con sus promesas, con los rastros de olor a trueno furioso y sus huellas de caballo que resopla y piafa. Ahora en cambio vuelo descuidada por la casa como una cometa loca, como un armiño de pelaje rubio que alegremente horneara bizcochos de

mandarina, sacara el polvo, retapizara, tendiera las sábanas al sol y a la brisa y sembrara aroma de membrillos en los armarios. Y un día, cuando agotada dejo de bailar y de jugar al escondite con los sueños, mi oso vuelve de pronto con un regalo especial y limpia de un soplo mi bigote de mermelada o de sudor, y se arrodilla conmigo si deliro de fiebre y se olvida durante un tiempo de llevarme al cuarto de la doma. Incluso en ocasiones pienso, y se lo digo a él también, que tiene tu misma mirada, tu altura y hasta tu forma de hablar. ¿Y sabes lo más extraordinario? No nos falta el dinero: tenemos el oro del verano y la plata del invierno, y en monedas bien redondas. ¡Pobre papá! Desengáñate, tu pequeño colibrí, tu avispilla, tu bailarina de miel, tu uvita brillante, tu girasol, siente nostalgia de nuestra vida anterior pero es feliz aquí, junto a él, y lo será siempre mientras la luna siga paciendo su resplandor sobre los árboles y el heno fresco del mundo. Dime, ¿me quieres tanto como yo a ti?

Buenas noches, padre.

Estoy sentado en un promontorio de coral, las manos cruzadas sobre las rodillas, absorto en el día soleado, casi ardiente. Desde mi posición la mirada abarca, a la izquierda, un fragmento del basalto de la costa con extraños árboles coronados por mazos de ramas que parecen plateadas; a la derecha, un lejano revoloteo de gaviotas alrededor de un punto en el que abundan los peces; y justo frente a mí, bajo la línea del horizonte, una zona circular donde el mar brilla con impudicia, como rociado por miles de monedas de oro, un globo de luz plano, llameante. El conjunto se ve reforzado por la placidez del momento, por una calma sobrenatural. Todo está limpio y sereno, sumergido en una solución de silencio, en una pleamar amniótica, todo es amarillo y azul y eterno.

Pero bastaría mirar atentamente cualquiera de los detalles que esta escena acota para desconfiar, para advertir en ella algo inquietante, artificial, regido por una excesiva perfección, cauterizado, transferido de un plano de mera representación. Las sombras, por ejemplo, no avanzan. Si mis pulmones exánimes pudieran llenarse, deberían aspirar la fragancia de los primeros veranos del mundo. De los árboles no proviene ningún siseo. Ni el más ligero temblor mueve el velo del agua. La algarabía de la bandada de pájaros no es tal, sino manchas blancas en inmóvil escorzo. Y esa irisación dorada bajo el horizonte se compone, en suma, de diminutos báculos luminosos bajo un palio hecho de sol y colores primarios. Si no se asemejara a un sueño sin voces y sin movimiento, si no se hubiesen petrificado las formas en su nitidez, yo podría —sentado en el promontorio de coral— leer el vuelo de las gaviotas, aspirar la pulverulencia salina del aire, adivinar qué frutos cuelgan de las raras guirnaldas vegetales. Sin embargo, ni siquiera sé si sólo soy el observador impasible de una sugestión, aislado, de vida elusiva, emplazado en la nada; no sé si puedo pensar, o si mis actividades corporales, mis impresiones, se han reducido a las de una planta. Quizá metabolizo el alimento sin aparato digestivo, respiro sin aparato respiratorio y me muevo —lentísimamente— sin músculos. Ignoro si soy sordo y ciego a lo que revela este gran cuadro dominado por un motivo insignificante —

mi imagen de espaldas—, ignoro si el impoluto barniz de su fisonomía se encuentra más allá del alcance de mis sentidos, en la miríada de realidades errantes, en las volutas vertiginosas de infinidad de mundos posibles que nacen y se deshacen en un instante, fugaces, fantasmales. Puedo, en cambio, proyectar esta constelación de conjeturas, con la vista siempre imperturbable en mi limitada topografía, en el espacio que se me ha asignado: los árboles de la costa, la agitación de las aves, el óvalo destellante. La única certeza es el miedo. El miedo a la insólita blancura de mi piel tras haber permanecido inmóvil en este lodazal solar hasta donde me alcanza la memoria. El miedo al salvaje silencio. El miedo a estar sentado aquí contra mi voluntad, inerte para siempre en este promontorio de coral, sentado sobre mis propios párpados que no puedo cerrar. El terror a no ser más que una impregnación, una fotografía fijada en el álbum de un desconocido, una vistosa postal marina olvidada en la oscuridad del baúl, un decorado interno de bola de cristal condenado a la curiosidad ajena en la tienda de recuerdos.

Dame una moneda de cobre, viajero, y te contaré una historia de oro:

En el mes de Rajib, el mismo que habría de contemplar su primera cacería, un joven guerrero llamado Nyâmbu soñó que salía a cazar y se le escapaba su presa, un antílope de color azafranado y cuernos rotos.

Cuando despertó del sueño pidió consejo al anciano, quien le recordó que debía retornar a su sueño hasta encontrar y dar muerte al antílope o pasar hambre, de otro modo sería repudiado por la tribu. Después, el anciano espolvoreó sobre Nyâmbu la sal de la sabiduría y los granos de sésamo de la paciencia, y le colgó al cuello una pezuña de antílope, talismán que favorecería la caza.

Al dormirse esa noche, el joven guerrero encontró a su presa bebiendo en una charca. Pero el olor del cazador se enredó en la barba invisible del Viento y el antílope huyó velozmente. Nyâmbu lo persiguió en vano durante horas, de colina en colina y de bosque en bosque, hasta que no pudo con su lanza y se detuvo a descansar a la sombra de un grupo de palmeras. En aquel momento, con el escudo sobre su cabeza para protegerse de las serpientes que caían de los árboles, se despertó.

Durante el sueño de la noche siguiente, Nyâmbu quiso sorprender dormido al antílope y lo acechó antes de que el Sol tomara posesión del mundo con sus dedos de oro. El joven guerrero azotó el aire con un largo tallo para limpiar el espacio que debía hendir la lanza. Luego, apuntó conteniendo el aliento. El corazón le martilleaba en el pecho. Arrojó su arma con brío, pero la oscuridad y la distancia hicieron que apenas rozara la piel de la presa y se perdiera entre los matorrales. El antílope se irguió al instante, lo miró burlón y brincó en dirección a la sabana.

El hambre comenzó a picotear sin piedad a Nyâmbu que, tozudo, no perdía la esperanza de dar caza al antílope. Cuando sucumbió al sueño un día después, se ató los pies a una liana encaramado a las ramas de un ébano, y esperó a su presa colgando cabeza abajo, como esos avestruces de los que hablaba el anciano, que a veces se transforman en árboles mudando sus plumas en hojas. La sombra del guerrero, dos veces más grande que su cuerpo,

se movió sobre la hierba y lo descubrió al antílope, que se mofó de nuevo de él huyendo con ágiles saltos.

Al recobrarse del sueño, Nyâmbu advirtió acongojado la pérdida de su talismán. Volvió a dormir y soñó que trenzaba una red con piel de ramazones y perseguía al antílope zarandeándola en el aire. Pero el animal corría tan deprisa como un torbellino de arena.

Y así, durante el resto de las noches, el espíritu del joven guerrero viajó del sueño a la vigilia mediante el hilo invisible que había atado a la muñeca del durmiente. Una noche tras otra, sin lograr apoderarse de su presa, Nyâmbu iba desfalleciendo. Pudo aliviar el peso del hambre y el fuego de la sed cuando tuvo al alcance de su mano incontables animales, cuando descansó bajo una higuera, cuando un mendigo le ofreció agua de su odre hecho con estómago de gacela, cuando en lo alto de una duna los caravaneros le entregaron una medida de dátiles y de carne de cigarras, buena contra la sed. Pero Nyâmbu no quería traicionar la ley de su tribu. Hasta que buscara el corazón de su presa con la lanza, los perfumados ríos de agua, leche, vino y miel que fluyen hacia el lago celestial de la abundancia estaban proscritos para él, y guardados en una vasija cerrada con siete sellos en la choza del anciano.

La decimocuarta luna de Muharram, cuando los ojos de la Noche brillaban en las alturas, Nyâmbu soñó que sentía próximo su fin. El miedo a morir de hambre y de sed le hacía llorar lágrimas de polvo rojo. Y he aquí que, tendido bajo un sicomoro, la muerte ya le entornaba los párpados para llevárselo cuando el antílope se postró ante él. Siempre había alabado para sí el valor y la determinación del joven guerrero, y su infortunio no hacía más que avivar la compasión hacia el cazador moribundo. El antílope se tendió entonces grácilmente y se desventró con sus propios cuernos partidos. Nyâmbu, hambriento y sediento, no tenía elección. Apenado, devoró parte de las entrañas y bebió un poco de su sangre sin llegar a saciarse. Luego, el joven guerrero, débil aún, despellejó con esmero a su rival.

Al llegar la mañana despertó con la piel de color azafranado entre las manos. Tras mostrársela al anciano y narrarle la conmovedora acción de aquel antílope en su sueño, Nyâmbu confeccionó con ella una prenda que habría de cubrirlo, abrigarlo y acompañarlo hasta el final de su vida y en el territorio de las sombras.

La mirada, como el aire, la sombra o la lluvia, es una criatura viva y vulnerable.

Sobre la acera de la amplia avenida empenachada con árboles todavía húmedos, reparas de pronto en esa hermosa mujer que camina hacia ti. Ensimismado y huraño, has olvidado cómo hacerlo, cómo buscar en cada rostro la belleza y la bondad, cómo ahogar la timidez, cómo apuñalar la reticencia al otro, cómo degollar el pánico al semejante, presagio hasta ahora de infinitos desasosiegos. Pero cuando también los ojos de ella capturan fugazmente tu imagen, tentáculos invisibles se precipitan y colisionan y enlazan los dos cuerpos en un incitante bisbiseo, como entrañas de embriones inimaginados, donde las serpentinas del deseo se enredan con flotantes jirones de complicidad, con hilazas de seducción que tironean de un lado a otro, con volátiles festones de esperanza, con trémulas esquirlas de fantasía y de conjeturas, con volutas de voces acariciadoras, de intuiciones que se adhieren ávidamente a la ropa y giran y convergen y se retuercen en torno a vuestros miembros con una profusión de chasquidos succionadores.

Te hallas en el exacto punto inicial, invasor e invadido, del cual no alcanzas a ver más que atisbos en las mareas arrastradas por la luna, en el viento que sopla en una habitación cerrada, en la maraña de órbitas elípticas que se entrecruzan en el vacío sin poder escapar a ciegos poderes gravitacionales. El vínculo ha sido establecido. Es imposible continuar la marcha impunemente. El azar ha desovado en ti y su semilla te ofrece reinos enteros de posibilidades. Posibilidades aterradoras que convocan para tu memoria ecos de perturbadores escenarios cotidianos, de ordinarios ritos familiares desprovistos de sentido, un fanal de rutina, una mezquina trama de acontecimientos imprevisibles, de crueldades y malentendidos. La mujer aún refleja su deificada hermosura en tus pupilas y, anticipándote a ti mismo de un modo espantoso, tampoco puedes evitar imaginarla vieja o sin tejido que recubra su esqueleto o descomponiéndose velozmente en el interior del féretro. Su cabello, ahora envuelto en llamas por un sol robustecido que se abre paso entre las nubes, no será con los años más que vellón de mazorca pegado a un frío cráneo más.

Mientras pasas con cautela al lado mismo del horror, rozando apenas su brazo en sentido contrario, de la vivaz y antojadiza madeja de devaneos no queda más que una estela difuminada, cenicienta, y en tu pecho una magulladura feroz, un dolor tan intenso e implacable como nunca antes has experimentado. Según te alejas fluctuando de la mujer de tu vida, crees oír un sonido restallante, como de elásticas amarras cortadas de un tajo, que piruetea entre los troncos de los plátanos y castaños de la avenida, fustigándolos, y ahuyenta a sus pájaros en bandadas.

# ANFITEATRO

La luz de la mañana descendía sobre el anfiteatro: pálida en las hornacinas y en los airosos remates superiores, impetuosa en las escalinatas radiales, sofocante en los pasillos simétricos y en las gradas de obsidiana. Aunque sometido a la geometría semicircular, aquel baño luminoso avanzaba entre las siluetas de guardianes, autoridades y público creando a veces formas arbóreas o espiraliformes. Los altavoces retronaron a mediodía. Dos funcionarios situaron al condenado en el centro de la arena blanca. Maniatado, con una venda cubriéndole los ojos, parecía indiferente a la multitud, ignorante de la plomada universal de humillación que pendía sobre él. Si sentía pánico, era más bien un pánico sin identificar. No protestó, no suplicó ni fingió hacerlo, lo que equivalía a reconocer el delito y a mostrar la infalible puntillosidad de nuestra justicia. Allí estaba, colgando patéticamente de su cuello, aquella extraña abominación ancestral, el repugnante objeto de su culpa: un libro —si es que es ése el nombre de algo que se nos antoja ajeno, casi rupestre, nocivo en cualquier caso—. En el anfiteatro calcinado por el sol, sin el beneficio de la compasión o de la sombra, una mugiente acumulación de susurros, de memoria y desprecio, creció hasta ser una ola de rabia general, una ululante marea que protegía contra la infamia de un solo hombre. Y el público volvió a sentirse imantado por la salvaje, jubilosa, didáctica excitación de las lapidaciones.

Ella dijo: «No podré volver.» Yo dije: «¿Por qué, madre?» Ella dijo: «Ya sabes todo lo importante.» Yo dije: «¡Ah!» Y luego dije: «Pero, madre, en tu última visita me prometiste algo.» Ella dijo: «¿El qué?» Yo dije: «Ibas a explicarme cosas especiales, por ejemplo qué significa papel barba y tambor de arenques y el gallo embalsamado sobre el armario de la cocina.» Ella dijo: «Aún es pronto, algún día descubrirás que te gusta este raro mundo». Yo dije:»Me gusta el azul.» Ella dijo: «¿Lo ves?» Y luego dijo: «¿Te acuerdas cuando te besaba, cuando te peinaba y perfumaba y cuidaba tus fiebres?» Yo dije: «Sí, sí.» Ella dijo: «Pues a mí también me gustaba mucho hacerlo.» Yo dije: «Madre, ¿tendré miedo cuando no estés?» Ella dijo: «No, tontino.» Y luego dijo: «Ya sucedió una vez y te portaste como un hombre.» Yo dije: «Papá me contó que *eso* le pasó a otro niño.» Ella dijo: «Papá es muy bueno y ya lo perdoné, entonces habló por hablar, para no asustarte: todo el mundo sabe que tú eras aquel niño que me sacaron del vientre en mi propio funeral.»

Hace de esto trece años. Nada me obliga a divulgar aquella increíble visión, ni debo justificar ante nadie que los hechos fueron reales y no un espejismo o un despropósito, pues mi vida transcurre ahora por otro norte, más sereno y permeable. Si rememoro tales circunstancias es, sin duda, para revivir con minuciosidad la considerable impresión que causaron en la mente de alguien cuyo interés se veía limitado, hasta entonces, a la mezquina superficie del planeta y, sobre ella, a los riesgos y beneficios de la adquisición fraudulenta de antigüedades.

Aún recuerdo que ese lejano atardecer la llamada de Ryszard (nombre supuesto de mi informador) interrumpió una excelente cena en soledad y derrotó las consistentes expectativas de la noche. Si en principio atendí el trámite con pereza, al final de una conversación bastante satisfactoria no deseaba disimular mi excitación.

—Es un Breguet —dijo Rysarzd a través del auricular, y continuó atropelladamente—, pero no uno cualquiera. Se trata del encargo que realizó para la reina María Antonieta. El reloj debía ser el más complicado de cuantos existían. El legendario padre de la relojería aceptó el desafío e invirtió nueve años en construir aquel ejemplar automático con repetición de minutos, calendario perpetuo, ecuación de tiempo, indicador de reserva de marcha, termómetro y segundos independientes. Para la esfera escogió cristal de roca y oro para la caja. Al final esta obra maestra costó unos 30.000 francos, pero María Antonieta fue ajusticiada antes de poderla ver, y con el tiempo el reloj pasó de herencia en herencia. La última viuda Breguet se lo dio en 1887 a Sir Spencer Brunton por 600 libras esterlinas; una herencia más y la obra maestra fue entregada por M. Murrey Marks al Mayer Memorial Institute de Jerusalén donde, querido amigo, fue robada hace cinco meses. Tengo ante mí la tarjeta con su descripción exacta y una fotografía. La reunión para la puja será el próximo sábado en Graz. Hora y lugar, como de costumbre, en una nota a su nombre en recepción: hotel Schlossberg, habitación 41.

—Un trabajo espléndido, por cierto —admití.

—Escuche, señor Neckelbaum, con esta pieza me la juego.

—Me sentiría agraviado si no fuera así. Tendrá su veinte por ciento, en honorable efectivo. Y, Ryszard, avíseme si alguna vez encuentra un objeto que sea la mismísima encarnación de la honestidad humana. Mataría por una pieza tan valiosa y exótica.

Sólo conocí indirectamente a mi interlocutor, pero aprecié a distancia sus cualidades, su instinto profesional, su habilidad para descubrir piezas genuinas o baratijas fuera de lo común. Nadie brindaba datos tan precisos ni organizaba los preparativos con la puntillosidad y reserva que exigían nuestras operaciones. Y no me importó si al rebuscar y escudriñar en los más oscuros rincones —carecía de sentido imaginarlo en la Feria de Maastricht, la Bienal de París o el mercadillo popular de Bermondsey—, Ryszard había empleado métodos agrestes aunque infalibles. Mientras duró nuestra asociación, me sentí cómodo con él e hizo llover eficazmente sobre mis manos objetos de no poco valor: un alado caballo etrusco de terracota, varios códices y beatos, un «ciborium» de plata, un astrolabio del XVI, uno de los tapices de «La audiencia del emperador de China» según dibujo de Guy Louis Vernansal, una escribanía de la casa de Saboya con resortes secretos… Piezas todas burladas a coleccionistas, a proveedores independientes, a firmas no acreditadas, y que ya nunca tendrían oportunidad de salir a subasta en Antiquorum o en Habsburg Feldman.

Por mi parte, en aquella época podía incluirme en la categoría de hedonista inconmovible, diligente en los negocios e impecable hasta el atildamiento. Hasta cierto punto me consolaba pensar que las mujeres eran mi debilidad, y que mi debilidad me mantenía apartado de las mujeres. Nunca las imaginé tan frágiles como para no comer siempre solo (alegre privilegio del celibato) y no dormir invariablemente acompañado. Entretanto fumaba mis cigarrillos antillanos y advertía, más bien con indiferencia, la afinidad de mi vida con esos viejos relojes hidráulicos en los que el líquido pasa de un recipiente a otro sin cesar. De cualquier modo, nada hacía pensar en ese momento que el asombro que me acometería días más tarde en Graz, no iba a partir del apetecible Breguet de María Antonieta (sobre cuya adquisición no debía hacerme aún ilusiones), sino del incomprensible fenómeno al que asistiría antes de la subasta clandestina.

Fue el 3 de septiembre —viernes— cuando volé a Viena. Subí luego en la Südbahnhof a un tren que me depositó en Graz al mediodía. Llegué allí como quien trae regalos para la madre pero piensa en la hija, provisto del soplo oportuno, de la suma suficiente

y de las credenciales indispensables. Tomé un baño, encargué unos «petit fours» en mi habitación y recogí la nota de la conserjería, preparado para pasear durante el resto de la tarde por las calles antiguas y limpias. Aunque ciertamente el hotel pecaba de deleznable en contados detalles (hojas de acanto, alguna silla dorada, estucados barrocos y los signos de una enérgica restauración que casi había anulado la pátina eduardiana de los salones), la elección de Ryszard fue acertada en términos generales. Salí al empedrado del casco viejo. Compré en el mercadillo un par de gloriosas manzanas de Estiria. Mientras las mordisqueaba, vi una lápida hebrea embutida en la esquina de un sótano gótico y los restos de las cabezas pintadas de Hitler y Mussolini contemplando la flagelación de Cristo en un vitral de la Santa Sangre. Aspiré los olores a sopicaldo y a aceite de pipas de calabaza que escapaban de los patios. Al atardecer, junto a un público entregado, coreé con las manos a cantantes y músicos en una entusiasta representación callejera de «La viuda alegre». Busqué sin éxito la dirección de un amigo del pasado, experto perito, al que deseaba saludar, y que años después sería misteriosamente arrojado desde la torre del Reloj.

Comprendí que era tarde para regresar al hotel y, con pocas esperanzas, cené en un diminuto restaurante hindú. No hacía un frío excesivo cuando volví a la calle en busca de cierto lugar que el recepcionista del Schlossberg me había recomendado imperiosamente. A unos metros de la Hauptplatz, ya en las habitaciones del distinguido burdel y un poco enervado todavía por la berenjena rellena, la «tindora» al curry y los pastelillos trapezoidales de almendra, escuché a una de las chicas decir en inglés que estaba tan delgado que sería un excelente abrecartas.

A eso de las dos de la madrugada abandoné el local, manso de impulsos y vísceras. Recuerdo que, en aquella noche apacible, comencé a andar por la acera en busca de un taxi como si me arrastrara, con pasos rudimentarios, sobre el mar o en el interior de un acuario iluminado. Atribuí de inmediato esa especie de estado flotante, de hormigueo y disgregación de fuerzas a las dos tazas de té de cardamomo que coronaron la indigesta cena. Y parecía también bastante probable que el levísimo estertor que producían ahora mis pulmones tenía su causa en los maternales criterios con que fui atendido en el edificio cercano a la Hauptplatz. No sé por qué en ese momento destumbé las patillas de las gafas y me las coloqué. Sólo entonces, al mirar hacia arriba, vi las tres lunas destacándose claramente en el cielo sin nubes. Apreté los párpados

de forma ridícula para asegurarme de aquella imagen inverosímil y fantasmal. Durante los primeros minutos no experimenté sensación alguna. Mi mente, inerme por la sorpresa, se limitó a verificar que sólo los planetas exteriores poseían varias lunas y tardó en recibir la extraña sacudida, una mezcla de beatitud y de vuelco horrendo del corazón, de la perspectiva y el pensamiento, una pura oleada de perturbación como no había sentido nunca. Al cabo de cierto tiempo, a despecho de mi perplejidad y con el seductor malestar que imagino dejará en el ánimo lo que se ve por primera vez y es reputado además como imposible (globos de fuego zigzagueando en la habitación de una médium o un barco surcando los aires), procedí a la absorta contemplación de la más grande de las lunas, situada al oeste, sobre los tejados, cúpulas y agujas del barrio viejo de Graz. Parecía la pantalla redonda y verde de una altísima lámpara que derramase en el aire la savia de millones de hojas tiernas. De cuando en cuando, se removían claridades en su atmósfera y distintos tonos de verde translúcido, derivando a gran velocidad, se condensaban en espiral sobre ella. Cada vez que esto sucedía, la penumbra de la noche reverberaba indescriptiblemente como una suave niebla granular. Podía tocar aquella luminiscencia. Si alargaba el brazo podía tocar también aquella enorme luna verde. Comprometiendo mi cordura, aturdido, miré después en dirección al este, hacia esos dos satélites engastados en el cielo, próximos pero alineados a distinta altura sobre el curso del río Mur, sobre los bosques y pomares que rodean la ciudad. El más pequeño y cercano al horizonte era una crisálida de color miel, una fruta confitada en su propia capa de nubes, aureolada por un nimbo de lividez sutil, vivificante. El mayor, en cambio, hacía referencia a un torturado mundo de cordilleras, fallas y gargantas titánicas, un mundo plenamente púrpura recorrido sin embargo, de un extremo a otro, por cicatrices de color ópalo y vetas de color cinabrio, por un cordaje despavorido de canales y cañones escarpados e inconmensurables. Extrañamente, no me sorprendió el hecho de poder apreciar a lo lejos y con detalle todos aquellos trazos: la luz de algún sol —acaso más poderoso que el nuestro— debía estar proyectándose sobre las tres esferas en el preciso momento en que coincidían sus ciclos de rotación y los de este planeta —¿la Tierra?—, iluminándolas por completo. Pero comenzó a intimidarme la idea de un descuido en el delicado mecanismo de relojería estelar, de un extravío de constelaciones o, incluso, la de un plan rigurosamente ejecutado que, por razones desconocidas, falseaba órbitas, fases, latitudes, confines y meridianos. Según pude apreciar,

la luz de las lunas, semejante al calidoscopio de una aurora boreal, a una nevada de espectros danzantes y dragones de fuego de color verde, miel y púrpura, caía triplicada en amplias franjas, entrecruzándose sobre los volúmenes de la arquitectura, colándose entre las hojas de los árboles, fraccionándose sus haces sobre las siluetas del mobiliario urbano. Aquella niebla coloreada y variable (brandy, chartreuse y kummel) me impedía medir con precisión las distancias. Parecía, no obstante, la misma ciudad austriaca por la que caminé la tarde anterior, hecho que ahora concernía a un pasado remoto junto a todo lo demás, junto a mi profesión de anticuario desnaturalizado, mi elegante soledad, mis íntimos desencuentros, Ryszard y el fabuloso reloj de María Antonieta. Retomé vagamente el camino del hotel mientras mi interior bullía de preguntas, de hipótesis, de diagnósticos acerca de transferencias espaciales y temporales, acerca de un firmamento locuaz gobernado por leyes aleatorias e inimaginables, acerca de un sol incubador de huevos luminosos que eclosionan de noche, acerca de los campos magnéticos y el ascendiente de una sola luna sobre tantas cosas, acerca del sentido de mi participación involuntaria en esta escena. Sombreado continuamente por la luminosa bruma, cobré de pronto conciencia de no haber visto aún a transeúnte alguno hacia el cual correr para advertirlo, para interrogarlo. Esta eventualidad me produjo una comezón más. Pensé entonces en el único ser que podía dar satisfacción a mi curiosidad —el recepcionista del hotel— y anticipé el aspecto más evidente del encuentro entre mi general estado de alarma y su impasible desdén:

—¿Se ha fijado usted en el cielo? —le diría yo.

—Discúlpeme, caballero, si no puedo permitirme pasatiempo tan extraordinario.

—Hay tres.

—¿Sí?

—Hay tres lunas ahí arriba.

—Todo lo que puedo decirle, señor, es que se trata de una observación encantadora viniendo de un loco.

En medio de un absoluto silencio a excepción del jadeo errátil de mis pulmones, sin ningún perro que me ladrase, avanzaba a través de aquel aire caliginoso y entalcado con una grata impresión de envoltura que ciñe. Reconocí a duras penas las bóvedas del Parlamento, la universidad, el Arsenal y los esgrafiados góticos de la calle Kaiser–Franz-Josef. En ocasiones llegaba hasta mí un fortísimo olor yodado a mar, del todo incongruente tierra adentro. Después de este recorrido nocturno, alucinatorio (cuya duración se

niega a asentarse en mi memoria), bajo la imagen febril de las tres lunas que recordaba a un diorama de descomunal magnitud situado a la intemperie, alcancé finalmente la puerta giratoria del Schlossberg.

Pasé de largo ante la recepción. Al subir en el ascensor sentí de golpe, para mi considerable sorpresa, la ropa húmeda sobre el cuerpo: parecía cubierta de rocío, empavesada con la leve coloración de millares de fragilísimas lentejuelas de agua. Me cambié y dediqué el resto de la noche a admirar, a tasar las nuevas lunas, acodado en el balcón desde el que se dominaba gran parte de la ciudad imperial —creo no haber mencionado que el hotel lo permite, pues se parapeta en la ladera de una colina que le presta su nombre—. Yo miraba ausente, con una sombría dulzura, como se mira la sustancia de un sueño, aquellas lunas llenas, las vírgulas y pelusas de los densos reflejos que emanaban de sus cortezas, que descendían y se trenzaban espolvoreando largamente el aire. No olvidaré el carácter inefable y desalentador del espectáculo que se sucedió a continuación. Cerca del amanecer, el brillo de las lunas comenzó a menguar, su materia se polarizaba, su penumbra se disolvía, la opacidad de los hemisferios daba paso a una transparencia paralizadora, pavorosa, mientras yo intentaba en vano fijar su fastuosa plenitud nocturna en el cielo de la mañana y no obtenía más que punzadas de desolación.

Guardé las gafas en su funda. Me dolía el cuello y estaba transido de sueño. La obscena claridad del sol y una repentina algarabía de carillones borraban ya los últimos vestigios de aquel episodio. Apenas durante un instante me incomodó la suposición, el delirio de haber vuelto de uno de los innumerables mundos que, según nuestros mitos hebraicos, Dios creó y destruyó porque no le agradaban. Antes de acostarme, y por última vez, leí la tarjeta impresa con mis falsas credenciales como si no me reconociera en ella, como si deseara encontrar allí una explicación al particular misterio que me fue dado presenciar y que me conmovió formidablemente:

Isak Neckelbaum, F.S.A.
(Fellow of the Society of Antiquaries)

Es lícito referir que no asistí a la subasta clandestina, que la obra maestra de Abraham Louis Breguet no jalonó mi patrimonio, que dejó de oírse el estertor de mis pulmones, que permanecí una semana en Graz desorientado, al acecho de los atardeceres, a la espera de un punto diverso del espacio, temiendo y deseando el enigmático fulgor de aquellos tres cuerpos celestes, intentando ser

seducido una vez más por aquella promesa de infinitos infinitos. Admitamos horas de incredulidad y desconfianza, de náusea y abulia, de inmersión en la carnosa espuma de la cerveza local. Admitamos que hace trece años, algo —el orden natural, el tejido de lo previsible— me tomó de nuevo a su cargo, y lo hizo confidencialmente, quizá para que no me dejara arrasar por la amargura de no volver a contemplar jamás otra luna distinta de nuestro solitario, momificado y pueril satélite, aquí, en las tinieblas exteriores del universo.

Cuando estacioné y bajé del coche, el perro estaba allí, en la zona sombreada de una esquina del café, echado sobre la acera, mirándome. Dejé de saborear el cigarrillo. De pronto me di cuenta que estaba cambiando una mirada apreciadora, de una vívida afinidad, con un perro desconocido. Según observaba con más detalle al viejo animal, sentí un peso oprimiéndome la nuca. El despiadado estrépito de la ciudad, todos los sépticos ruidos de la vida, se desvanecieron. Creí apreciar huellas en su forma de ladear la cabeza, en la mansedumbre de sus ojos azulencos, en esa aura de reyezuelo indolente que el tiempo ha desamparado. Intuí otras formas bajo su tostado pelaje, otras facciones bajo su hocico y los pliegues de su testuz. Sopesé indefinidas reminiscencias, sombras en movimiento, reveladores vestigios. Un nexo de acción puramente refleja y de dolorosa nostalgia por todo aquello que falta. El perro olfateó desperezado. Y mientras sus ojos avanzaban hacia un brillo más intenso, la angustia me iba empapando como ese aguacero que se encona a veces sobre nosotros. Había algo sólido ahí dentro, en su mirada, sus parpadeos de reconocimiento murmuraban frases que instintivamente yo podía entender, palabras mudas que me dirigió diez años atrás mi hermano mayor antes de huir para siempre de nuestro padre y de nuestras vidas. Había un melancólico sentimiento piadoso retrepado en el interior de aquel perro callejero. Sus orejas colgantes y melladas hablaban en apariencia de huroneos interminables, de luchas y gemidos, de gloriosas carreras, de tácticas de garduño, de hambres y heridas, de territorios rendidos y recobrados. En el reflejo de sus ojos vi de pronto a las nubes amontonarse sobre la línea de los tejados, merced al impulso de un viento apacible. Y entonces, con un gesto de lealtad hacia el niño que fuimos, acaricié su lomo. Recibí una oleada de evocaciones, de imágenes y pensamientos, una especie de confirmación de identidad, de estupor extremo, un calor reconfortante que estalló inmediatamente entre mis dedos dejando escapar los infinitos susurros de seres sin hogar, de seres desencarnados, como si expiaran la absoluta aflicción que nos provocó su pérdida. La brisa trajo el olor de fuegos lejanos, el

aroma de distantes recuerdos, entre tristes y cómicos. Por un momento me pareció que aquel perro, que mi hermano desaparecido y atrapado en aquel perro, asentían lenta e imperceptiblemente con la cabeza. Creí haber comprendido. Y de mis ojos manaron lágrimas.

# LA PIEL EN EL ROMPIENTE

A Inés Hernández

Aquel día que acertó a ser jueves me diagnosticaron una enfermedad atroz, de dolor sin medida y agonía inminente:

No deseé romper a llorar; deseé vengarme.

No deseé una inyección de aceite alcanforado; deseé jugo de ortigas.

No deseé piedad; deseé una horda de barracudas devoradoras.

No deseé destilar esperanzas; deseé que el médico colgara un farolillo por mi muerte en la puerta de su casa.

No deseé calafatear mi cuerpo con anestesia; deseé ser atacado por el sol.

No deseé todo el dulce y fugitivo aroma del pasado; deseé el infierno futuro.

No deseé postrar la clavícula; deseé las enormes muelas de piedra del molino del sufrimiento.

No deseé contemplar los abetos cubiertos por el manto dorado de millones de mariposas monarcas; deseé corromperme bajo los sampanes de vela cangreja en las aguas terrosas de un delta.

No deseé resistirme; deseé inmolarme con los ojos desorbitados.

No deseé testamentar; deseé entrar en vía muerta.

Aquel jueves no deseé una dentellada de espanto, ni que las zarzas invadieran mi cráneo; deseé únicamente ser pasto de caricias.

# GÁRGOLAS

Ayer sintió, antes de dormir, la perplejidad de su propia imagen en el espejo. Le pareció que nunca había mirado su rostro con verdadera atención. Tras examinarlo de forma minuciosa, halló —donde no solía haber nada especial— rasgos de una índole extraña, inusitada, que le infundieron temor: cierta pronunciación del arco superciliar, una tonalidad sutilmente distinta de la piel junto a una consistencia tegumentosa impropia de su edad, la línea áspera que unía ahora los labios y, sobre todo, esa mirada. Por un instante, la luz cenital reflejada en el espejo había capturado unos destellos desconocidos en sus ojos, un sombrío relámpago, un tridente de temeridad, desdén y rencor. ¿De dónde provenía esa expresión díscola, de una naturaleza deliberadamente corrosiva, de la cual él —pueril por lo común— no participaba? Esta percepción cambiante de la superficie de su cara transcurrió con lentitud, como la desvanecedora transición del crepúsculo a la noche. Así fue hasta que, de súbito, se notó inequívocamente incómodo frente a su imagen. Bajó los ojos por mera cortesía y, en último término, para intentar disipar un mal sueño. Ensimismado, pensó en el semblante del cristal como perteneciente a una gárgola esculpida a partir de él, pero sin necesidad de haber estado presente en su vida, y que —lo sabía muy bien— iba a obligarlo a contemplar todo a través de una repugnante pantalla de odio. Intuyó, además, que esas facciones estaban imbuidas del aire tutelar, servil, que acompaña la relación —por ejemplo— de un ventrílocuo con su muñeco. Levantó entonces la vista temerariamente, casi a hurtadillas, imantado hacia su imagen, una imagen que tal vez no le concernía de un modo absoluto. El reflejo escrutaba con ojos muy fijos, entornados, inquisitivos, a quien lo observaba. Había urgencia en su mirada.

Corro. Corro ciegamente. Vuelo a ras de tierra. Doce millas más arriba, a la entrada del coto, el montero mayor y sus ayudantes descargaron a los caballos de sus cajones y a los perros negros y barcinos de las camionetas. Acosado, me desgarro el vientre en la rocalla, me lastimo las patas al salvar una zanja, una valla, un obstáculo. El pánico me propulsa, obligándome a mantener siempre la distancia. Como un disparo que hiciera hervir la neblina. Al arrojarse sobre mí sin acierto he logrado ver de reojo sus levitas negras y rojas, sus corbatas de plastrón, sus polainas blancas. Suelen salir con un pequeño trote preliminar, luego sigue una larga cabalgada y las cortas galopadas sucesivas. Mis ojos giran convulsamente en sus órbitas. Esa jauría de perros y ese tropel de caballos desbocados, cubiertos de sudor, espoleados por una veintena de jinetes de carácter vesánico, son como una mano vociferante e ineludible que se cierra sin fin sobre mi cuello. Subo, atajo, salto, me deslizo, huyo veloz, borro las huellas con mi larga cola rojiza. Un corcel cae de costado en el barro. Los terriers me husmean. En una de mis descubiertas a los prados, logran acorralarme. Con las patas, con el hocico, horado infatigable una madriguera. Huele a almizcle. Mientras las espuelas se clavan en sus panzas, los caballos tratan de desenterrarme y descuartizarme con sus cascos. Me sirvo de los conos de luz de cada desprendimiento para escapar por una fracción de segundo. Esta pieza no es un blanco fácil como esos urogallos que cantan cuando están enamorados, sin importarles descubrirse a los cazadores. Salto las bardas de un aprisco. Ignoro a los corderos. Me llevo de pasada un sorprendido ratón que estalla entre mis dientes. Avizoro el bosque de hayas copudas. Dejo atrás la hondonada donde crece la artemisa, los pastizales, la colina de arándanos. Mis patas son sólo un presuroso repiqueteo de crujidos sobre la suave hierba. Doblo ligeramente las ramas a mi paso sin quebrarlas. Jadeo excitado. Cuelga mi lengua. En ocasiones me siento como una asustadiza y dolorida estela de pelo, en otras como el viento de las landas, sigiloso o fulminante pero tenaz. No tengo tiempo de ser objetivo. Bullo hacia un área de brezales.

Los perros vuelven a detectarme. Entre los estremecimientos de terror y las palpitaciones indominables descubro hoy un hilo de hastío. Se acerca al galope el segundo corro de monturas. Esquivo a mis perseguidores zigzagueando, impelido por un instinto de supervivencia menos firme, casi desdeñoso. Sé que mi muerte es, a lo sumo, una excusa de los miembros del coto para sus ejercicios ecuestres y un modo de complacer a los agricultores del lugar. Truenan los ladridos y los cuernos de caza. Compruebo, no sin recelo, que en este punto se produce una aporía irresoluble entre los móviles músculos que accionan bajo mi piel precipitándome, imparablemente, hacia delante y la asunción de dicha experiencia enloquecedora, mortificadora, junto al deseo resultante de que concluya por fin esta cacería eterna.

MALEZA

Expediente núm.
695/02 (Menores)

Le participo que en esta Dirección General de Montes, Caza y Pesca Fluvial con fecha 19 de Junio último se recibe OFICIO DENUNCIA formulado por el Guarda de Pesca Balbino contra su hijo de 7 y 11 años Bruno y Deolinda, y 3 más, por pescar cabezas sin licencia, a mano y en día prohibido. Les fueron requisadas 40 cabezas de las cuales 28 no cumplían los términos reglamentarios de limpieza craneana, siendo todas ellas devueltas a las aguas por no encontrarse aún sus tejidos devorados totalmente por los peces ni consumidos por la putrefacción. a las 20,50 horas del día 16 de Junio en el río Serradiel sitio denominado Roquedal Ayuntamiento de Pinodulce lo que pongo en su conocimiento para que una vez enterado de los hechos que se le atribuyen a su hijo y en el plazo de DIEZ días hábiles contados a partir de la presente notificación, alegue por escrito cuanto estime oportuno en defensa de sus derechos. Asimismo se le hace saber que los escritos o manifestaciones testificales que presente, de no venir con sus firmas debidamente diligenciadas notarialmente, precisarán de un reconocimiento de las mismas suscrito por la Alcaldía de residencia y de las pertinentes medidas correctoras, si se descubriese en ello alguna anomalía.

Dios guarde a Vd. muchos años.
Zagrilla, 10 de agosto
El Ingeniero Jefe de la 3ª Comisaría
(Al contestar cítese el número del expediente de referencia)

# AUTOPSIAS PREMATURAS

Según informó ayer la edición vespertina del periódico de Riddarsjön, un tal, así llamado, Bantang Pramuka (de profesión proveedor de animales exóticos, más bien grueso y con ojos color verdigrís), tras un viaje de seis meses a su país natal, regresó al nuestro, donde residía, y comprobó que en su ausencia había sido declarado muerto: no funcionaban las llaves de su apartamento, del cual desaparecieron además todas sus pertenencias, y la firma de seguros Thorvaldsen envió en marzo pasado a su única sobrina la cantidad de dinero que le correspondía como heredera. Naturalmente, el señor Pramuka intentó que le fuese devuelta su condición y, para ello, recorrió con tenacidad diversas dependencias administrativas, en las que fue aleccionado invariablemente y de modo piadoso sobre el hecho de que una situación irrisoria constituye, a la larga, un problema considerable, verdaderamente grave, y sin solución práctica. Al parecer, el infortunado señor Pramuka no permitió que se le considerase oficialmente muerto y presentó denuncia ante las autoridades municipales, las cuales, sin embargo, decidieron archivarla mediante el procedimiento de silencio administrativo y sin derecho a indemnización compensatoria, pues comprometía, por decirlo de manera suave, la reputación e inmemorial eficacia de sus funcionarios. Añade la noticia que, pese a la ansiedad y agitación propias de este hecho insólito, y al desprecio más que evidente que según él suscitaba ahora su persona, el señor Bantang Pramuka no ha renunciado a probar que está vivo.

# ESTRATOS

Agazapados en la oscuridad de la cueva, no podemos reconocernos, tampoco tenemos recuerdos duraderos más allá de la cautela inmemorial ante el peligro, ante la cólera de sus zarpazos. Toda la materia no es más que dolor y frío y hambre y silencio.

Sin ramas ni astillas para alimentar el fuego del refugio, buscamos pezones de hembra hasta la sangre, los masticamos como se mastican hojas, tuétano o tallos tiernos. Se come lo que se tiene, se abandona lo que pesa o se pudre.

Premonitorios corredores húmedos del espanto, un lugar que nos resulta familiar. Nuestras manos imaginan en la oscuridad. Oímos el gorgoteo de las rocas que sube desde lo más profundo de los revolcaderos, donde no hay separación entre arriba y abajo. Gruñimos desorientados dentro de un cuerpo vacío, germinal, indescifrable. Soles y lunas sin término.

Simulacro de protección. Donde antes llameaban las teas, ahora se apilan huesos, carroña, lascas, memoria de carbón, las pupilas aterrorizadas de nuestras crías, presencias que se remueven en las sombras, en los bordes de un misterio áspero y arcilloso.

Mudos, ocultos bajo las costillas de la caverna, conjurábamos el asombro con nuestros dedos dislocados y tiznados de entrañas y pigmentos. Ahora nos ofrecemos a la ira de lo que no tiene nombre, al afuera helado, a las tormentas, a la ferocidad de los guardianes del mundo, de los mamuts de grandes colmillos.

Se me permite en ocasiones especiales salir del lugar donde me oculto. Desde que comenzó la metamorfosis vivo entre las sombras del bosque de miraguanos. Por decoro. Indudablemente, estas excrecencias anómalas de mis flancos me inquietan cada vez más. Sobrepasan ya todo cálculo. Y ni siquiera experimento hacia ellas una pizca de malsana fascinación. Mi eje de rotación ha cambiado en la medida en que, durante el proceso, me vi orlado por una serie de serpentines paralelos que mantienen ahora mi equilibrio, pero no de una manera específica sino mediante precarias traslaciones. De hecho, esa especie de blandas columnas basculantes, de estolones flexibles y carnosos que se superponen al desplazarse, imposibilitan la más sencilla de las maniobras. Pronto habré de sustituir sin remedio nuestra cómoda trayectoria helicoidal por una posición angular de estos instrumentos y su grotesco avance alternado. El armazón óseo, además, ha multiplicado considerablemente mi área expuesta a la luz. Desistí con el tiempo de atar cabos, de idear hipótesis más rigurosas que la de simples afecciones metabólicas para un hecho de semejante naturaleza. Acaso se trate, después de todo, de alguna evolución regresiva. Mientras tanto, mi desguarnecido organismo se contrae de temor en el centro del bosque, y si intenta expresar sonidos de congoja lo hace a través de su nueva y peluda zona superior, un lugar operacional en cuya base sobresale una oscura gruta que se abre y se cierra a voluntad. Agonizante, sueño con la absolución de mis iguales, aunque tal esperanza se revela en seguida desprovista de todo fundamento: esta penosa aberración no contiene matices. Las aves melifágidas del bosque me observan con curiosidad, revoloteando en torno mío, planean sobre la extraña bestia, sobre el repulsivo ser binario dotado de cuatro extremidades con cinco apéndices móviles brotando de cada una de ellas, capaces de atenazar y coronadas, a su vez, con cinco púas coriáceas, arañadoras, hendidoras, que no dejan de crecer, según he podido advertir en esta raza abominable e inmunda a la que ahora pertenezco.

# Table of Content

VIAJE
EXTREMIDADES
EL VASO
RELÁMPAGOS
LAS MANOS DE AKIBURO
EL PANAL
LECCIÓN DE MÚSICA
EL HOMBRE BIFURCADO
HUÉSPEDES
EL CORACERO EN EL BOSQUE
LAS TORMENTAS
LOS PALAFITOS
INTROITO PARA ARPA DE TENDONES HUMANOS
EL ESPANTO
FLORES ATROCES
SUEÑO Nº 333
EL TENDEDERO
GEOMETRÍA
ESTORNINOS EN LA HIGUERA
LA CAMPANILLA
NAGLFAR
EL MUNDO EN EL AÑO UNO ANTES DE LA NADA
RATIBOR
LOS ZOPILOTES
MUJERES DESNUDAS BAJO IMPERMEABLES MOJADOS
IGNICIÓN
GABINETE DE MARAVILLAS
CLEVELAND
VÍNCULOS
EL DÍA PRIMERO DE LA TUMBA
MÁSCARAS
UNA VELADA
LA PRIMERA MUERTE DE KAFKA
IDOLATRÍA
LAS ESPUELAS Y LA CARNE
EL BORDE DE LA LUZ
ARPONEANDO SUEÑOS
LOS SIMUNES DEL DESEO
ANFITEATRO
EL OCTAVO DÍA DE LA SEMANA

LUCERNARIO
LAMEDORES DE CIELO
LA PIEL EN EL ROMPIENTE
GÁRGOLAS
ALMOHADA DE HIERBA DULCE
MALEZA
AUTOPSIAS PREMATURAS
ESTRATOS
LA AURORA DE ZÜRN